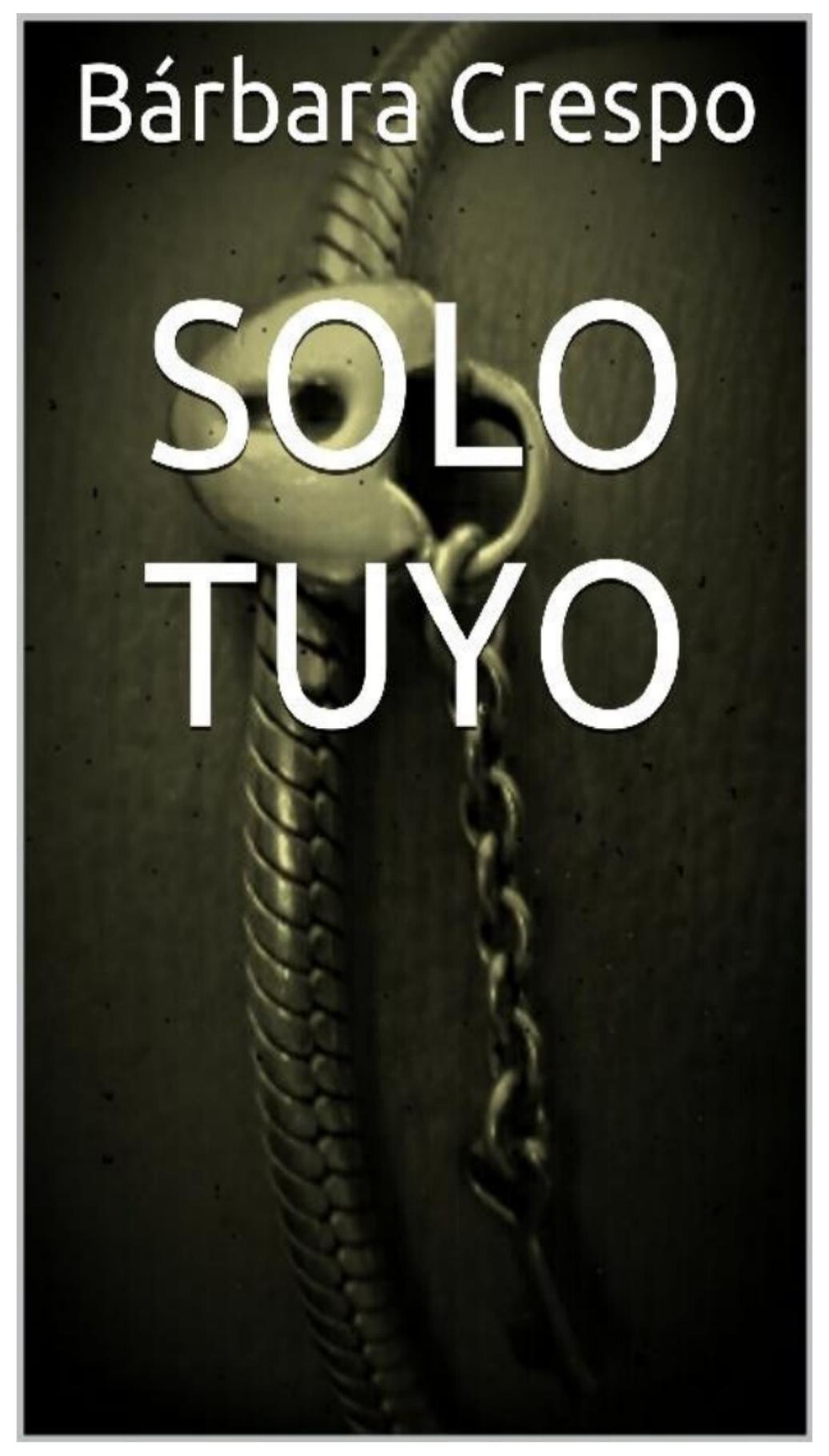


Bárbara Crespo

SOLO
TUYO



Bárbara Crespo

SOLO
TUYO

SOLO TUYO

Bárbara Crespo

www.barbaracrespooficial.jimdo.com

CONTENIDO

1 - LA DECEPCIÓN.

2 - MALAS SENSACIONES.

3 - EN PELIGRO.

**4 - ENCARCELADA EN
EL**

PARAÍSO.

5 - CARA A CARA CON CARINA.

6 - JUGAR PUEDEN

HACERLO DOS.

7 - PESADILLA DEL PASADO.

8 - HUMILLADA.

9 - VERDADES

ESCLARECEDORAS.

10 - EL TRATO.

11 - LA PREPARACIÓN.

12 - DEVOLVIENDO GOLPE

POR GOLPE.

13 - UN ENEMIGO MAYOR.

14 - DEJANDO LAS COSAS

CLARAS.

15 - CONFRONTACIÓN.

16 - HUYENDO DEL PELIGRO.

17 - PRESENTIMIENTO.

18 - DESTINO INEVITABLE.

SINOPSIS

La vida la hizo enamorarse de un hombre al que ella creía conocer.

Cuando una noche Ian se mete en su cama, ella no pone objeción y gustosa se le entrega como desde hace meses deseaba hacerlo.

Cuando despierta a la mañana siguiente el hombre que ama ha desaparecido y

ella se jura no volver a ser el juguete de un hombre.

Ahora un año después ese hombre aparece volviendo a poner su vida patas arriba, y siendo un hombre diferente del que ella recuerda. Un hombre arrogante, poderoso, peligroso, y dispuesto a salirse con la suya.

LA DECEPCIÓN.

- Chicas nos vemos mañana. — Digo un poco alto, para que me escuchen por encima de la música.

Annette y Corinna me hacen un gesto de despedida con la mano, les sonrió desviando la vista, hacia la mesa dónde Ian lleva toda la tarde sentado. No se ha movido ni para ir al cuarto de baño. Arrugo el ceño mientras lo observo, no es normal en el pasar el rato bebiendo.

Consideró si acercarme e intentar llevarlo a casa, desecho la idea

dándome la vuelta y saliendo por la puerta. Conforme está, sería inútil intentarlo. Me paró dos segundos en la acera abrochando los botones del chaquetón, hace un frío de mil demonios, llevó meses viviendo aquí, y no hay manera de que me acostumbré al frío helado de Múnich.

Eché andar deseando llegar cuánto antes y meterme en la cama calentita, donde no hay viento y si llueve no me mojó. Por la pinta que tiene el cielo, no creó que tarde mucho en empezar a llover. Apresuro el paso, pidiéndole al cielo que esperé a soltar el chaparrón, por lo menos hasta que esté en la puerta de casa.

- ¡Joder, no podías darme una tregua! —
Gritó a la nada, saliendo escopeteada hacia donde vivo.

Como temía ha empezado a llover y aún me faltan dos calles para llegar. Cuando abro la puerta, estoy tiritando y

empapada. Me escurro el pelo un poco, cierro la puerta, y me voy directa al baño. Me sacó la ropa corriendo dejándola tirada en el suelo. Me doy una ducha que dura hasta que ya no siento el cuerpo helado, y mi piel ha recuperado su color rosado normal. Me pongo el pijama de franela más gordo que encuentro, con la noche que hace me pondría otro pantalón y camiseta interior, pero son las tres de la madrugada, estoy cansada y tengo sueño, así que paso de rebuscar, esto tendrá que servir.

Mirando al techo pienso en dejar el trabajo en el club. Si, se cobra un buen dinero, pero... Salir pasadas las tres de la madrugada, y tener tíos babosos queriendo invitarte a copas a cada minuto, no me llena, ya no me compensa. Me quedo dormida con la clara decisión de cambiar de trabajo.

Me despierto sobresaltada por un

estruendo, miro las agujas del reloj, solo hace una hora que me quedé dormida. Me restriego los ojos y mientras lo hago, abajo se oye otro golpe, como si algo hubiera impactado contra el suelo. Me levantó, y bajó las escaleras corriendo.

¡Dios!

- Ian... ¿Que te ha pasado?

- Nada. — Dice, costándole un poco decir la palabra.

¿En serio? Si para el nada, significa un corte en el labio y otro en la ceja, no sé que será para el algo.

- ¿Estás borracho?

- No.

Y ahora lo dice fuerte y claro. Arqueo una ceja en su dirección, terminando por dar un resoplido, y menear la cabeza en señal de rendición.

- Vamos, deja que te cure.

Me sigue hasta mi cuarto, y después al baño. Bajando la tapadera del retrete, le indico que se siente. Me giró, me doblo hacia abajo y abro el mueble del lavabo.

- Tienes un culo muy bonito.

Pongo los ojos en blanco de espaldas a él. Ignoró su comentario inapropiado extrayendo un par de gasas, alcohol y betadine.

- Levanta la cabeza. — Le ordenó, poniéndome delante de él.

Cinco minutos después he acabado, no son cortes desmesurados, quizás el de la ceja un poco más grande, pero nada importante.

- ¿Qué ha ocurrido? — Insisto, tirando las gasas a la basura.

- Te repito. Nada.

- Pues... A mí me parece que te han dado una paliza.

- ¡Ja, porque no has visto al otro!

Lo miró estupefacta, me parece increíble que se halla metido en una pelea como si fuera un adolescente. Lo veo y no lo creo, el no bebe, no se pelea, ¿Qué ha pasado hoy?

- ¿Por qué lo has hecho?

- Un mal día.

¿Qué? ¿Está loco? ¡Por un mal día! Es impensable, si todo el que tiene un día de mierda se liara a mamporros, en todas las esquinas habría una pelea.

- Me voy a dormir. Estoy agotada para lidiar con un hombre con impulsos juveniles.

Salgo del baño, me acuesto concentrándome en la pared. Pocos

segundos después lo oigo acercarse.
¿Por qué no se va?

- ¿Qué haces? — Le gritó, dándome la vuelta y mirándolo de frente, a la vez que la manta que me tapaba cae a los pies de la cama.

Sin permiso se sube en la cama, se recuesta sobre mí, pero sin llegar a tocarse nuestros cuerpos.

- Ian... — Digo en un suspiro.

- Vamos a ver si te niegas a lidiar con el hombre...

No me da derecho a réplica, su boca ya está encima de la mía, besándome con desesperación, dejándose la vida en ello. Le devuelvo el besó con ansias, como la mujer enamorada que soy, y que por fin el hombre que quiere repara en ella. No desaproveché la oportunidad y paso mis manos en suaves caricias por todo su pecho, no sé en que momento

nos deshacemos de la ropa, ni como lo hemos hecho, me percató una vez noto el calor de su cuerpo sobre el mío.

- Ian... Ian. — Tengo que nombrarlo un par de veces entrecortada por la respiración. La excitación domina sobre la razón.

- ¿Qué?

- Traes... ¿Tienes preservativo?

Me sonrío, adentrándose en mí.

- No. Pero... No puedo crear niños. — Me dice... ¿Con dolor?

No me deja asimilarlo, cuando ya se está moviendo sobre mí, haciéndome ir poco después en un orgasmo demoledor, a los segundos con un gruñido se deja ir él. Recuperando la respiración nos quedamos dormidos en los brazos del otro.

Al despertar Ian no está por ningún lado, incluso llegó a creer que todo ha sido imaginación mía, si no fuera porque entró en el baño y en la basura siguen las gasas, prueba de que todo fue real. Mi sonrisa se ensancha asimilando todo. Bajó las escaleras llamándole, no obtengo respuesta. En la cocina me sirvo café y una tortita. ¡Es un amor! Lo ha dejado todo preparado. Con las dos cosas en la mano me dirijo al salón, tomó asiento en el sofá. Dejando la taza y el plató, me percató de una nota doblada, de seguida la leo pensando que Ian lo ha orquestado todo para sorprenderme.

«Sindy lo siento, lo de anoche no debió pasar, fue un error, espero algún día lo entiendas».

Mi sonrisa desaparece en el acto, mi sangre empieza a ser un hervidero de rabia. Cojo el plató y la taza, encolerizada lo estampó contra la pared,

importándome un bledo que sea blanca. ¿No es su casa? ¡Pues que limpié! Espero durante una semana, un mensaje, una llamada, incluso que aparezca, y me dé una explicación. Ninguna de ellas llega, dolida de que me halla usado como un trapo. Me juró que no volverá a suceder, así tenga que quedarme soltera de por vida.

UN AÑO MÁS TARDE

- Sindy mañana tenemos la despedida contratada por Marcos.

- No quiero ir, invéntate algo, cualquier cosa.

- Ja, ja ja no podemos. Esta despedida nos va a dar muchos beneficios y él quiere que tú seas la encargada de todo.

- Es un imbécil. — Digo pensando en voz alta.

- Ja, ja no te lo niego. Solo piensa en

meterse en tu cama.

- Pues la lleva clara... No quiero hombres en mi vida.

- Ya tienes uno...

- Ese no cuenta. ¿Te quedarás con él?

Asiente. Susana es un encanto... Le doy gracias a Anthony por haber pensado en que asistieran Angelo y ella en Nochebuena. Menos mal que el tonto, se arrepintió y recapacito yendo a buscar a mi hermana.

Las veces que hablamos por teléfono, sé la escucha radiante de felicidad, aunque siempre me regaña por no ir a visitarlos. Mis sobrinas Sindia y Lidia, tienen ya siete meses y las conozco por fotos. Es una locura, pero no puedo arriesgarme, no quiero preguntas, y eso es lo primero que harán en cuánto aparezca. Por eso siguen creyendo que vivo en Múnich, cuándo la realidad es que me mudé a

Madrid. Monté esta pequeña empresa organizadora de despedidas de solteros. A los dos meses llamé a Susana, le conté de mi negocio, no se lo pensó, y contenta de volver a su ciudad, se trasladó.

- ¿Comemos? — Le pregunto sonriente.

- Claro.

Recogemos un poco los papeles y nos vamos a un chino que hay cerca de aquí, pasamos la comida entre risas. Con ella nunca se aburre, de una forma u otra, siempre ingenia algo, cualquier cosa, lo que sea, desde un paseo a una noche de fiesta, aunque últimamente eso, para mí es más complicado.

- ¿Vemos esta tarde una película? — Me pregunta.

- Hoy no creo que pueda. Margot tiene que irse pronto. He quedado que estaría en casa a las cuatro.

- Bueno... Podemos verla en casa, pasó por el videoclub, compró algo para picar y listo. — Me dice sonriendo.

Es la mejor amiga que alguien pueda tener, se ha vuelto una persona muy importante para mí. Le asiento devolviéndole la sonrisa. Volvemos a la oficina, por llamarlo de alguna manera, porque es una pequeña tienda que alquilé y transforme en nuestra oficina. La oficina la componen dos mesas, la de Susana y la mía, no necesitamos más, normalmente, nos encargamos de hacer la lista de invitados, contactarlos, alquilar el local, las estríperes, y supervisar el evento. Me encanta este trabajó, nadie me da órdenes y dispongo de tiempo libre.

- Hola, chicas.

No he terminado de sentarme, cuando me llega la voz de Marcos. Alzó la mirada hacía él. ¡Mas le vale que no venga con cambios de última hora! Se

supone que hoy no tenía que venir, que ya está todo listo.

- Hola. ¿Que te trae por aquí? — En mi voz se percibe el desagrado.

Disimulo dándole una sonrisa. No puedo hacer otra cosa, Susana lleva razón, será un imbécil que se cree que todas han de caer rendidas a él, pero su dinero es igual de bueno que el de los demás, así que de momento, tengo que hacer de tripas corazón y aguantarlo.

- Preciosa, venía a comentarte que vendrá un invitado de última hora.

¿Para eso viene? Le dejé bien claro, que por un invitado o dos más, no pasaba nada, a veces pienso que es tonto, que se aburre y tiene que venir a molestar. Disimulo con otra sonrisa, aunque por dentro quiera mandarle a la mierda.

- Te dije que no había problema. No hacía falta que vinieras hasta aquí.

- Quería verte. ¿Has comido?

¿Por qué no se da por vencido? ¿Es que no pilla la indirecta? No hago otra cosa que darle excusas y largas, pero ha este tío, no hay forma de hacer que lo vea.

- Lo siento. Acabamos de volver de comer. En otra ocasión será.

- Te tomo la palabra preciosa. Nos vemos mañana. — Dice caminando hacia la puerta.

Aprieto los dientes deseando que se vaya rápido, antes de que se me suelte la lengua, le diga un par de verdades y pierda un buen dinero por decir lo que pienso. Una vez lo pierdo de vista, me recuesto en mi silla giratoria y suspiro. Y pensar que mañana tendré que aguantarle por horas. Todo porque se ha encaprichado que supervise el evento.

He intentado de todas las maneras zafarme y cargarle el muerto a otra, pero

el evento es mañana y todavía no he conseguido escaquearme de él.

- Sueño cumplido. Le atiende Sindy. — Digo al descolgar el teléfono, que lleva sonando un minuto.

- Ja, ja ja. Me encanta ese tono complaciente que te sale al contestar.

- ¡Maldita sea Tabi! Te he dicho mil veces que me llames al móvil. Y

cuando no este trabajando.

- Si te llamo al móvil no lo coges. Es culpa tuya que recurra a este número.

Tiene razón, pero es que cuando llama, no puedo arriesgarme a cogerlo y que descubra mi pequeño secreto.

- ¿Qué quieres?

- Que vengas...

- No puedo. Tengo mucho trabajo, y por lo menos hasta dentro de tres semanas no tendré un hueco. — Le repito de memoria, la misma excusa de siempre.

- ¡Escúchame bien! El sábado que viene es la cena de compromiso.

Mas te vale que el viernes por la noche estés aquí.

- Tabi...

¿Me ha colgado? Miro el aparato por un largo rato. ¿Y ahora que hago?

No puedo dejar a mi hermana tirada. Es normal que en su cena de compromiso quiera que este ahí. Pero... ¿Qué hago con mi pequeño secreto? Tal vez sea una señal y sea hora de decir la verdad. No, no puedo. Y tampoco quiero tener que dar explicaciones. ¿Me perdonara si no asisto? Descarto esa estúpida idea. Es hora de empezar a afrontar la realidad. Miro a Susana, sentada a la mesa

atiende una llamada, mientras toma nota.

- Susana. ¿Que eventos hay para el sábado que viene?

- Una. La de Claudia y Miguel.

- Llama a Julia y que se encargue ella de supervisarla.

Estos dos, no entiendo para que se casan, si la novia no se fía de él y el novio no se fía de ella. ¿Cómo puede durar así un matrimonio? Estos no duran casados ni un mes. No es que sea conclusión mía, los hechos hablan por si solos. Que una pareja entre, se sienten y me digan:

«queremos hacer nuestra despedida juntos. Hemos hablado y acordado que si estamos juntos ninguno podrá engañar al otro». Es raro no, lo siguiente. ¿Qué hacen cuando van a trabajar? ¿O si quedan con sus amigos? ¿Si tienen que ir a comprar? Miles de preguntas

acudieron a mi mente, mientras los observaba estupefacta. Normalmente, cuando uno se casa, es porque se quieren, confían en el otro y están seguros de lo que hacen. Por eso no comprendo como dos personas se pueden comprometer y casar, si tienen que ir a todos lados, pegados como las lapas y mirando mal al sexo opuesto que este al lado de cada uno. Me olvido del tema, no soy yo la que se casa, ni la que se divorciara poco después.

Me concentro en el ordenador, y me dedico a diseñar el contenido de la nueva página web. Hasta hora hemos estado funcionando por teléfono y atendiendo en persona. Nos ha ido bastante bien, pero empieza a ver más eventos y vamos un poco saturadas.

Aparte de acordar crear una página web para conseguir más clientes y que sea más productivo el negocio, también hemos acordado contratar a otra persona

aparte de Julia, para supervisar los eventos. En estos momentos de eso nos encargamos Susana, Julia y yo. Ya es hora de aumentar la plantilla en la pequeña empresa, crecer y abrirnos camino entre tantos tiburones grandes de los negocios.

- Julia dice que estará allí a las nueve.

- Perfecto. Prepara la maleta que el viernes nos vamos a Barcelona.

- ¿De verdad? ¿Qué vas a hacer con él?

- Lo que tenía que haber hecho desde un comienzo. — Le digo en un suspiro.

A las tres y media en punto apago el ordenador. Me levanto y ordeno un poco la mesa. Me despido de Susana con un alzamiento de la mano y me dirijo a mi pequeño piso. De momento me tengo que conformar con un piso, los alquileres en Madrid son caros. Mi piso será como mucho de cincuenta metros, dispone de

un dormitorio, un cuarto de baño, y una cocina y comedor en uno. No me refiero a un espacio grande, con cocina dividida por una barra. Me refiero a que es una especie de pasillo mas ancho de lo normal y en el lado derecho esta la cocina con sus taquillas, la nevera y fregadero y justo enfrente un banco de madera, como para dos personas y una mesa de comedor. Eso es a todo lo que se reduce el piso, y da gracias que es un cuarto piso y dispone de ascensor. Si es este y me sale por setecientos, no puedo si quiera pensar en pagar uno más grande.

- Hola, Margot. — Digo cerrando la puerta.

- Buenas, niña. — Dice, con ese acento cubano tan característico de ella.

Margot es una mujer que ronda los cincuenta. Cariñosa y amorosa como ella sola. Cuando decidi contratar a alguien, y tener un poco de ayuda, no

imaginé que encontraría una mujer tan buena como ella, ni que le tomaría tanto aprecio. Ahora lo pienso y no sé que haría sin ella.

- ¿Te vas ya?

- Si niña. Mi hijo llega hoy. Te deje preparado un caldo.

- Gracias. No tenias porque hacerlo. Hubiera comido cualquier cosa.

- ¿Y dejar que te alimentes con comida precocinada?

- No he dicho nada. Olvídalo.

Margot no consiente que me exceda con la comida basura, como yo le digo a las hamburguesas, pepitos, papas fritas, pizzas etc. ¡Están tan buenas! Pero mi cubana, es una segunda madre que me ha salido y aparte de no gustarle, lo evita dejándome comida preparada. Menuda lotería me ha tocado con ella. La quiero

porque es una mujer que se da a querer.

- ¿Dónde esta?

- En el cuarto. Estabas tardando en preguntar niña.

Le sonrío y me dirijo al cuarto, entro sigilosa, me asomo y lo contemplo.

Mi pequeño milagro, mi tesoro y mi pequeño secreto. Izan, mi bebe de tan solo tres meses. Le doy un beso en su pequeña cabecita y lo miro cayéndoseme la baba. De lo guapo que es, me lo comía. Ha sacado la misma belleza del padre, seria muy difícil negar que es su hijo. Lo que mas adoro son sus pequeños ojos azules, cuando los abre y me mira, le da luz a mi alma y mi corazón late feliz, por tener este pequeño regalo en mi vida.

Todavía después de un año, me sigo preguntando como es posible, y siempre llego a la misma conclusión, el

malparido me engaño, al igual que me uso. Pero ya no me importa, ya no me duele, conseguí pasar página y vivir únicamente para mi pequeño. Le deposito otro beso y salgo, dejándolo descansar.

- Niña. Mañana nos vemos.

- Margot. Mañana puedes quedarte con tu hijo. Debo supervisar un evento en la noche y no iré en el día. Tómalo de descanso.

- Gracias, niña.

Me tumbo en la cama una vez me he quedado sola. Este lugar es tan pequeño que ni sofá tengo, si quiero ver la televisión, tengo que verla en la habitación. Paso canales uno detrás de otro. Termino dejando el CSI, y me tumbo a ver un par de capítulos. Acabando el segundo capítulo, escucho al rey de mi vida refunfuñar, primero en una especie de chillido flojo, y después

el chillido en forma de a, antes de empezar a llorar. Lo cojo y con el en brazos voy a la cocina, y le preparo el biberón. De camino a la habitación suena el timbre. Me encaminó a la puerta y abro.

- Traigo la película.

- Pasa. — Digo, metiéndole a Izan el biberón en la boca.

- ¡Este niño cada día es más guapo! — Dice, dándole un beso en un moflete. - Es clavado a su padre. — Susurra.

- Lo sé. Puedes hablar de él, si quieres. No me molesta. — Digo encogiéndome de hombros.

Se queda mirándome sin saber qué decir. Termino de darle el biberón a mi niño y lo pongo a eructar. Entre tanto Susana pone la película.

Acurruco a Izan en su cunita y lo tapo.

Susana y yo nos recostamos en la cama, como tantas otras veces hemos hecho. Comienza la película, y en el primer minuto sé que película es. La he visto tantas veces que es imposible contarlas con los dedos de las manos. Pero como es una peli que me gusta, no me canso de verla y disfruto con ella, como si fuera la primera vez que la veo.

- ¿Crepúsculo? — Le digo en tono divertido.

Tras dos horas de película, hambrienta y sin ganas de comer caldo, pido una pizza. Nos sentamos en el suelo del dormitorio y comemos viendo la segunda parte de la saga vampiresa, aunque a esta le prestamos menos atención, por lo menos hasta que aparece Edward en pantalla.

- ¿Como crees que se van a tomar lo de Izan? — Dice, llamando mi atención.

- Pondrán el grito en el cielo.

- ¿Por qué no se lo has dicho?

Me quedo unos minutos callada. ¿Por qué? Bueno, puedo darle muchas razones, tantas que no sé cuál elegir, pero en el fondo, ninguna me vale como excusa, excepto una, porque la realidad es, que si hubiera tenido oportunidad se lo habría dicho.

- Porque desapareció.

Poco después Susana se va. Preparo otro biberón, cojo a mi pequeño, lo meto en la cama y le doy su toma. Cuando se lo ha bebido, dejo el biberón sobre la mesita, y me rindo al sueño abrazada a la luz de mi vida.

MALAS SENSACIONES.

Por mis oídos se filtra un llanto desgarrador, abro los ojos sobresaltada por el llanto. Por instinto busco a mi pequeño. No está. Sigo el llanto y el corazón se me paraliza, pego un bote de

la cama y corriendo lo cojo en brazos. ¡Sé a caído! Lo reviso de arriba abajo, temiendo que se haya hecho algo en la caída, intento calmar su llanto, tras diez minutos se relaja y se queda dormido. Con el susto en el cuerpo, me acomodo con el en la cama. Una hora después, habiendo verificado que solo ha sido un pequeño susto, lo recuesto en la cuna y lo arropo. Le deposito un suave beso suspirando en su cabecita y vuelvo a la cama.

A las doce de la mañana, salgo a dar un paseo con mi pequeño y de paso pasarme por la oficina. Antes de llegar a ella me detengo en el supermercado, para comprar pañales y otra lata de leche. El tragón termina con ellas, como yo con las tabletas de chocolate blanco. Al salir me topo con la persona, que menos deseo.

- Preciosa, que coincidencia.

- Hola, Marcos.

- ¿Es tuyo? — Dice, señalando el carrito.

- Sí.

Se asoma a ver por el lado de la capota. Ese simple gesto, me hace tener ganas de dar un tirón brusco y apartarlo de mi bebé. Me contengo con un sobre esfuerzo humano, y mantengo en mi cara la sonrisa, mas falsa que existe sobre la faz de la tierra.

- ¡Qué rubio! Parece un muñequito.

- Tengo que irme. Me están esperando en la oficina.

- Que pronto quieres enseñarle a manejar el negocio. — Dice, riéndose a carcajadas, como si hubiera tenido gracia.

Hago a un lado el carrito, y paso por su lado. Me para en seco, cogiéndome por

el brazo, su tacto me hace sentir un escalofrío. Es una sensación indescriptible, que me deja un malestar en el cuerpo, como cuando se avecina una catástrofe y te das cuenta cuando ya la tienes encima.

- Espero verte esta noche. — Susurra cerca de mi cara.

Me agarro fuerte al carrito, incluso llego a creer que de tanta fuerza que hago lo voy a partir, y todo por no soltarle la patada en las pelotas, como ahora mismo me apetece.

- Allí estaré.

Me suelta y sigo mi camino, entro en la oficina, con un mal sabor de boca y un nudo en el estómago. ¿Por qué siento ese repelús hacia su persona? ¿Por qué presiento que trama algo? ¿Y porque cuando habla parece que me está amenazando? Nerviosa, y necesitando una tila, dejo el cochecito al lado de mi

mesa y me siento.

- Se dice hola. — Dice, Susana a broma.

- ¿Qué sucede? — Pregunta al ver que no me río.

- Me he encontrado a... Marcos.

- Sindy es un capullo, eso ya lo sabemos.

- No. Hay algo raro en él. Cada vez que habla o se me acerca, percibo algo turbio que tapa con sonrisas y buenas palabras. Aun así mi cuerpo lo presiente.

- Estás paranoica. La página se ha caído, iba a llamarte. — Cambia de tema.

- ¿Otra vez? — Digo, resoplando. - Llama alguien que sepa del tema.

Que lo arreglen.

- ¿Hola?

Nos giramos hacia la voz. Una muchacha morena, de unos veinte años, con una sonrisa en el rostro nos contempla.

- ¿Qué deseas? — Le digo amable.

- El trabajo. ¿Con quién tengo que hablar?

- Aquí funcionamos de otra forma. Ja, ja ja, acércate. No hago entrevistas. Yo hago pruebas. Te vas a un evento, con ella o conmigo, te dejamos a tu aire para ver como te desenvuelves. Lo haces bien te quedas. Lo haces mal a la calle. ¿Que me dices?

- ¿No es un poco raro? ¿No hay preguntas? ¿No corroboraís credenciales? ¿Nada? — Niego con la cabeza - ¡Esto es un chollo! —

Dice la muchacha eufórica.

- Mira... Justamente hoy tengo un evento. — Digo, encendiéndome una lucecita

de precaución.

Susana sonríe, me conoce bastante bien, y sabe tan bien como yo, que es una forma de escaquearme, no del evento, pero si de aguantar a un par de palurdos, porque si Marcos es así, no quiero conocer a los amigos.

-  De verdad? Gracias. Muchas gracias.

Cojo un papel y le anoto la dirección. Se lo entrego con una sonrisa, por lo menos no estar  sola.

- Te espero a las ocho.

- Pero... Esto no es un local.

- No. El que vino a contratar nuestros servicios es un poco exigente. Es una casa privada, que hemos alquilado para toda la noche. Abra comida, bebida, chicas, y no hablo de una o dos. No s  que idea lleva el cliente, pero me exigió que fuera una por cada invitado. Así...

Que imagina que fiesta piensa montar.

- Allí estaré.

Se despide de nosotras y sale con una sonrisa más grande que cuando entro. Me despido de Susana, quedando en vernos a las seis. A la hora de comer, me meto en el cuerpo el caldo de mi cubana. Como venga mañana y vea que sigue en la nevera, me toca sermón sobre alimentación por horas. Así que... Como hasta casi terminar con él. A las seis menos diez suena el timbre. Abro sonriente a sabiendas de que será Susana. Me quedo contrariada, cuando abro y no hay nadie. A las seis vuelve a sonar el timbre. Esta vez aparece una Susana sonriente y con un peluche en la mano, que dice «mi tía es la mejor». Me río, de verdad que es única, y por eso la adoro.

- ¿Ya empiezas a comprarlo con regalos? — Digo, levantando una ceja.

- Cuanto antes mejor, ¿No? Tengo que conservar mi puesto, cuando lo sepa la familia.

- Siempre seras su tía. Aunque no lleva tu sangre, sé que le amas. Es afortunado por tenerte como tía.

- Voy a ver a mi niño consentido, porque si no me harás llorar. — Dice dejando un beso en mi mejilla.

Meneo la cabeza de un lado a otro. ¡Qué sensiblera! Desde que sabe, que pronto lo sabra mi familia, cree que se va a quedar a un lado rezagada, lo que no sabe es que tanto Tabi como yo, la apreciamos y no la sacaríamos de nuestras vidas por nada del mundo. Ella es una más de la familia, y todavía no lo ha entendido. Entro a la habitación detrás de Susana, como siempre ya lo tiene cargado en brazos. Mira que le digo que no haga eso, que el niño se va a acostumbrar a los brazos, y luego la tabarra es para mí. Pero ella con una

sonrisa, pasa de lo que le digo como cada día, y yo no puedo hacer otra cosa que sonreír, por su manera descarada de ignorarme. Me acerco y le doy un beso a mi pequeño, después le susurro un té amo.

- Gracias por quedarte. Espero volver pronto.

- No te hagas ilusiones. — Me advierte.

Subo al coche, me paso el cinturón, arranco y me dirijo hacia las afueras de Madrid. Me detengo en un semáforo, mientras espero que cambie para poder seguir, enciendo la radio y coloco el disco de Romeo Santos. Desvío la mirada por el cristal, mis ojos reparan en un hombre alto y rubio, que esta de espaldas y rodeando con su brazo a una mujer rubia de esas que parecen una barbie y llaman la atención de cualquiera. Aparto la mirada, al oír una bocina detrás de mí. El semáforo ha cambiado. Sigo mi camino, desechando

la idea, de que a lo mejor era él. «Estúpida» Me digo mentalmente. Después de un año, todavía lo busco con la esperanza de poder hablarle de Izan.

Llego a la casa a las siete, estaciono en el aparcamiento enorme que rodea el edificio de dos plantas. Tomo un par de respiraciones, antes de bajar del auto. ¡Que sea una noche corta! Le clamo al cielo, parada en la puerta del edificio mirando hacia arriba. Saco las llaves, abro y me adentro en el lujoso caserón.

Como soy la organizadora y supervisora, soy la primera en llegar. Media hora mas tarde aparece el servicio de comidas y camareras, también a petición del cliente. Ellos ordenan y nosotras nos encargamos de contratar y cumplir sus deseos. Por eso la empresa, se llama sueño cumplido. A las ocho llega la muchacha morena, ni si quiera sé cómo se llama. ¡Menuda empresaria! Bueno eso tiene fácil

arreglo, así que no le doy importancia. A y media llegan las quince estríperes, a gusto del cliente, como especificó, por cada hombre una mujer. No sé para que, se supone que ellas solo hacen su exhibición. Pero por como es Marcos a saber lo que espera de ellas. Me dirijo al salón, donde están todos esperando. Los observo, la que se va a liar. Estoy segura de que esta fiesta más de uno, no la olvidara en su vida.

- Vosotras, coged arriba un cuarto para lo que preciséis, ya sea cambiaros, maquillaros... Lo que sea. — Me dirijo a las estríperes. -

Vosotras, quiero que estéis al pendiente de los chicos, preocuparos de que siempre haya comida en las mesas y bebida en sus manos. Y tú, como futura organizadora, tienes que preocuparte, de que hagan bien su trabajo. Que no discutan, que traten bien a los hombres, que no haya peleas... Y todo eso.

- ¿Cómo evito una pelea entre dos hombres? — Me dice, dubitativa.

- Ja, ja ja, Alex y Tyler están a punto de llegar. Llámalos y listo. Por cierto, ¿Cómo te llamas?

- Azucena.

- Perfecto. Estaré rondando por aquí. Para cualquier cosa, me buscas.

Me doy la vuelta, andando en dirección a la cocina. Entro y como la primera vez, me deja igual de impactada. Es grandísima y lujosa. Ni en mis sueños, ni en otra vida tendré yo una como esta.

- Ponme algo fuerte. — Le pido a la primera chica que veo.

Me lo sirve al segundo, no sé lo que es, ni me interesa. Me lo bebo del tirón. Esto me dará un subidón, por lo menos el suficiente, para aguantar y no largarme a la primera oportunidad que

tenga. Sobre las diez, puedo percibir el jaleo que empieza haber en el salón, las chicas llevan un rato yendo y viniendo, tanto con bandejas de aperitivos como con las bebidas que les reclaman. De momento va todo sobre ruedas.

Se me fastidia la calma, en el momento que Azucena cruza la puerta.

- Tienes que salir. No puedo con ellos.

Me quedo mirándola. Sí que ha durado poco. La sigo al salón, y cuando llego me quedo con la boca abierta y pensando, si yo podre con ellos.

Cuatro hombres han hecho que una de las estríperes se suba a la mesa de billar y les baile por lo que veo, mientras ellos juegan al billar, sin inportales si le hacen daño cada vez que recibe un bolazo. Otros tres tienen a otra acorralada entres sus cuerpos y la manosean como les da la gana. Otros beben y otros juegan cartas sin

inmutarse. ¿Dónde me he metido? ¿Qué clase de gente es esta?

- ¡Basta! — Grito.

Divertirse es una cosa y abusar de poder es otra y eso es lo que están haciendo ahora mismo estos palurdos. Todos se giran a mirarme y yo me encojo un poco dando un paso hacia atrás. Uno de los que juegan a las cartas, se levanta y viene hacia mí con pose amenazadora. En estos momentos me parecen un puñado de mafiosos, en vez de un grupo de amigos celebrando una despedida.

- ¿Y tu quien eres guapa? — Dice, dando una vuelta a mi alrededor.

- La que ha organizado esto, pero no para que os comportéis como brutos.

Sigue dando vueltas a mi alrededor, se detiene detrás mía, y con un movimiento veloz, me coge del pelo, echándome la cabeza hacia atrás.

No me muevo, el miedo paraliza todo mi cuerpo.

- Te ha quedado todo muy bonito. No quiero escuchar de tu boca, otra replica más. ¿Queda claro?

- No.

Soy una inconsciente, lo sé, pero nadie me da ordenes y menos un tío, que se cree el amo del mundo.

- Mira guapa. Si no lo entiendes, te lo explico de otro modo. Aquí mando yo.

Me da la vuelta, para que quede de frente a él, todavía con su mano retorciendo mi pelo. Pasa sus dedos por mi labio, en una caricia. Por instinto doy un paso hacia atrás, consiguiendo con el acto, llevarme un tirón más fuerte. Le doy un mordisco con todas mis fuerzas en su dedo, liberándome de su agarre, cuando echa mano a sujetarse la mano y aguantar el dolor. Me doy la vuelta para

salir pitando. Pero me quedo sin hacer movimiento y con los ojos abiertos, en el mismo momento que me hago consciente que un arma, me apunta a la cabeza. ¡Joder están locos! ¿Por qué nunca le hago caso a mi instinto?

- Baja el arma. — Reconozco la voz de Marcos.

- Hermano esta perra me ha mordido.

- Bruno perderás mucho, si aprietas ese gatillo. Es ella.

- ¡No me jodas! — Dice, el tal Bruno a mis espaldas. - Bueno preciosa por esta vez, te has librado.

Con las mismas se pone delante de mí, y me cruza la cara, haciéndome caer contra el suelo.

- ¡Bruno!

- ¿Qué? ¡Me la debía! Él lo entenderá.

¿Él? ¿Quién es él? Intento entender que ocurre, pero nada tiene comprensión para mí. No sé que he podido hacerles. ¡Si no me meto con nadie! Marcos se me acerca y me ofrece la mano, la ignoró y me pongo en pie por mi sola. Me quedo mirándole con temor. A la espera de lo que vaya a hacer.

- Vamos princesa, a diferencia de mi hermano, yo no quiero hacerte daño. Si colaboras, todo ira bien.

- ¿Qué queréis de mí? — Digo, en un hilo de voz.

- Sígueme.

Acato la orden, andando temerosa detrás de él, subimos las escaleras, recorreremos el pasillo, y llegamos a la última habitación. Abre la puerta y me hace entrar. No rechisto, mantengo mi cabeza agachada y miro al suelo.

- Levanta la cabeza. — Me dice flojo en

el oído.

Acato la orden y miro al frente. Mis ojos reparan en un hombre de espaldas a mí, mirando por el cristal. Me mantengo en silencio, a la espera de lo que vayan a hacer conmigo. Por mi mente solo pasan imágenes de mi bebé. Para volver a verlo haré lo que sea, yo no importo, solo quiero salir de aquí y regresar a casa con mi pequeño. El hombre se da la vuelta y el mundo se me cae, el corazón se me paraliza y el alma se me quiebra. ¿Esto no puede ser real?

EN PELIGRO.

- Hola, Sindy.

¿Hola? Debo estar en un sueño, no puede ser real, que este rodeada de un par de locos y en una habitación con Ian ante mí diciéndome...

¿Hola? Mi panico se acaba de ir a tomar viento, dejando paso a una rabia

acumulada por un año. Me olvido de donde estoy y de la mana de locos que me rodean. Me acerco hasta Ian y ahora soy yo, la que alza la mano y cruza su cara.

- Parece amigo que no se alegra de verte.

- ¡Lárgate!

- Tú mandas. Pero... Como se entere Carina de esto... — Deja la frase en el aire.

Y por como ha hablado de la tal Carina, no quiero saber quien es. Ian le da una mirada, una dura con la que le deja claro, que está hablando de más. Marcos sale por la puerta dejándonos a los dos solos.

- ¿Qué hago aquí? — Pregunto.

Ya me ha quedado bien claro, que todo esto lo ha orquestado él, ahora solo me

importa el motivo. Y largarme lo antes que pueda.

- Necesitaba verte. — Dice, acercándose a mí.

Levanto las manos, para que no de ni un paso más en mi dirección.

- ¿Después de un año? ¿Te estás burlando de mí?

Se pasa la mano por la sien, y resopla. Me cruzo de brazos, a la espera de que empiece a soltar la sopa.

- No lo entiendes... Estas en peligro.

Asimilo lo que está diciendo. ¿Peligro? ¿He oído bien? He tenido que oír mal, porque es imposible. ¿Que peligro puede correr una mujer que se dedica a su trabajo y a su niño? Tiene que estar equivocado, confundido o incluso drogado.

- Me marchó. No te vuelvas acercar a mí.

Me doy la vuelta y abro la puerta, dispuesta acabar con esta gilipollez.

- ¡Escúchame! Si sales... Y yo no he dado orden para que te dejen salir, te mataran.

- ¿Me estás amenazando?

- Te estoy advirtiéndote lo que pasará.

- Tú, eres el jefe... — Digo, segura.

Asiente. Dejándome claro que no le conozco, que la persona que creí que era, nunca ha existido. ¿Y este es el padre de mi hijo? ¡Izan!

- Esta bien. Supongamos que te creo. ¿Que quieres que haga?

- Tengo una casa en Elba, a diez kilómetros de la costa italiana.

Quiero llevarte allí.

¿Italia? ¡Esta como una cabra! ¿Qué quiere tenerme escondida? ¡Que le den! No va a poner mi vida patas arriba, porque él crea que corro peligro. Yo no he notado nada raro. ¿Por qué tengo que confiar en él?

- ¡No!

- ¡Maldita sea, irás quieras o no! Carina, no parara hasta dar contigo y destruirte.

- ¿Y quien demonio es Carina? ¿Y que quiere de mí?

- No importa quien es. La parte que te debe importar es que quiere que desaparezcas.

- Muy bien. No me iré de aquí hasta después de la cena de compromiso. Y no iré sola.

Achica los ojos, y me escudriña, intenta

adivinar mis pensamientos, parece como si quisiera traspasar mi piel y meterse en mi cerebro.

- No puedes asistir a esa cena. Ella sabe quién eres. Solo que todavía no te ha encontrado. Y a lo segundo...

- Iré con Izan. Si no, me quedo aquí. —
Le digo inflexible.

Sé lo que está pasando por su cabeza, no sabe quién es Izan, no sabe que es un bebé y no sabe que es lo más grande que tengo en la vida y que por protegerlo de esa loca, haré cualquier cosa.

- Vamos.

- ¿Qué?

¿No esperara que recoja mis cosas y las de mi pequeño a estas horas?

- Me has oído. No me hagas repetirlo.

Me coge de la mano, y me hace bajar casi a rastras. Se detiene en medio del salón. Y da un rodeo con la mirada.

- ¡Marcos! ¡Bruno!

Los susodichos se presentan ante él, al momento. Me quedo sorprendida, por la autoridad que refleja su voz. Seguro de lo que hace, sin titubear un ápice.

- Tú dirás. Dice, Marcos.

- Vosotros dos os venís con nosotros. Manda a Eddie que llame y preparen el avión.

Me vuelve arrastras hacia fuera, deteniéndonos poco después ante un coche negro, con los cristales tintados. Abre la puerta y me hace entrar, se sube a mi lado, mientras que sus dos esbirros, como los he denominado, porque no sé ponerles otro nombre, se posicionan en los asientos delanteros. Llegamos a mi departamento sobre las doce y media de

la noche. No ha echó falta que les dé mi dirección, empiezo a pensar que me tenían vigilada. ¡Maldito idiota! Estacionan el coche, sin apagar el motor. Ian sale, manteniendo la puerta abierta, para que salga. No rechisto y acato la orden muda. En el ascensor, me empiezan a entrar los nervios. Me muevo de un lado a otro, intranquila. ¡Dios!

Siempre pensé que antes de conocer a su hijo, sabría la verdad. El pasillo corto que hay hasta mi piso, se me hace eterno, como si estuviera subiendo una cuesta, en vez de andar por un pasillo plano.

Me detengo, resoplo y miro a Ian. Bajo la atenta mirada de Ian, extraigo las llaves, al ir a abrir, de los nervios se me caen al suelo. Voy a recogerlas, cuando el idiota, me ha estampado contra la pared y me hace que lo vea a los ojos.

- ¿Qué escondes?

- Na... Da.

- ¿Entonces porque tiemblas?

Trago saliva forzada, y aparto mis ojos de los suyos, sin darle contestación. Porque no sé cómo decírselo, lo he ensayado cientos de veces y me sé las palabras de memoria, pero en este momento se me atragantan en la garganta.

- Abre esa puerta. Si no quieres que la eche abajo. — Dice, mosqueado.

Me hago con las llaves, y a la mayor velocidad que puedo, abro la puerta. Ian entra con una confianza excesiva, como si estuviera en su casa. Recorre el lugar con la mirada.

- Vamos. — Dice, dándome empujones hacia la habitación.

Casi llegando se abre y sale Susana con

una sonrisa que a los segundos desaparece.

- ¿Sindy? — Pregunta incrédula.

- No preguntes. Porque estoy igual que tú.

- Hola, Susana. Apártate tenemos prisa.

- De eso nada. ¿Dónde te la llevas?

- No es tu problema.

- Te equivocas. — Le rebate mi amiga. -
Donde vaya ella, voy yo.

El idiota ni se inmuta, saca un móvil del bolsillo y marca.

- Subid. — Ordena, supongo que a los esbirros. - Recoge tus cosas ya.

Bufo fuerte, no soporto que me den ordenes, pero por esta vez me callo. Paso por el lado de mi amiga y le doy un

beso a la vez que susurra un «¿Qué sucede?» Niego con la cabeza en su dirección y me encojo de hombros, para que entienda que ni yo misma lo sé. Entro en el dormitorio y cierro la puerta detrás de mí, necesito unos minutos más. Saco dos maletas y con rapidez las cargó de ropa y de todas las cosas que pueda necesitar.

- ¿Has acabado? — Oigo antes de que termine de abrir la puerta.

Me giro veloz, el desconcierto pasa por las facciones de su rostro, al reparar en la cuna. Desvía la mirada hacia mí, aprieta la mandíbula y se acerca hasta donde duerme mi pequeño. Lo mira con los ojos muy abiertos, incluso lo toca suavemente, como queriendo cerciorarse de que no es un muñeco. Si supiera que está tocando por primera vez a su hijo...

- ¡Susana! — Grita.

¿Colérico? Me quedo mirándolo

desconcertada, queriendo averiguar que ha causado en el esa reacción. Mi amiga aparece corriendo, hasta jadea, y eso es raro porque el piso es muy pequeño, como para haber corrido hasta el punto de estar jadeando.

- ¡Qué!

- ¿Esto es tuyo?

¿He? ¿Está hablando de mi pequeño, como si fuera una cosa? ¿Un macuto? ¡Eso sí que no! ¡Antes me lo como, a que no trate a mi pequeño como debe!

- ¡Idiota, le preguntas a la mujer equivocada! — Le digo cruzándome de brazos.

Se acerca a mí, con una mirada que no le he visto nunca, o el la tenía muy bien guardada o en este año ha practicado para con solo una mirada aterrorizar. Doy un paso atrás, cuando lo siento casi encima. Me enfurezco conmigo misma,

porque sea capaz de atemorizarme con solo ponerme los ojos encima.

- No esperaba que fueras tan facilona, como para después de estar conmigo, te hayas acostado con otro.

Mi mano vuela por segunda vez a su cara, pero esta vez obtengo respuesta. Me empotra en la pared, en un movimiento brusco y rápido.

Llego a sentir un pinchazo en la espalda de dolor por el impacto. Me coge la mandíbula y aprieta un poco, una clara advertencia de que le mire a los. Lo hago. Con una mirada retadora, aguanto la suya.

- Las verdades duelen. — Espeta en mi cara. - ¡Coge al niño y vámonos!

Me suelta, y a paso rápido sale por la puerta, dando un tremendo portazo al salir. Suelto el aire que estaba reteniendo en los pulmones.

Ese no es el Ian que yo conocí, ni el hombre que una vez ame, esa persona que he visto, es un hombre implacable, frío, y detestable. Hago de tripas corazón y cargo a mi pequeño. Al salir, Ian no está, pero los esbirros sí. El tal Bruno se me acerca y acurruco más a izan contra mi pecho.

- Baja.

- ¿Y mi amiga?

- La orden es que bajes con el niño.

- Vete. — Suplica Susana.

La observo y atisbo un pequeño corte en su labio, mi corazón se comprime. ¿Que le han dicho para que tiemble de esa forma? ¿Y como puede consentir esto el hombre que una vez creí buena persona?

Agacho la cabeza y despacio camino hacia la puerta, lo hago no porque quiera, si no, por no empeorar la

situación de la persona que quiero como a una hermana. Cuando llego abajo, Ian ya está sosteniendo la puerta. Me interno en el interior del coche, sin mirarlo, ni dirigirle palabra.

Una hora después estoy en la habitación del avión privado. Izan llora porque tiene hambre, por mucho que no quiera hablarle al idiota, me tengo que tragar el orgullo. Por mi niño, todo puedo hacerlo, él es la fuerza de mi vida. Salgo del dormitorio y lo busco, me dan ganas de vomitar al verlo sentado riendo con los esbirros. Por lo que he podido darme cuenta, ellos dos son su mano derecha, o uno la derecha y el otro la izquierda, como sea, ellos son sus fieles secuaces. Ando hasta donde están con una seguridad, de la que carezco. Me paro ante ellos y poso mi mirada en el hombre que ahora mismo detesto.

- Ian. — Lo nombro, ni siquiera me mira. - Ian. — Pruebo otra vez.

- ¿Qué? — Dice, aburrido y dándome una mirada de soslayo. - Te dije que te quedaras en el cuarto.

- Necesito calentar esté agua. Tiene hambre. — Digo, suave.

Les hace un movimiento de cabeza a sus compinches, estos se levantan, Bruno pasa de largo, pero Marcos coge el biberón con una sonrisa.

- Siéntate.

Hago lo que me pide, tomando asiento enfrente de él. No le miro, mi pecho se resiente cada vez que le miro, y no encuentro nada del Ian que conocí.

- Aquí. — Dice, señalando el asiento de su lado.

Niego con la cabeza enérgicamente. Sonríe. Y no me gusta esa sonrisa.

Es una sonrisa cínica, que dice,

«¿Segura?»

- ¡Bruno! — Este aparece al momento -
Coge al niño y dile a Marcos que le dé
la comida y se quede con el hasta nueva
orden.

- ¡No! ¡No! Vale no te desobedeceré.
Por favor...

- Recuérdalo, la próxima vez.

Hace un movimiento con la cabeza y el
tal Bruno echa mano a llevarse a mi
pequeño, me revuelvo como una
serpiente, pero todo es en vano, cuando
Ian se levanta, rodea mi cintura, pega su
cuerpo al mío y me susurra.

- Suéltalo, o no lo veras por horas.

Me muerdo el labio, a la vez que de mis
ojos se escapa una lagrima, mientras
observo, como desaparece el secuaz y
mi bebe por la puerta del dormitorio.

- Siéntate.

Acato la orden sin replicar. No entiendo nada. Me duele la cabeza de tratar de entender, pero por más que lo intento, no logro nada más que el dolor aumente.

- ¿Por qué me haces esto?

- Me has decepcionado. Eres igual que todas. Decís querernos y en cuanto nos perdéis de vista, os metéis en la cama de otro.

- Nunca dije que te quisiera.

- ¿Quieres recordar? ¿Te refresco los recuerdos? Porque de tus labios, salió un claro te quiero, cuando te deshacías en mis brazos.

- No es cierto. — Susurro.

- Que no lo recuerdes... No quiere decir, que no lo hayas dicho. — Me dice seguro - Te recuerdo que el que bebió

fui yo... No tú.

- ¡Te marchaste dejando una maldita nota! ¿Y tú eres el que se enfada?

¿Por qué? ¿Por qué tengo un niño? ¡Pues que te jodan!

Me levanto como un vendaval, llegando al cuarto en tres zancadas. Me interno en el y cierro la puerta con seguro. No me fio de Ian. Como me figure, la puerta traquetea, señal de que Ian esta al otro lado intentando entrar.

- ¡Abre la puerta! — Grita enfurecido, haciéndome dar un bote y pegarme a la pared. - ¿No quieres ver a tu pequeño? ¿Te fías de nosotros, como para dejarlo desamparado sin su madre?

Me mantengo en silencio, sé lo que está tratando de hacer, no me va a manipular. Puede ser el hombre más despreciable del mundo, pero no creo, que llegara hasta el punto de hacerle daño a un bebé,

que no le ha hecho nada.

- Sindy. Está llorando. ¿Tan mala madre eres? — Dice, con voz melosa.

¡Desgraciado! Acaba de tocar mi debilidad. Atacado por donde más me duele y a lo que mas le temo. «Ser una mala madre» Abro la puerta con desesperación, Ian sonrío con malicia. Desde el principio ha sabido por donde atacar, para conseguir su propósito, que abriera la maldita puerta.

- ¿Dónde esta? — Pregunto preocupada.

Se adentra en la habitación y cierra. Hago amago de abrir el cerrojo para buscar a mi niño. Se pega a mi espalda, dejándome inamovible, como una roca. Rodea mi cintura con un brazo, a la vez que con el otro acaricia mi brazo, logrando que los pelos se me pongan de punta. Me muerdo el labio, para aguantar esta tortura. Porque realmente, no sé lo que quiere y espera de mí.

- ¿Fue tan bueno como conmigo?

No está preguntando, lo que creo haber escuchado. Verdaderamente cree que estuve con otro. No ha dudado en ningún momento de sus palabras. Mis ojos se abren de par en par. ¡Maldito capullo! ¡Lo que le duele es su ego! Por eso se lo llevan los demonios, porque no concibe que después de estar con él, haya podido estar en brazos de otro.

Sonrío con un claro pensamiento. ¡Se va a cagar!

- Mucho mejor. — Respondo su pregunta.

Se pega más a mí, rodea mi mandíbula con su mano haciéndome levantar la cabeza, girándola un poco. Cuando me tiene a su disposición y a su merced, me besa con dureza y rabia. El beso es tan brusco, que me hace sentir dolor, al punto de saber que cuando deje de castigar mi boca, los tendré hinchados.

Se separa de mí, con la respiración agitada, se detiene en el hueco de mi cuello y me da un mordisco, que me hace dar un grito.

- No vuelvas hablarme como lo has hecho delante de nadie. Y...

Suplicaras que te haga mía de nuevo. — Dice, en mi oído seguro.

Me deposita otro beso en el cuello. Su cuerpo se aleja del mío. Me da un leve empujón, y sale del cuarto, con unos aires de grandeza, que hasta hoy no había visto.

- ¡Así se hace jefe! — Reconozco la voz de bruno.

- Os dije que le enseñaría quien manda. — Suelta Ian, regocijándose.

¡Capullo! Ellos han creído lo que no es, o mejor dicho Ian les ha hecho creerlo. ¡Hijo de su madre! Por eso me ha

mordido, sabía que no podría reprimir el grito de dolor en mi garganta. Me siento en la cama cabizbaja. Empiezo a creer que tal vez hubiera sido mejor enfrentarme a la tal Carina que a Ian. Marcos entra poco después, con una sonrisa cínica, que me dan ganas de borrarle con un puñetazo. Me deja al niño en los brazos. Está dormido. Lo miro con un amor inmeso y le doy un beso. Me impregno de su olor a bebé, y de la fuerza que solo el me puede dar, para aguantar, al idiota que tiene por padre.

- Si me hubieras prestado atención. Todo esto se habría evitado.

- ¿Tú eres mejor que él?

Se acuclilla poniéndose a mi altura para verme a los ojos, mientras toca la cabecita de mi niño.

- No. Pero si él, no se hubiera fijado en ti, cometiendo el error de meterte a su

cama... Carina no iría a por ti.

ENCARCELADA EN EL PARAÍSO.

Llegamos a la isla, no me paro a observar mi alrededor, estoy cansada y necesito dormir. Tampoco es que me vaya a poner a inspeccionar el lugar, a las tres y media de la mañana. Sigo a Ian, acercándonos a un caserón de fachada amarilla. Digo caserón, porque decir casa, sería un insulto, para gran enorme lugar. ¡Normal que le encante! No está muy lejos del mar, si yo tuviera tanto dinero como él, quizás también elegiría una como esta. Todo lo que rodea el caserón son arboles, sonidos de pájaros, sonido del mar, todo naturaleza pura. Me paro en seco al entrar en la casa. ¡No quiero estar aquí! Toda la casa esta decorada lujosamente. ¡Dios sabe cómo abra ganado todo esto!

- Vamos. — Ordena Ian.

Le sigo sin decir ni pio. Subimos las

escaleras y en la tercera puerta se detiene. La abre y me indica que entre. Cierra detrás de nosotros, va hacia los ventanales, y me hace un movimiento con la mano, para que vaya.

- Acuesta al niño.

- ¡No hasta que te vayas!

Arquea una ceja. Estira los brazos y me quita al niño, recostándolo el mismo. Pongo mis manos a la espalda, a la espera de lo que tenga que decir. Como aquel que dice, las escondo para que no se percate del temblor de mis manos. Se gira y me contempla.

- Dame el móvil.

- ¡No!

Resopla varias veces, hartándose de mis negativas.

- O aprendes a obedecer, o te va a ir

muy mal por aquí.

Coge el bolso de donde lo dejaron sus secuaces, antes de que nosotros entráramos y vacía el contenido en la cama. Sonríe, cuando sus ojos reparan en mis pastillas anticonceptivas.

- ¿Por qué no pensaste en esto, antes de salir con una barriga? Aquí no te van a hacer falta. — Sentencia.

Lo miro confusa, sin saber que quiere decir. Se encamina con ellas a los ventanales, y abre la puerta de cristal, que da a parar a un patio. Corro como una liebre, llegando donde está él. Intento quitárselas, dándole empujones, que no le hacen otra cosa que reír con mi intento infructuoso por arrebatárselas. Me da una mirada, que me hace quedarme parada en el sitio. Con un movimiento ligero de la mano, las avienta por el terraplén, que da debajo del balcón.

- ¡No me tocaras un pelo sin ellas!

Me doy la vuelta, dirigiéndome a paso rápido a la cama. Me hago con el móvil y me meto por la única puerta que hay. Corriendo me lo meto en los pechos. No me va a dejar incomunicada. Va listo. Si, siquiera lo piensa. Ian entra, dando un portazo detrás de sí.

- Dámelo. — Demanda, estirando la mano en mi dirección, con la palma hacia arriba.

- ¡No! — Repito por segunda vez.

Parece que estando con él es la única sílaba que conozco. Y la verdad, me complace no darle el gusto, y ver como rabia con mi desobediencia.

Si está acostumbrado a que todo el mundo haga lo que él ordena.

Conmigo va a aprender a que eso no suceda. Extrae el celular, y marca bajo

mi atenta mirada.

- Bruno sube.

Dos simples palabras que me hacen tambalear hacia atrás. Si, le temo.

Ese hombre es un bruto, y no solo eso, si no, que además disfruta haciendo que hagan su voluntad. Como un rayo, saco el móvil de mi escondrijo y lo balanceo en su cara. Sonríe observándolo, satisfecho, por haberse salido con la suya.

- Olvídalo.

Corta la llamada y se hace con el aparato. Bajo la cabeza apesadumbrada. Se acerca y posa sus dedos sobre mi barbilla, me hace que levante la cabeza, hasta posar mis ojos vidriosos, sobre los suyos.

- Buena chica. — Dice, y me da un casto beso.

Un beso que no deseo, un beso que durante mucho tiempo desee que me diera, y un beso que ahora mismo no me hace sentir otra cosa, que una muñeca que maneja a su antojo. Se da la vuelta y camina hacia la puerta.

- Ian. — Le detengo, antes de que salga.
- Has dado por echo, que no es tuyo. —
Digo señalándolo. - Me estás castigando... ¿Por qué? ¡Míralo!

¿Te has parado a ver sus ojos? ¡Si lo hicieras, verías que son igual que los tuyos!

Achica los ojos, su mirada me deja claro, que ahora esta más enfadado que antes, y yo sigo sin saber por qué. Se me acerca, intimidante, retrocedo por acto reflejo. Cuando está pegado a mí, me alza la cara...

¿Con desprecio?

- No dudo. Sé que no es mío. Quizás

buscaras alguien parecido a mí, para poder sacar tajada de mi dinero...

Sus palabras me golpean con fuerza. ¡Nunca haría semejante bajeza!

- ¡Eres un imbécil! Dime al menos, porque estás tan seguro.

- Como quieras. Luego no te pongas a llorar... Resulta que Carina, la que te busca, es mi novia. Hace año y medio, intentamos tener un bebé.

¿Y adivina que? Soy estéril.

- Eso no es posible. Y tienes la prueba ante tus ojos. — Murmullo.

- Eso díselo tú, al médico que me lo dijo, y me quito mi mayor ilusión. La jugada... Se te vino abajo, cariño. No quise creer a Carina cuando me dijo, que eras otra caza fortunas, ¿Y sabes que? Ojalá lo fuera escuchado y no me hubiera metido en tu cama. A día de hoy,

sigo pensando que fue el mayor error que cometí.

- ¡Entonces déjame en paz!

- Lo are, cuando convenza a Carina, de que no significas nada para mí, y no corras peligro por mi culpa. Hasta ese entonces. ¡Aquí te quedas!

Se marcha dos segundos después, dejándome echa polvo, cada palabra se me ha clavado hondo. Es imposible que sea estéril, le doy vueltas y llego a la conclusión de que ese doctor le mintió. ¿Pero porque? ¿Con qué intención?

Me recuesto en la cama y me hago un ovillo, cobijada hasta el cuello por las mantas. Solo una pregunta ronda mi mente. ¿Dónde está el Ian que conocí? Me quedo dormida, deseando que todo esto sea una pesadilla y por la mañana despertar en mi casa.

Abro los ojos desubicada, mirando mi

alrededor. Recuerdo el día anterior y a mi rostro acude la tristeza. No me permito ahogarme en mi mala suerte, por muchos minutos. Giro la cabeza, hacia la persona que me da toda la fuerza. Lo contemplo con una sonrisa apenada. Me levanto, lo cojo y me voy al baño con él. Preparo el agua, y sobre mis rodillas, le voy quitando su ropita. Segundos después, lo sumerjo en el agua.

- Lo siento, mi pequeño. Saldremos de esta. Te lo prometo. — Le digo, con una sonrisa triste.

Termino de bañarlo, lo envuelvo en la toalla y estrechándolo contra mi pecho, regreso al cuarto. Le pongo un bodi y un pijama para que este comodo. Abre sus ojitos, y lo miro fijamente, sonrío y le doy besos por toda la cara. Me lo llevo abajo, rezando por no encontrarme con ninguno de los tres hombres que están en la casa. Tras diez minutos, doy con la cocina, le caliento el agua y le echo sus

tomas de leche, me echo un poco en la mano, para comprobar que no queme, y después se lo doy.

Mientras chupa y se agarra al biberón, como si se lo fueran a quitar, salgo fuera de la casa. Me quedo deslumbrada por todo el verde que rodea la casa. Cuando se lo ha tomado, me voy a dar un paseo con él, como suelo hacer todos los días. Camino hasta llegar a la arena y estoy a unos metros del agua. Me siento a contemplar el mar, buscando una paz, que no encuentro. Me quedo con mi pequeño aquí sentada, por casi dos horas.

Decido que ya es hora de volver, van a dar las doce de la mañana e Ian tiene que estar contento por no saber donde estoy. Por supuesto, eso es un eufemismo, porque está claro, que en cuanto me vea, me la va a liar. Si, puede que lo haya hecho aposta, o puede que necesitara una tranquilidad, que esa casa

no me da. Yo me decanto más por la primera, que la segunda. Hago el mismo camino, abro la verja y el primero con quien me topo es Marcos.

- Dame al niño. — Dice, suavemente viniendo hacia mí. - Lo hago por tu bien. No entres con él. Dámelo.

Lo considero un momento, parece sincero. Se lo entrego, sin discutir.

Entro en la casa, seguida de Marcos. No me quita ojo. Incluso me parece, percibir un atisbo de pena en sus facciones. Sigo hacia las escaleras, cuando alguien, me coge del brazo, me da la vuelta y al poco estoy sentada de culo en las escaleras. Me llevo la mano a la cara, aturdida, no proceso lo sucedido hasta haber pasado unos minutos. Ian me contempla, colérico. La mía sé la de vuelve estupefacta, porque se haya atrevido a levantarme la mano. Desvío mi mirada a Marcos, que contempla el suelo incómodo.

- ¡No se te ocurra volver a poner un pie fuera de esta casa!

Me levanto y huyo de él hacia mi habitación, empiezo a creer, que Marcos tiene más corazón que él. No vuelvo a ver a Ian en todo el día.

Marcos trae al niño, no tengo ganas de hablar con nadie, en lo que él, deja a mi pequeño en su cuna, me doy la vuelta en la cama dándole la espalda. No sé cómo de un día para otro, mi vida se ha vuelto un tormento, pero tampoco comprendo como de un año para otro Ian se ha vuelto un monstruo.

Tres días después, sigo sin atreverme a salir de mi cuarto, Marcos se encarga de subirme el desayuno, comida y cena, además de los biberones de Izan. Me levanto de la cama y me asomo al balcón. Como quisiera poder volar, igual que un pájaro y escapar del hombre que más daño, me está haciendo.

Oigo la puerta abrirse. Miro en esa dirección, sabiendo que encontraré a Marcos entrando a hurtadillas, intentando no molestar, dejar lo que trae y salir igual de rápido a como llego.

- Marcos. Le llamo.

Me mira sorprendido, porque haya vuelto abrir la boca, tras tres días de mutismo. Le sonrió. Por primera vez le dedico una sonrisa real.

- ¿Podemos conversar?

Asiente, viniendo hacia mí, se sienta en una de las sillas del balcón y me observa a la espera de lo que quiera hablar. Levanta un dedo antes de que me dé tiempo abrir la boca.

- Responderé, lo que te pueda contestar.
— Advierte.

- ¿Quién es Carina? ¿Por qué me busca?

- Carina es la novia de Ian. Y te busca porque esta segura que Ian te ama.

- Ese hombre no ama a nadie... Un hombre que ama, no golpea, ni trata de esta forma a la mujer que ama.

- Te equivocas. Ian tiene el mayor motivo para tratarte como lo está...

- ¡Marcos!

Doy un bote, al oír la voz de advertencia de Ian detrás de nosotros.

- Sal de aquí ahora.

Marcos se levanta y acata la orden. Me da una última mirada, como queriendo decirme algo, pero no le comprendo, hago esfuerzos por querer adivinar, que está tratando de decirme, pero no sirve para nada.

- Sindy, mírame. — Dice, poniéndose a mi espalda.

- ¿Por qué debería hacerlo?

- Necesito ver tus ojos.

Como una estúpida, me doy la vuelta y le miro a los ojos.

- No me odies...

Mi corazón se paraliza, su voz rasgada por el dolor, me hace querer abrazarlo. Pero no lo hago. Únicamente le miro, queriendo averiguar que sucede. Me vuelvo a dar la vuelta y me siento en el banco de piedra que hay al lado de la baranda. Ian me sigue y me abraza por la espalda. Le dejo hacer, no tengo fuerzas para más batallas.

- Te creo. — Me susurra en el oído.

Mis ojos se abren de par en par. Sus palabras me dejan en conmoción por unos minutos. Intento darme la vuelta, pero no me lo permite.

- Os voy a proteger a los dos. No me odies. No podría vivir sabiendo que me odias.

Saca algo del bolsillo, y me lo pone en el regazo. ¡Un móvil! Lo miro atonita entre mis manos.

- Puedes llamar, puedes entrar en internet, pero solo aquí. No quiero que lo uses dentro, llévalo escondido cada vez que entres en la casa.

¿Lo has entendido?

Asiento, en estos momentos por mucho que quiera hablar, no encuentro las palabras, excepto una.

- Gracias.

Oímos el llanto de Izan, me giro en la dirección, desde donde los lloros de mi niño me reclaman.

- Ve por él.

Una simple palabra, que no me dice nada. Hago lo que me ha pedido.

Antes de salir, le lio sobre el cuerpo una mantita, y regreso junto a Ian.

Tomo asiento y le miro. Estira los brazos, miro al niño y luego a él. Se lo depósito en los brazos con mucha delicadeza. Me quedo como en trance observándolos. Izan abre sus ojitos, e Ian sonrío, una sonrisa tan bonita y amplia, que deja ver todos sus dientes.

- Es precioso, como tú. Dice, dejando un beso en su cabecita.

- Ian. ¿Qué ocurre?

- De momento, no puedo decirte más. Solo no me odies. Pase lo que pase. No lo hagas.

Asiento, poco convencida. Suena un pequeño pop. Ian saca el teléfono y lee. Resopla fastidiado. Me entrega al niño,

se levanta y se dirige a la puerta.

- Ella esta aquí. No lo olvides. No me odies.

CARA A CARA CON CARINA.

Ian desaparece de mi vista. Me queda claro a quien se refería cuando ha dicho que ella esta aquí. ¿Si quiere destruirme, porque la traen donde yo estoy? Cada vez entiendo menos. Una hora después aparece Marcos. La cara que trae, es indescifrable. No muestra nada. Se mantiene impasible.

- Ella quiere verte. — Dice, en tono neutral.

Antes de empezar a andar, todo mi cuerpo presiente que lo que va a ocurrir, no me va a gustar. Mi sexto sentido se pone alerta y empeora, cuando oigo antes de bajar a Marcos decir: «Sé fuerte». Camino hasta llegar al salón. Me encuentro a Ian sentado en el sofá y

a la tal Carina sentada en su regazo, dándole un morreo de infarto. Un pinchazo me atraviesa el pecho. Pienso en Izan y cojo fuerzas, para aguantar a la barbie que tengo delante. Bajo la mirada, y doy un golpecito con el pie, haciendo ruido, para que se percaten de que tienen publico.

- Vayaaa. Eres más mona, de lo que creí.
— Dice la hermanastra de cenicienta, poniéndose de pie.

La comparo con las hermanas de cenicienta, porque en su voz, se detecta el desprecio, y el odio que siente hacia mi persona, y ahora mismo no tengo mejor comparación que esas dos brujas. Se acerca hasta mí, levanta la mano y me da una cachetada, la miro con rabia, Ian aprieta la mandíbula.

- ¡Bruno! — Oigo, cuando voy a devolverle el golpe, a la teta de silicona.

- ¡Bruno! Oigo, cuando voy a devolverle el golpe, a la muñeca de silicona.

Miro a Ian en el mismo momento, que ese nombre sale de su boca.

Niega con la cabeza disimuladamente en mi dirección. Acato la orden muda y me muerdo la lengua para refrenar el impulso, que crece en mi interior, por querer asesinarla con mis propias manos.

- ¿Cómo puedes preferirla a ella? Es muy... Corriente.

- Nena. Es a ti, a la que se le ha metido esa idea en la cabeza. Te explique, que solo fue un polvo... Aburrido.

La muñeca de silicona se ríe al ver el efecto que causan en mí las palabras de Ian.

- Demuéstralo.

- ¿Más? Nena ella esta aquí por ti. Me pediste que la trajera y lo hice.

¿No te basta que lo haya hecho, para demostrarte que solo me importas tú?

- No. Quiero que aprenda a no meterse con lo que es mío.

¡Ya me harte! Así me haga pedacitos la barbie después, no voy a quedarme, parada escuchando sus sandeces de niña caprichosa.

- ¡Oye, rubia de bote! Fue tu novio, quien se metió en mi cama.

Deberías pensar porque lo hizo, y ver si ese cuerpo de barbie postiza, es suficiente para satisfacerle.

La rubia, rechina los dientes, Ian pega un bote del sillón, y yo sonrío, porque le haya dado donde más le pica. La rubia va a tirarse hacia mí, pero Ian la rodea por la cintura, lo atravieso con la

mirada.

- He nena, no le hagas caso. Estaba borracho. ¿Recuerdas?

La besa ante mis narices y yo hiervo en rabia. Me clavo las uñas, en las palmas de las manos. Sonrío por la idea que se me acaba de ocurrir.

- ¡Bravo! — Digo, mientras aplaudo y les jodo, la escenita. - ¿No tendréis palomitas? Digo, ya que vais a hacer una peli de esas. — Marco con énfasis el esas. - Por lo menos darme algo, que me entretenga.

Los dos me miran. Ian se queda mudo, nada más me observa como diciendo, «¿Te has vuelto loca!» Y a mí me dan ganas de reír. Hasta que abre la boca, la barbie.

- ¿Sabes con quien te metes?

- Ni lo sé, ni quiero saber. La que no

entiende eres tú. Yo estaba en mi casa con... — Me callo antes de meter la pata. - Con mi amiga, y aparece este loco y me rapta y ahora resulta que por la loca cabecilla.

La rubia se enfurece por momentos y yo ya no me puedo contener, me río y río sin parar, mientras la cara de la rubia se torna roja, e Ian me quiere incendiar con la mirada.

- ¿Quieres que te demuestre que no siento nada por ese idiota? Llama a Bruno.

La rubia me observa alucinada, pero hace lo que le he pedido, el secuaz aparece al momento. No lo pienso y solo actúo, para que estos dos me dejen en paz. Me planto en medio del hombre que detesto, sin mostrar la repulsión que me da, estar tan cerca de él. Sonrío como loba, me la se dé memoria, es esa sonrisa que se le pone a un hombre cuando estás dispuesta a irte con él ha la

cama. Lo hecho muchas veces, tantas que las he olvidado.

- Bésame. — Le pido.

Por primera vez, veo a un Bruno indeciso, pasando la mirada de Ian a la rubia y de esta a mí. Arqueo una ceja, miro a la rubia y me encojo de hombros. Doy un paso adelante como una gata, en busca de un bocado delicioso, cuando lo que quiero es vomitar. Me pongo de puntillas, y junto mis labios a los suyos. Al principio no copera, pero cuando paso mi lengua por sus labios, aguantándome las arcadas, él la captura al vuelo y me besa con frenesí e impaciencia. Tras unos minutos, que me parece, que ya he dejado las cosas claras, me separo, y los contemplo.

La rubia sonrío, como una niña pequeña, en cambio, Ian de contento no tiene nada.

- Amor. — Dice la rubia, poniéndole

ojitos. - Que se vaya cuando quiera.

¡Qué fácil! ¡Sí! Lo he conseguido.

- Vamos nena, te llevo al avión. Tu padre te está esperando. — Dice, con voz forzada.

Cuando desaparecen, doy saltos de alegría y subo a mi cuarto a recoger mis cosas. Bruno me sigue de cerca. Llego al cuarto eufórica, que de la misma efusividad abrazo a Marcos.

- ¡Qué contenta! — Dice, confuso.

- ¡Me voy a casa! — Grito de alegría.

Marcos frunce el ceño y Bruno niega con la cabeza.

- La acaba de cagar... — Dice el último.

Marcos espera explicación. El otro lo pone al tanto de lo sucedido, mientras yo recojo.

- Sindy. Para. ¿Sabes lo que has hecho?

- Conseguir que la rubia, no quiera matarme. — Digo, sonriente.

Resopla sonoramente.

- Escúchame. Los celos son fuertes y demolidores, y tu... Acabas de despertar al titán. Prepárate, porque cuando vuelva... — Deja la frase sin completar.

Yo no le presto atención, dichosa como me siento, solo asiento como un robot. Llega la noche e Ian no ha llegado todavía. Con las ganas que tenía de salir de este lugar, y tendré que esperar hasta mañana, porque el idiota no se digna aparecer. Echo las sabanas hacia atrás, me tumbo y me tapo. Me quedo dormida en segundos, con una sonrisa en mi cara. Al despertar busco a Ian para regresar a mi casa, pero no le encuentro. Me paso todo el día esperando impaciente que se digne a regresar. Al llegar la noche, me vuelvo a dormir con una sonrisa más

apagada.

Miro el calendario. Ya estamos a viernes. ¡Cuatro días! «Cuando me lo eche a la cara se va a enterar», pienso convencida. Bajo como todas las mañana, miro a mi alrededor y como todos los días, me dan ganas de quemar el caserón. Estoy agobiada, aburrida y encarcelada. Los malditos esbirros de Ian, no me dejan siquiera ir a la playa, dar un paseo, o estar a más de dos metros de la casa. Me vigilan en todo momento, para mi gusto, más de lo que lo venían haciendo, y estoy segura de que por orden, de un idiota que no aparece. Mi sonrisa hace dos días que se esfumó, pasando a mostrarse en mi cara, una facción dura y fría. Abro la puerta de la calle, para por lo menos respirar algo de aire puro, cuando Marcos y Bruno aparecen corriendo escaleras abajo.

El primero se asoma por la ventana y el

segundo, viene hasta mí, me coge del brazo y tira bruscamente, cerrando la puerta con la otra mano.

- ¡Oye que no me iba a escapar!

- ¡Sube arriba ahora!

Por la forma en la que habla, me doy cuenta de que ocurre algo. Salgo corriendo escaleras arriba, y me encierro en mi habitación. La furia que sentía ha sido sustituida por un pánico que me ahoga. Doy un par de bocanadas de aire, para relajarme un poco y pensar con la cabeza.

Oigo voces abajo, una de ellas, puedo distinguirla clara y fuerte. La barbie ha regresado. Salgo sigilosa. Voy girando los pomos de las puertas, con la clara idea de buscar algo, con lo que me pueda defender. Casi todos están cerrados. Tras intentarlo con cinco o seis puertas, una cede. Asomo la cabeza. ¡Vendita mi suerte! Entro en el despacho,

segura, de que esta puerta esta abierta, debido a que no les dio tiempo a cerrarla. Aquí encontraré lo que necesito. Busco rápida en las estanterías, después me voy al escritorio, abro los cajones, sacándolos de su sitio. Pero lo que busco no lo encuentro. Pienso por unos segundos. ¡Qué tonta! Claro, esta gente así, siempre suele tener algún doble fondo en los cajones. Meto la mano en el primero, nada, paso al segundo, nada. ¡Joder vamos! En el tercero, encuentro mi premio. Lo escondo en mi espalda, debajo del jersey, y bajo más que decidida a dejarle a la rubia, que no me dejo intimidar. Bajo tranquilamente los escalones, como imagine la rubia, no ha venido sola, viene con tres matones. Sonrío. Esta no sabe cómo me las gasto, cuando se meten con lo mío.

- ¿Me buscabas? — Digo, tranquila.

- Tienes más agallas de las que creí. —

Suelta la rubia cantarina.

- ¿Qué quieres? — Escupo la pregunta, bruscamente.

- ¡Que entiendas que Ian es mi hombre!

- Te dije que no me importaba...

Marcos y Bruno, se mantienen con pose amenazadora. Se acercan hasta posicionarse casi delante de mí, solo dispongo de un hueco, para enfrentar a la tetas postizas.

- Márchate Carina. Antes de que hagas algo de lo que te arrepientas. —

Sisea Marcos.

- ¡La quiero fuera de mi camino! Vosotros trabajáis para mí. ¡Apartaros!

- ¡No Carina! Nosotros cumplimos ordenes de Ian. No de una mocosa caprichosa. — Le espeta.

- Muy bien. Sois dos, contra tres.
¡Chicos apuntad!

Sus fieles perros lo hacen en el acto. No me asusto, mantengo la calma todo lo que puedo. Si quiero salir con vida de aquí... Tengo que hacerlo y mantener la cabeza fría.

- ¿Dónde está Ian? — Pregunto, distrayéndola.

Los dos que están en mi bando se miran confusos. Parece que esperaban que me echará a llorar y a gritar. Los rodeo, acercándome a la que me interesa. La rubia venenosa. Confiada como esta de que tiene la situación en sus manos, no se percata de que escondo mi mano derecha detrás de la espalda.

- ¿Por qué tendría que contestar?

- Porque... Soy yo la que te va a pegar un tiro, si no lo haces. — Digo, mientras le pego el arma a la frente.

Abre los ojos desmesuradamente, y su sonrisa desaparece, a la vez que la mía crece.

- No tengo mucha práctica, pero no creo que quieras arriesgarte a tan corta distancia. — Le digo, segura. - ¡Bajad las armas!

Los matones miran a la rubia, está les hace un gesto de cabeza, y acatan la orden. Ahora somos solo tres armados. Bruño y Marcos me observan, sin creer que este ante ellos con un arma en la mano y apuntando con una tibieza, que ni yo misma sabia que tenía.

- ¿Qué esperáis? ¡Desarmarlos! — Digo, mirándolos por el rabillo del ojo.

Al fin reaccionan, y hacen lo que he demandado. Empieza a gustarme la situación, en dos segundos ha dado un giro de ciento ochenta grados a mi favor. De estar atemorizada he pasado a sentir una adrenalina en todas las partes de mi

cuerpo. Sigo atenta a la rubia, nunca he visto una mujer tan confiada y estúpida, como para estar encañonada y no sentir una pizca de temor. Yo estaría temblando, y no con una sonrisa altiva en los labios.

- Vale. Voy a sacar el móvil. Te mostraré dónde está Ian. Para que veas con tus ojos, a quien es fiel.

Presiono la pistola más en su cabeza, advirtiéndola, de que no haga ninguna estupidez. No duraría. Si hace cualquier cosa rara aprieto el gatillo sin miramientos. Si intenta joderme, la jodo yo primero. Lo tengo claro. Me enseña el móvil. Busca el número y me lo muestra, para que vea que es a Ian a quien llama.

- Amor. Necesito ayuda. — Dice, melosa.

Cuelga y espera sonriente. Yo arrugo el ceño. Y me quedo viéndola por minutos

que parecen horas.

- ¡Qué coño, haces! — Suena, una voz fuerte, a la vez que un portazo retumba en el lugar.

JUGAR PUEDEN HACERLO DOS.

Desvio la mirada en dirección a la voz. Ian me atraviesa con la vista.

Me mira a mí y luego la pistola, repitiendo la acción varias veces.

Asimilando que tenga un arma en las manos. A mí eso ya no me molesta, me gusta lo bien que se siente en mi mano. No tengo miedo, no tiemblo, y encima me protejo. Cuando salga de aquí, tal vez valore la posibilidad de hacerme con una. No como esta, quizás una pequeña, que pueda llevar escondida en el bolso o en el pie.

- Defenderme.

¿Es que no lo ve? ¿Qué quiere que me quede quieta esperando a ver que tiene preparado la barbie para mí?

- ¡Baja eso ahora!

- ¡NO ME DA LA GANA! — Le contesto furiosa.

- Sindy. — Dice, un poco más suave. - Si aprietas el gatillo... Su padre, te matara a ti, y después a mí. Bájala.

- ¡No! ¡Que se largue y me deje en paz!

- Piensa en Izan...

Y como si mi niño se hubiera puesto de acuerdo con él, empieza a llorar, haciéndose escuchar en toda la casa. Desvio la mirada hacia arriba, mi fuerza flaquea y la mano me tiembla. En esa debilidad Ian se me echa encima, arrancándome la pistola con facilidad. Se aleja, camina a la rubia, le da un beso y le entrega el arma. El corazón se

me parte. Y la rubia ataca brutalmente con palabras venenosas.

- ¿De verdad crees que el me habría dejado venir sola, sabiendo que quiero matarte? ¡Qué tonta! ¿Y quien es ese mocoso?

- Cuidado nena. Estás hablando de mi hijo. — Le aclara Ian.

- ¡Tienes un bastar...!

No llega a terminar la frase, cuando Ian le ha estampado tal bofetón, que por poco no da la voltereta.

- Si ese niño existe es por tu culpa. ¿Te crees que no sé que le pagaste al médico para que me diera un diagnóstico erróneo? ¡No vuelvas a expresarte así de él!

- Ian... Yo...

- ¿Queda claro?

La rubia asiente. Y como no puede atacarle a él arremete contra mí. Se acerca lentamente, achico los ojos expectante a lo que vaya a hacer.

Ian no nos presta atención.

- Venia a traerte esto. — Dice, en susurros desviando la vista hacia Ian.

Coge mi mano, lo deposita en ella y la cierra, para que nadie vea, que disimuladamente me ha entregado una memoria USB. Se aleja, mientras yo la miro confusa. ¿Que quiere que haga con esto? O mejor dicho, ¿Que quiere que vea? Lo mantengo escondido en mi mano.

Rezando para que nadie se percate de que lo tengo.

- Me voy amor. Ya se acabó aquí la diversión. — Dice, caminando hacia la salida. - Cuida tus espaldas... Te has metido con quien no debías. —

Me advierte antes de cerrar la puerta.

Los matones de la rubia, siguen el mismo camino segundos después, pasando por mi lado, sin siquiera mirarme. Suelto un suspiro y salgo escaleras arriba, mi pequeño ha dejado de llorar y necesito ver que esta bien. Corro como si el diablo me persiguiera hasta llegar al dormitorio.

Abro la puerta y todo mi cuerpo se relaja, soltando por la boca un suspiro de alivio. Sonrío al ver la escena que tengo delante. Un Marcos sonriente, tiene a Izan en brazos y le canta una nana, mientras lo mece en sus brazos. Me quedo en trance observando, lo cariñoso que es con mi pequeño y lo dulce que se le ve, con un niño en brazos.

- Hola. — Digo, bajito.

Marcos se da la vuelta y me ve. Se encoge de hombros y me mira como

diciendo, «no se te ocurra decir a nadie, que me has visto así» Sonrío ampliamente, la verdad que perdería muchos grados en su puesto de secuaz. Hasta a mí me empieza a costar creer que sea un matón, y eso que yo sé a ciencia cierta que lo es. Pero verle cuidar de una cosa tan chiquitina con un amor desmesurado, hace que te enternezcas y lo mires de otro modo.

- Se durmió. — Me informa, mientras lo recuesta.

Me acerco a él, y lo que nunca pensé que haría, lo hago. Paso mis manos por su cuello y lo abrazo, acurrucando mi cabeza en su hombro.

Se queda contrariado y sin saber qué hacer. Sus manos no se mueven del costado de su cuerpo.

- Gracias. — Le susurro.

Puedo percibir en el momento que

sonríe, no me hace falta mirarle para saber que lo hace. Su cuerpo se descongela, y sube sus manos a mi cintura abrazándome con una ternura sobrenatural. Me deposita un beso en la frente, y no sé por qué, busco sus ojos quedando mi boca, casi rozando la suya. Nos miramos por minutos. Ninguno hace movimiento. Es como si el tiempo se hubiera detenido.

- ¡Marcos!

Mi mundo se tambalea al escuchar la voz de mando de Ian, mi cuerpo entero tiembla en los brazos de Marcos. En un movimiento veloz, se separa de mí.

- Lo siento. — Dice, no sé si a Ian o a mí.

Ian sale por la puerta con una mirada aterradora. Marcos me da una última mirada, y sale detrás de Ian. Yo que ya me empiezo a cansar de esta maldita situación. Salgo segundos después. Sé

dónde tengo que ir.

Mis pies caminan sin hacerle falta ordenes para que lo hagan. Llego al despacho de antes, donde conseguí hacerme con el arma. Me detengo en la pared, dispuesta averiguar que sucede. Me llevo la mano a la cara, y entonces me doy cuenta de que sigo llevando el USB. Me lo meto en los pechos, escondiéndolo de ojos indiscretos. Escucho atentamente.

- Que te crees que haces. — Le sisea Ian.

- Nada.

- No me ha parecido nada. ¡No te acerques a ella! — Le dice, con severidad. - ¿Te gusta?

- No voy a contestar esa pregunta.

- Muy bien. Te regresas a Italia esta tarde. Llamaré a otro, que sepa cumplir

con su trabajo.

- No volverá a pasar. Me mantendré alejado de ella. No puedes rodearla de otro bruto como Bruno.

- Entonces haz tu trabajo. Y olvida esos sentimientos por ella. ¡Otra falta de ese calibre y te largas! — Le grazna.

Me retiro un poco, temiendo que la conversación haya terminado y alguno de los dos salga y me descubra. Unos segundos transcurren, cuando oigo de nuevo a Marcos.

- Deberías reconsiderar este absurdo plan.

- ¡No! ¿Tienes uno mejor? Si no lo hacemos así llegando hasta el final, sabes que ella no querrá saber y entonces... No estará, donde debe estar.

- Creo que te estás equivocando. ¡Deberías decirle la verdad,

explicárselo, y que ella decida! Si no eres ciego, te sigue amando.

Las palabras de Marcos, presiento le golpean fuerte. Se mantiene un silencio alargado. Hago oídos sordos para que las palabras dichas no me afecten. Sé que si lo pienso detenidamente, lo harán, y no quiero.

- ¡Olvídalo! Este es el unico camino, la quiero conmigo, no me importa si he de jugar sucio, si he de mentirle, con tal de que termine donde debe y a mi lado, haré cualquier cosa. — Dice, apesadumbrado.

- Quizás cuando lo sepa todo, la pierdas. — Murmura Marcos.

Me doy la vuelta sigilosa y regreso al cuarto. Pienso en todo lo que he oído. ¿Cuál será ese plan? ¿A qué se refieren con mi lugar? ¿Que me ocultan? Las preguntas vuelan por mi mente, sin hallar respuestas. Me asomo a ver a

Izan. Mi pequeño duerme tranquilo. Quien no quisiera ser un bebé en estos momentos... Sin problemas, sin entendimientos y sin sufrimientos.

- No se lo vamos a poner tan fácil. ¿A que no pequeño? Si quiere jugar, le daremos juego.

Le doy un beso, rebusco en el armario. Cuando encuentro lo que buscaba, sonrío con malicia. Me voy a los cajones y cojo un conjunto de lencería. Es todo negro de encaje. Uno de mis favoritos. Me meto al cuarto de baño, y me doy una ducha a conciencia, agradeciéndole a Ian, porque haya comprado el gel y la crema de olor a vainilla que siempre utilizo. Me entretengo, depilando mis piernas, y axilas. Un rato después, llevo mi conjunto puesto y una simple bata de seda en color turquesa, que tapa lo justo, para que no se vea nada, pero si lo bastante para insinuar.

No salgo en todo el día del dormitorio, no porque no pueda, si no porque no quiero. Esto lo hago a propósito, mas pronto que tarde, terminara subiendo a buscarme. Me giro, al oír unos golpes en la puerta. Sé que no es Ian. El no tocaría para entrar. Simplemente entraría.

- Pasa.

Aparece Bruno, y cuando repara en mí, el biberón impacta contra el suelo haciéndose añicos. Intento reprimir la risa, pero no puedo. Su cara de circunstancias, es muy graciosa. Así que me rio sin parar, mientras sigue sin poder desviar la mirada de mis piernas. Saca el móvil, y antes de que marque sé lo que va a hacer. No le doy importancia y me siento en la cama con las piernas cruzadas, movimiento que hace que la bata suba un poco más y deje más de mis muslos desnudos a la vista.

- ¡Ian joder, encárgate tú de ella! —
Dice, mientras se pasa una mano por el

pelo, en señal de frustración.

Se queda callado, escuchando lo que el otro le dice, yo sigo sin inmutarme.

- ¿Que haga mi trabajo? Vale, si, en eso estamos de acuerdo. Pero...

¿Cómo coño lo hago, sin mirar el cuerpo bonito que me está mostrando y que luego no me mates?

Se queda mirando el telefono. Parece que el idiota pillo la indirecta, porque ha tardado dos segundos en cortar la llamada.

- Lo que haga contigo, lo tendrás merecido. — Me advierte.

- ¡Ilan que sucede! — Oímos la voz de Marcos por el pasillo.

Cuando entran en la habitación, la escena más graciosa no puede ser.

Me contengo de reír, tampoco quiero sobre pasar su límite. Pero moverme no me muevo ni un ápice. Bruno me da la espalda mirando a Ian y encogiéndose de hombros. Marcos no sabe dónde meterse, sabe que si gira la mirada hacia mí, o intenta intervenir, Ian lo sacara a patadas. Ian por otro lado, no despega los ojos de mi cuerpo, tragando una vez con dificultad. Soy consciente de ello, porque en todo momento, mis ojos observan su reacción, y desde donde estoy, pude ver como su nuez de adan, se movía una única vez con mucho esfuerzo.

- Marcos... Coged al niño y salir de aquí. — Dice, con una voz un poco ronca.

No me muevo, no monto pataletas, ni pido que no se lo lleven. Sé que con Marcos no corre peligro. Por ese simple motivo, cuando atraviesa la habitación, acatando la orden, le doy una sonrisa. Al

poco salen los dos del cuarto.

- ¡Estás loca! ¿Que estás haciendo?

- Divertirme a costa vuestra.

- Ponte algo...

- No quiero. — Le corto.

Me levanto y me acerco a él, contoneando mi cuerpo. Me pongo de puntillas, porque no llevo zapatos, y cerca de su oído susurro.

- No te gusta lo que ves...

- No me gusta que te vean ellos. —
Aclara.

Me alejo un poco, y como una vez hice, hace tiempo en un avión, le beso, con la diferencia de que aquella vez, no hizo movimiento y en esta, me devora con desesperación. Me coge por las caderas, y me arrincona en la pared. Nos

besamos con ansias. Sus besos por momentos me hacen perder la cordura. Cuando me doy cuenta de que intenta deshacerse de mi bata, le doy un manotazo y un empujón y me alejo de él.

- Vuelve aquí. — Demanda, no muy contento.

- ¡Sal de mi cuarto Ian!

- ¡Y una mierda!

Viene como un loco, me coge por el brazo antes de que me dé tiempo a retirarlo y me estrecha contra su cuerpo. Su boca se apodera de la mía, se lo permito durante unos segundos. Al poco le vuelvo a dar otro empujón.

- ¡Sal de mi cuarto! — Repito.

- ¿A qué cojones, juegas? — Grita fuera de sí.

- ¿Y tú? — Le devuelvo la pelota. - Se

supone, que estoy aquí para que me protejas, pero la rubia viene y va como le da la gana. ¡Quiero respuestas!

Se tira del pelo con frustración, me mira y en su cara aparece una sonrisa, prepotente. Bajo mi atenta mirada, se dirige a mi armario, y a puñados saca la ropa, lo miro desubicada, sin entender que le ha dado ahora. Cuando la tiene toda fuera, me mira con una sonrisa de suficiencia. La rodea toda entre su brazo y su pecho. Frunzo el ceño.

- ¿Quieres provocarme? Muy bien. ¡Ahora será porque yo, así lo quiero!

Se encamina a la terraza, echo a correr dándole puñetazos en la espalda. Mis golpes se la traen floja, sigue su camino y lanza la ropa a volar. Me asomo por la baranda, viendo como uno de mis vestidos, da a parar a un árbol.

- ¿Por qué lo has hecho?

- ¿No estás cómoda así? — Dice, con burla. - Si juegas conmigo, hazte a la idea que perderás.

Se da la vuelta y se marcha, dejándome completamente sin ropa. ¿Y

ahora que hago? ¡Capullo!

PESADILLA DEL PASADO.

Dos días después, sigo sin salir de la habitación, al imbécil le ha beneficiado dejarme sin nada que ponerme, así se asegura, que no voy a salir de aquí. Estos dos días, solo he visto su cara, no deja que Marcos y Bruno se acerquen al cuarto para nada. El se encarga de subirme desayuno, comida y cena, y yo ya estoy hasta el gorro de ver su cara de satisfacción. Cojo la bata, que es la única prenda de la que dispongo además de mi ropa interior, y me la pongo. Extraigo el móvil del cajón de la mesita, y el USB de debajo del colchón. Me voy al balcón, y miro si el USB es normal o

de tarjeta. Para mi sorpresa es de tarjeta.

Busco la pequeña tarjetita y la sacó, luego la introduzco en el telefono.

Me voy a archivos de tarjeta, donde encuentro dos carpetas, una con vídeos y la otra con fotos. Abro la segunda. Me mantengo impassible, esto ya lo esperaba de esa hija de puta. Paso las fotos sin mirarlas, no quiero que mi mente se llene de imágenes de ella e Ian, para mayores de dieciocho. Cierro la carpeta, rabiosa conmigo misma por ser tan estúpida de mirar un contenido que ya imaginaba. Abro la segunda dudosa, pero curiosa. Se reproduce un vídeo, que hubiera preferido no ver. Veo uno detrás de otro, atónita. No quiero verlos, pero no puedo parar de mirar, repitiéndome una y otra vez, «que nada de eso es verdad».

Se me escapa una lagrima, de la misma rabia que siento, por darme cuenta que

no sabía con quien me metía, que todo lo que creí que era, nunca ha existido, que aparentaba ser una persona que no era. ¿Cómo fui tan idiota?

- ¿Quién te ha dado eso?

Me giro bruscamente, encontrando a Ian detrás de mí. Escondo el móvil, es una tontería porque ha visto y oído lo mismo que yo. Se me arrima y doy un paso hacia atrás. Imaginaba lo que era, a lo que se dedica, pero verlo con mis propios ojos es demoledor.

- Te he hecho una pregunta. — Insiste.

- Tu novia... ¿Quién si no? — Digo, en un hilo de voz.

- ¡Maldita! — Dice, dando un paso adelante. - No tenias que saberlo. No hasta que yo te lo dijera.

- ¿Por qué haces eso? ¿Puedes dormir por las noches? ¿No tienes

remordimientos? — Pregunto una pregunta detrás de otra sin poderlo evitar.

- Es lo que soy Sindy. Por eso salí huyendo aquella noche... No soy bueno para ti. Siéntate.

Lo hago, no porque me lo pida, si no porque lo necesito, porque no sé si mis piernas me van a seguir aguantando.

- Soy la mano derecha de Alessandro Romaní.

- ¿Por qué? — Pregunto, queriendo entender.

Es la única pregunta que me interesa, saber como sucedió, porque escogió esa vida, habiendo podido tomar cualquier otro camino. Por dinero se fijó que no. A él le sobra a montones. Así que ese motivo, queda descartado por mayoría absoluta. Me centro en el y espero que por una vez responda mi pregunta.

- Hace cinco años, me metí con la mujer del hombre equivocado. Ese hombre era muy poderoso, bastaba que levantara un dedo de su mano, para que aquel, que le contradecía, o no hacia su voluntad, desapareciera como la arena cuando la tienes en tus manos y el viento se la lleva. Un amigo me hablo de Alessandro, me dijo que el me podría ayudar y así fue. Consiguió evitar que me mataran tendiéndoles una trampa, en la cual la mitad del bando contrario cayo. Desde entonces, le debo la vida, y me he mantenido a su lado. Empece con pequeños encargos, y poco a poco me fui ganando su confianza, hasta el punto de ser hoy su mano derecha, el que ordena a sus hombres, el que lleva sus cuentas, y el que se encarga de que nada ande mal. Si hay un problema, lo soluciono. No importa el modo, hago lo que tengo que hacer, y nadie me contradice.

Cuando acaba de hablar, sigo sin saber

qué pensar. No veo bien, que torturen a una persona durante horas y menos que lo hagan hasta que no aguantan más el dolor y mueren. Me llevo las manos a la cara.

Todavía intento borrar de mi mente la imagen de Ian, pegándole un balazo a un hombre de rodillas, suplicando por su vida. Ian me aparta las manos de la cara. Acerca su cara a la mía y me besa, aprovechando mi aturdimiento. Luego se aleja y me dice las palabras de la última vez.

«No me odies».

Al día siguiente Ian se apiada un poco de mí. Entra con una bolsa de una tienda. Digo un poco porque el desgraciado, me ha traído un jersey de cuello alto y un pantalón vaquero un poco ancho.

- ¿No había ropa de mi talla? —
Pregunto arqueando una ceja en su dirección.

- Por supuesto que sí. Esto es para que lo pienses antes de hacer otra de tus jugadas.

- ¡Eres un idiota!

- ¡Eso te pasa, por provocadora!

Me doy la vuelta, mirándome al espejo, con una mueca de desagrado.

La ropa que ha elegido, no me favorece en nada. Parezco incluso más mayor y desarreglada. ¡La madre que lo parió! Me dan ganas de quitármela y tirarla yo por el balcón. Pero otra vez, estaría sin ropa y seguiría encerrada en esta habitación. Gruño someramente e Ian me abraza por la espalda. Me quedo muy quieta viéndolo desternillarse de risa.

- Vamos a dar un paseo.

- ¿Paseo? No y no. Yo no salgo así de aquí.

- ¡Pero si estás muy guapa! Además, vamos aquí al lado. ¿No quieres que hagamos una merienda en la playa?

Lo considero por unos minutos. Voy a ser el hazmerreír, todo el mundo me mirara. Bufo porque necesito salir y ver la calle, estar un rato sin problemas. Le asiento no muy convencida. Me coge la mano y tira de mí, lo sigo manteniendo la boca cerrada. Desde el otro día que me entere de a que se dedicaba, no hemos vuelto a tocar el tema, no he querido seguir dándole vueltas. No puedo cambiarle. Que no me guste es una cosa, y aceptarlo es otra, y yo solo puedo aceptarlo y rezar porque el día menos esperado no sea el quien reciba un tiro. Salimos solos, dejando a Izan con Marcos. Llegamos a la playa, respiro una fuerte bocanada de aire. ¡Qué hermoso! El agua es tan transparente, que aun siendo finales de enero, te dan ganas de darte un chapuzón.

Ian deja la cesta de pícnic en el suelo, sonriendo estira una toalla, y dando palmadas en ella, me indica que tome a siento. Como una niña pequeña, lo hago, y en días sonrío de verdad, una sonrisa abierta y grande. Saca unos emparedados y unas Coca-Colas. Entre sonrisas y miradas compartimos un rato de tranquilidad. Cuando termino, me tumbo mirando al cielo.

De repente siento un sobre peso y la cabeza de Ian me tapa el poco sol que hace. Su sonrisa me deja alelada, me pierdo contemplando sus ojos, esos que son exactamente igual que los de mi pequeño.

- Ian...

Me besa suavemente. Un beso tan dulce, que mi pecho da un brinco.

Casi parece como si fuera a salir corriendo y yo no pudiera hacer nada por evitarlo. ¡Dios santo otra vez no! Mi

corazón se acelera, y en mi estómago siento un cosquilleo imposible de no percibir, es como si tuviera un montón de enanitos en el interior, preparados con una pluma para en el momento oportuno atacar. Ian me sigue besando, aumenta la intensidad, pero sin dejar la suavidad.

- ¡A esto le llamas tu no sentir nada por mi hombre!

Doy un bote al oír la voz de la barbie. ¡Genial! Si antes me quería matar, ahora me querrá enterrar con sus propias manos.

- Nena. ¿Qué haces aquí?

- Venir a verte. — Le escupe la rubia.

Ian se levanta de un salto. Hago lo mismo que él, aunque no tengo ganas, lo que quiero es hacer un agujero, meter la cabeza, enterrarme yo misma y ahorrarle trabajo a la psicópata. La rubia, me da

miradas que matan, sus ojos no se apartan de mí. Quizás este esperando a ver si tiene poderes y de la vista le salen rayos o fuego, para reírse mientras me incendio. Ian se acerca a ella y le pasa el brazo por la cintura. ¿Y si los asesino? En estos momentos mi parte lunática está creciendo por minutos.

- Nena, te he dicho que me llames antes de venir.

- ¿Y no estropearte el polvo? — Dice, zafándose de sus brazos.

Viene hasta mí, me mira de arriba abajo, haciéndome recordar la ropa horrenda que me ha traído Ian.

- Deberías vestir siempre así. — Deja caer con gracia. - Bueno para que veas que no soy tan mala... He traído alguien que conoces muy bien, y por la cual se dé tu existencia.

Me quedo mirándola confusa. ¿Quién

puede conocerme que conozca a esta arpía? Mis ojos la siguen mirando a la espera que me saque de dudas. Me señala detrás mía, giro la cabeza siguiendo la trayectoria de su dedo y doy un paso hacia atrás. Mi estómago se encoge y mi cuerpo se agita visiblemente. Terror, todo mi ser se inunda de un miedo incontrolable.

- Hola, Sid. — Pronuncia la voz, que nunca pensé volver a oír.

- No... No te acerques. — Imploro.

- Vamos amor. — Dice la arpía. -
Dejemos que hablen un rato a solas.

Ian nos mira de uno a otro, le suplico en silencio que no me deje a solas con este animal. Gira la cabeza hacia la rubia y mi alma se cae a pedazos, cuando abre la boca.

- Vamos nena, pasemos un rato divertido.

Se van cogidos de la mano. Mientras me quedo inmovilizada viendo como se marchan. Se me acerca mi peor pesadilla y salgo corriendo en dirección a la casa. Tengo que llegar hasta Marcos. Es la única manera de salvarme de este animal. Corro desesperada mientras me pisa los talones. Me alcanza a un par de metros de la casa, cogiéndome por un brazo y tirando fuerte, haciéndome impactar contra el suelo. Se me echa encima, y me da la vuelta dejándome mirándole de frente.

- ¡Te dije que me las pagarías!

Me besa con brusquedad, y me revuelvo como una tigresa, le doy patadas, puñetazos, le araño, pero nada le detiene para darme una bofetada, que me raja el labio, haciéndome sentir la sangre en mi boca.

Sigo arremetiendo con fuerza, enreda una mano en mi pelo, y con la otra rasga el jersey de lana. Lloro de impotencia y

rabia porque Ian me haya dejado con este salvaje. Sigo luchando por liberarme de él.

Cuando siento un mordisco en el pecho, que me hace aullar de dolor.

Dejo de batallar, y en mi desesperación busco a tientas algo con lo que poder arremeter. Toco algo y lo envuelvo en mi palma. Le doy un golpe en la cabeza, tan fuerte como me dejan mis fuerzas. Tocándose la cabeza, rueda hacia un lado, y yo aprovecho para salir huyendo.

Llegando a la puerta, me alcanza otra vez, me coge del pelo y me da un empujón que consigue hacerme caer, dándome en la frente contra la pared. Me llevo la mano a la cabeza, mi mano se impregna de sangre, y el ni se inmuta, por el contrario, vuelve a la carga. A mí las fuerzas se me han acabado. Estando sobre mí, saca una navaja y corta el sostén.

Mis lagrimas caen a raudales, como si fuera una cascada. ¡Estoy perdida! Dejo de luchar contra lo inevitable, sollozando como una niña.

- Apártate de ella o no lo cuentas.

Reconozco la voz y lloro todavía más. ¡Gracias al cielo! Sebas se separa de mí, cuidándose de hacer movimientos bruscos. Contempla a mi salvador, mientras me pongo en pie tambaleante. Me echo a sus brazos, desesperada por encontrar consuelo. No me importa estar desnuda. Necesito tocarlo, verificar que es real, y que Sebas no ha conseguido su cometido.

- ¡Lárgate y no vuelvas acercarte a ella!
— Dice, sin dejar de apuntarle.

Como un conejo asustado, sale por patas sin echar la vista atrás. Me abrazo más fuerte a él. Intentando sosegar el llanto, y mitigar el dolor.

- ¿Dónde esta Ian?

- Con la arpía. — Escupo con rabia. -
Gracias Marcos.

- Vamos a curarte esos golpes.

Subimos, como ha dicho me cura todos los golpes. Resoplando, farfulla un par de insultos, mayormente cuando ve el bocado en el pecho, que ya se empieza a poner morado. Acaba de curarme y me da la bata para que me la ponga.

- Te traeré una pastilla para el dolor.

- Gracias. De verdad muchas gracias.

- He hecho lo que tenía que hacer. —
Dice, saliendo por la puerta.

Me recuesto en la cama adolorida, de la caída me duelen los costados.

Cansada cierro los ojos por un segundo, quedándome dormida sin ser mi

intención.

HUMILLADA.

Abro los ojos y me siento en la cama, con lágrimas en los ojos. Miro mi alrededor y me relajo un poco. Las malditas pesadillas han regresado, espero sean solo por unos días, no aguantaría volver a sentirlas por meses, despertándome a cada hora asustada y con los ojos húmedos por el llanto. Miro el reloj, las siete, solo he pegado una cabezada de dos horas. Resoplo y me paso la mano por la cara, tengo que tener un aspecto deplorable. Me levanto, busco a mi niño en la cuna, pero no lo encuentro. Bajo las escaleras, veo a Marcos con el en brazos y me acerco.

- ¿Cómo te encuentras?

- Hecha un adefesio. — Intento bromear, mientras tomo asiento a su lado. - ¿Ha regresado?

- No. Sindy... No se lo tengas en cuenta.

- Marcos. Me dejo sola. Sebas no ha superado que le dejara. Cuando descubrí su adicción, le di varias oportunidades para que se desintoxicara. Nunca lo consiguió, le deje, pase pagina, y a él no le gustó. Me seguía, me mandaba mensajes amenazadores, y ya una vez intento hacerme daño. Gracias que Anthony estaba ahí. Él debió ver el panico en mis ojos, y me dejo sola. — Susurro. - Se... — Cojo aire con fuerza. - Se fue con ella.

- No lo entiendes. Quiere evitar que ella te haga daño.

- Pues hoy ha fracasado estrepitosamente. — Le Digo, en un suspiro.

Marcos lleva al niño arriba y prepara algo de cenar, son casi las diez e Ian sigue sin aparecer. Mientras cenamos, se abre la puerta y mi cuerpo se pone

rígido, cuando Ian entra con la psicópata.

- ¿Queda para nosotros? — Dice, la rubia.

Me levanto cuando viene hacia nosotros. Marcos me susurra un «no te vayas», pero no le hago caso. No puedo estar en la misma sala que ella. Porque o me mata de una vez o la mato yo. Paso rápido, con la cabeza agachada por el lado de Ian camino de las escaleras.

- Detente. — Pide Ian, antes de que llegue a subir un escalón.

- Estoy cansada Ian. — Digo, forzando mi voz para que forme una frase.

- Mírame. — Demanda.

Ignoro su voz y su orden, comenzando a subir los escalones. En dos zancadas, se pone delante de mí, posando su mano en mi barbilla y alzando mi cabeza hasta

unir nuestros ojos. Al verme sus ojos muestran un dolor intenso, desvía la mirada a la rubia, me coge de la mano y me lleva hasta allí a la fuerza.

- ¡Eres una zorra! — Le grita.

- Eso siempre lo has sabido. — Dice, la rubia quitándole importancia.

Ian le da un bofetón, que la hace girar la cara en un movimiento rápido, no sé cómo no le ha partido el cuello. ¡Ojalá se lo hubiera roto!

- El trato era que te demostraba que no me importaba, sin que le pusieras una mano encima.

- Amor. Yo no la he tocado.

- Lo has mandado que es lo mismo. Márchate ahora.

- ¿Me estás echando?

- ¡Sí!

La rubia sale por la puerta malumorada, casi me parece ver que echa humo por los oídos.

- Vamos.

Me coge la mano y tira de mí hacia la habitación, pero no ha la mía, a la suya. Abre la puerta y me hace pasar. Me hace sentarme en la cama.

- Muéstrame lo que... Lo que te ha hecho. — Dice, con rabia.

- ¡Ián déjalo.

- Quiero verlo.

- Muy bien. ¡Siéntete culpable porque esto es tu culpa! ¡Espero que el polvo haya valido la pena! — Le recrimino.

Me quito la bata, y dejo visible para él, el morado con los dientes marcados en

mi cuerpo. Pasa la mano suavemente sobre él, como si quisiera hacerlo desaparecer. Se pega más a mí, y me coge por la cintura, me da besos por la frente, la cara y finalmente baja hasta el mordisco. Me da suaves besos en esa zona y luego pasa la lengua en una caricia. Regresa a mi cara, se desplaza a mi cuello y me susurra haciéndome estremecer.

- No me he acostado con ella.

Me besa, y tiemblo en sus brazos, por las sensaciones que me hace sentir. No debería gustarme, no debería querer que lo haga y lo peor es que no debería necesitarlo.

- Voy a hacer que lo olvides. Con mis besos y caricias voy a borrar sus huellas.

Me besa en los labios con mucha delicadeza, no opongo pegas y sigo el movimiento de sus labios, estira de la

bata hacia atrás dejándola caer al suelo, besándome con una ternura que no sabía que existiera, me coge en brazos y me deposita en la cama, tumbándose sobre mí. Los besos, caricias y pasión aumentan, hasta estar casi sin respiración.

- No me odies. — Susurra despegándose lo justo de mí. - Solo tuyo. No lo olvides. — Dice, entre jadeos.

Mi alma se agranda al escucharle. Me vuelve a devorar la boca, mientras me acaricia, como si quisiera recordar el tacto de mi cuerpo en su piel. Se mueve sobre mí, haciéndome alcanzar el mismo paraíso, un paraíso, que alcanzamos los dos juntos y que solamente él es capaz de hacer, que lo alcance como nunca.

Me quedo dormida estrechada por sus brazos, con el pensamiento, de que otra vez destrozara mi corazón.

Me despierto con una sonrisa, una tan

grande que va a ser muy difícil hacer que desaparezca de mi rostro. Observo a mi alrededor, topándome de frente con la mirada de Ian. Le sonrío feliz, pero el no me devuelve el gesto. Frunzo el ceño, sin entender que le ocurre. Me entrega una bolsa, que coge de detrás de él.

- Vístete. El juego terminó. — Dice, con voz grave.

- ¿De qué hablas?

No recibo respuesta. Sale por la puerta, dejándome para que me vista.

Ni siquiera me fijo en la ropa, me visto como una automata, y sin peinar voy a paso veloz a alcanzarlo y que me dé una explicación. En el último escalón, me paro en seco. Me dan ganas de salir corriendo hacia arriba y esconderme. No lo hago, me mantengo erguida con mucho esfuerzo.

Pero lo hago.

- ¡Gane nena! — Dice, Ian dichoso a la rubia.

Aprieto la mandíbula hasta límites incalculables, dejo de hacerlo en el momento que me doy cuenta de que estoy chirriando los dientes. Con una mirada venenosa, me acerco al salón y me paro en medio. Dirijo la mirada rabiosa de uno a otro sin cesar. En el sofá el hombre que me he dado cuenta nunca deje de amar. Está sentado con la arpía entre sus piernas. Bruno en un costado con una sonrisa complacida. Marcos, prefiere desviar la vista de mis ojos y que no aviste la sonrisa apenada que muestran sus labios. Lo intenta, porque aunque ha querido ser rápido, yo lo he sido más.

- ¿Qué has ganado? — Pregunto, a sabiendas, que no quiero saber lo que dirá.

- Veras... Como puedes deducir, fue Sebas quien me hablo de ti. Ese hombre

te aborrece. — Dice, la rubia sonriente.

- Ella vino a reclamarme. Y lo único que se me ocurrió, fue demostrarle que nunca me has importado. — Continúa Ian. - Me iba a dejar. ¿Lo entiendes?

- He estado al tanto de todo. ¿No te han dicho que la casa esta llena de cámaras? ¿Que lo he estado viendo todo? — Finaliza la rubia, tapándose la boca para hacer sus palabras más dramáticas.

Mi cara cambia por momentos, no quiero creer nada de lo que están diciendo. Es imposible que solo me haya utilizado. ¡Otra vez no! ¿Cómo he sido tan ingenua?

- Luego se nos ocurrió hacer más interesante el juego...

- ¡Hicimos apuestas para ver que tiempo tardaba en meterte a su cama!

— Completa la rubia la frase de Ian. -

Te informo que ha ganado. El manifiesto que lo haría en menos de dos semanas. Debo felicitarle por la idea de que trajera a Sebas.

¿Todo ha sido planeado? ¿Cómo ha sido capaz? ¿Por qué me odia?

- Ellos también apostaron. — Dice, Ian señalando a los secuaces. - Es más lo del USB fue idea de Marcos. Pero fallo en su juicio, no te derrumbaste como alego que harías.

- Ah, se me olvidaba. Lo del móvil, la escenita esa tan bonita, de que te daba algo de libertad, fue idea mía. Creo que estuvo de más el golpe que te dio, pero me reí mucho, con tu cara de decepción. — Alega la rubia.

- ¡Sois unos monstruos despreciables! ¿Todo por cumplir los caprichos de una mujer que os maneja como muñecos?

- No te olvides de lo que me he

divertido con este juego. — Suelta Ian con una sonrisa.

- ¡Te desprecio como nunca desprecie a nadie! ¿Qué has conseguido con esto? ¿Humillarme, burlarte de mí? ¿Crees que mi vida se acabara por esto? ¡No me conoces Ian! Guárdate algo en la cabeza. ¡Dónde las dan, las toman!

Salgo escaleras arriba, cojo a mi pequeño decidida a salir de este lugar.

No tengo dinero y no sé cómo lo are. Pero algo se me ocurrirá. Bajo y salgo a la calle dejándolos en el salón, todavía riéndose de lo que han hecho. Me dirijo a la playa, no sé a que otro sitio ir. Saco el móvil, que todavía tengo y marco segura.

- ¿Sí?

- Anthony.

- ¿Sindy?

- ¿Puedes venir a buscarme?

- ¿A Alemania? — Pregunta, confuso.

- No. Estoy en una isla llamada Elba...

- ¿Estas en la casa de Ian? — Pregunta conmovido.

- Te lo explicaré después. Por favor, no tardes. Tengo un pequeño de tres meses en brazos.

- Voy para allá.

- Estoy en la playa. — Le digo antes de que cuelgue.

Me siento en la arena mirando hacia el mar, pensando en como se han burlado de mí. Solo por diversión y poder. Un poder que yo no tengo para devolverles el dolor que han causado, porque si no me las pagarían uno por uno y con creces.

- Sindy.

Resoplo con fastidio, al escuchar a la persona, que creí que estaba empezando a tomarme aprecio. ¡Qué ilusa!

- ¿Qué quieres? — Espeto sin ganas.

Se sienta enfrente de mí. Sonríe, y yo arrugo el ceño. ¿Qué tengo cara de chiste?

- No te vengas abajo. El poder aquí lo tienes tú. Puedes devolverle golpe por golpe a Carina.

- ¿A sí? ¡Hablas en serio! ¿A ver dime como? Porque por más que le doy vueltas, no encuentro la manera, ella es poderosa y yo no.

- Te he vigilado por años. Tienes una fuerza de la que muchos carecen.

Tu mundo es este, lo llevas en la sangre. El cometido de Ian, y él mío siempre ha

sido mostrarte cuál es tu lugar.
Pregúntale a tu madre...

Quien es este hombre. — Dice,
entregándome una foto. - Él te dará el
poder. — Termina la frase sonriendo.

Se marcha y me quedo admirando la foto
confundida. ¿Qué tiene que ver mi
madre, con este hombre de porte altivo y
amenazador? Me guardo la foto,
dispuesta a preguntarle. Hora y media
después, sigo sentada observando a la
nada ausente. Estoy sentada en la playa,
pero es como si todavía estuviera en esa
sala, oyendo sus risas burlonas, mientras
sonríen complacidos de ver como me
hago añicos, como si fuera un cristal,
cayendo de una altura de cinco pisos.

- ¡Sindy!

Dejo de martirizarme por ser tan
confiada, y me giro hacia la voz. Me
levanto con los ojos llorosos y me echo
a los brazos de mi hermana.

Lloro de rabia e impotencia, y me juro a mí misma, que are caer a la barbie y la veré arrastrada por el fango, suplicando por clemencia.

- Tabi...

- ¿Qué es eso? — Dice, señalando el pequeño busto, que tengo tapado por una manta.

- Tu sobrino Izan. — Digo, destapándolo para que lo vea. - Y tuyo también. — Digo, dirigiéndome a Anthony, que esta detrás de mi hermana.

Abren los ojos de par en par. Lo miran y lo remiran, pasan minutos sin poder despegar los ojos de él.

- ¡Sindy Montes! ¡No te lo voy a perdonar en la vida! ¿Qué clase de hermana eres?

- Peque. Tranquilízate. Abra tiempo de matarlos más tarde. ¿Qué ha sucedido

para que nos hayas llamado? —
Pregunta impaciente.

Les cuento todo, cuando apareció Ian, el supuesto peligro que corría, la rubia, los secuaces... Todo, ni siquiera me dejo la parte de Sebas, la noche que pase con Ian y la escena de esta mañana. Anthony no dice nada, aprieta la mandíbula y se gira en dirección a la casa, mi hermana corre detrás de el y yo detrás de ella. Me cuesta seguirles el paso, debido a que cargo con Izan y temo caer con él. Llega a la puerta y ni se digna a tocar, directamente la abre de una patada. Todos en la sala, se quedan por unos momentos sin saber que sucede. Ian repara en su hermano y se saca a la rubia de encima. Se pone de pie con las manos en los bolsillos.

- Hermano. ¿A qué se debe tu visita?

Anthony le propina un puñetazo. Me llevo la mano a la boca, cuando Bruno y Marcos le apuntan con sus armas.

- ¡Guardarlas ahora! — Les grazna a los secuaces.

- ¡Estás loco!

- ¡Eres una estúpida! — Dice, mirándome fríamente.

Anthony le propina otro puñetazo, que le hace un corte en el filo del labio.

- ¡No vuelvas acercarte a ellos! Tu comportamiento no tiene nombre.

- ¿Tú me juzgas? ¡Tu que quisiste hacer el mismo daño o mayor que él mío!

- No te equivoques hermano. Yo nunca llegaría hasta el punto de hacer daño físicamente a una mujer, por conseguir mi objetivo. ¿Sabes el panico que le tiene a ese tío? ¿Sabes que tenía pesadillas por culpa de él? ¿Sabes que podía haberla matado por tu brillante idea de dejarla sola con él? Así que no

nos compares, porque la diferencia es que yo sé cuándo he de parar y tu no. — Le rebate, furioso. - Vámonos.

Coge a mi hermana de la mano, y a mí por un brazo, y tira de nosotras por el mismo camino que entramos. Antes de salir, echo una última mirada hacia atrás. Ian mueve los labios muy lentamente para que lo entienda. «Nos volveremos a ver».

VERDADES ESCLARECEDORAS.

Llegamos a casa de mi madre, entramos y lo primero que hace es abrazarme y luego darme un sermón de una hora y media, por haber mantenido a mi pequeño en secreto. Durante esa hora escucho reproches, uno detrás de otro como un bombardeo, bajo las sonrisas de satisfacción de mi cuñado y hermana. Me mantengo con la cabeza agachada en todo momento, concentrándome en coger aire y soltarlo, mientras me resigno a seguir oyendo las voces que da mi

madre.

- Lo siento.

Mi madre resopla y se apiada de mí. Me da un abrazo, y por unos minutos tengo ganas de volver a llorar. Pero no lo hago, le he pedido a mi hermana y cuñado que no digan nada de lo sucedido, ya ha pasado todo y no hay porque alarmarla por algo que ya ha acabado.

- Anda lleva a Izan a la habitación de arriba de las niñas. Tendré que preparar otro cuarto para mi nieto. — Dice, mas alegre.

Sonrío y cojo a mi pequeño de los brazos de mi hermana. Subo a la habitación seguida por ella. Entro al cuarto que antes era de Tabi y que ahora es el cuarto de los bebés. Me asomo a una cunita y veo una cosita pequeña, pero un poco más grande que mi Izan. Mi sonrisa se acentúa al ver que es rubia

también. Parece ser que los genes de los padres ganan por goleada a los nuestros. Lo recuesto al lado de la pequeña y les deposito un beso a cada uno en su cabecita.

- Ella es Sindia. Y esta es Lidia. —
Dice, acercándose a la otra cunita.

Me asomo y la miro, son iguales. Le deposito otro beso a la pequeña.

Miro a mi hermana que sonrío. Esta contenta de que al fin, conozca a sus niñas.

- ¿Cómo lo haces? Digo, yo es con uno y acabo rendida. ¿Cómo lo haces con dos?

- Ja, ja ja ¡Con mucha paciencia! ¿Por qué no nos lo dijiste?

Tomo aire antes de darle una respuesta. Buscando la forma, para que se ponga en mi lugar y entienda.

- Tabi, él desapareció. No sabía qué hacer. En su momento pensé que era lo mejor. Tu estas con su hermano. ¿Crees que no se lo hubiera dicho? Yo todavía no estaba preparada para decírselo, pero... Paso todo esto, empezó a juzgarme y se lo tuve que decir. Y aun así no me creyó. Primero se fue a comprobarlo.

- Lo siento Sindy. Se ha pasado de la raya.

Pasamos el resto de la tarde de compras. Dejamos a un Anthony no muy contento por tener que cuidar de los tres bebés. Nosotras paseamos por el centro comercial comprando todo lo que nos apetece.

Yo mayormente me decanto por ropa nueva. En el burger King compramos la cena. Mi madre sabe que adoro las hamburguesas y por hoy nos complace con una cena "de comida no comestible", como le dice ella. Cuando

llegamos a casa son pasadas las ocho y media.

Abrimos la puerta y nos encontramos a un Anthony acostado en una manta tirado en el suelo con los tres bebés. Nos reímos, se le ve tan rico...

- ¿Qué? Cuando no llora uno, llora el otro, esta era la única solución que he encontrado.

Les damos la cena a los pequeños y los recostamos en las cunas.

Después cenamos tranquilamente. Anthony y mi hermana se quedan a dormir, no quieren sacar a las niñas ha esta hora y que se resfríen.

Subo a mi cuarto después de ellos, me pongo un pijama y me acuesto.

Doy vueltas en la cama sin poder dormir, finalmente, cojo la foto de la cartera y la contempló. ¿Debería

preguntar? Sigo mirándola, me doy toquecitos con el dedo en la nariz y acabo guardándola, como siga observándola con esa insistencia, se va a acabar desgastando. Me quedo dormida pasada la una de la madrugada.

Al despertar, me llevo las manos a la cara. ¡Maldita sea! Me limpio los ojos cabreada, por levantarme con los ojos húmedos. No recuerdo haber soñado y menos llorar; pero mis ojos lo dejan claro. Intento dar otra cabezada, por mucho empeño que le pongo, no lo logro. Me quedo extrañada, mirando el aparato de bebes. ¿No se ha despertado todavía? Me levanto y voy al cuarto de los bebes. No hay ninguno.

«Que raro» pienso. Bajo las escaleras.

- ¡Buenos días! — Me saluda Anthony con mi pequeño en brazos, dándole un biberón.

- Lo siento. No tienes bastante con las

tuyas, para que ahora también cargues con él mío. — Le digo, arrepentida de no haberlo oído llorar.

- No te preocupes. Necesitabas descansar. Es normal, y a mí me gusta encargarme de ellos. Tu hermana esta en la cocina con las otras. Ves y tomate un café. Aquí está todo controlado.

Le sonrío agradecida. En la cocina, me encuentro a una Tabi, batallando con las pequeñas, para que se tomen su desayuno. Le quito un biberón de las manos y se lo doy a la que creo que es lidia.

- ¿Cómo las distingues?

- Son mías. Y aparte tienes este pequeño lunar. — Dice, señalando encima del labio de la niña.

- Ah. ¿Y ella no lo tiene?

- No. Solo Sindia lo tiene. No te

preocupes, con el tiempo no te hará falta fijarte en él.

Tras desayunar subo, me baño y me visto con uno de los vestidos que adquirí ayer en el centro comercial. Me pongo los zapatos, me hago una coleta y me pongo un poco de maquillaje. Me despido, dejando a Izan con mi madre. Voy a comprarme un móvil nuevo y a llamar a Susana.

Llego a la tienda y le pido a la chica que me saque el último iPhone. Lo pago y me meto en una cafetería que hay justo enfrente. Me pido otro café para terminar de espabilarme. Aunque son ya las diez, me parecen las cinco, es como si esta noche mi cuerpo no hubiera tenido el descanso que necesitaba. La camarera deja el café sobre la mesa y se va. Enciendo el aparato, le meto el código de acceso y espero. Una vez encendido, marco el número de mi amiga, me lo se dé memoria y no hace

falta que lo tenga guardado en el teléfono.

- ¿Quién es?

- Susana soy yo.

- ¡Gracias al cielo! ¿Dónde estas? ¿Qué ha sucedido? ¿Estas bien?

- Ahora sí. Estoy en Barcelona. ¿Suceder? Pues que Ian y la arpía tenían ganas de divertirse, y me utilizaron de entretenimiento. — Digo, con tristeza.

- ¿De qué hablas? — Pregunta, mi amiga aturdida.

Como hice con mi hermana y cuñado, le relato todo, con la diferencia que lo hago en susurros, porque estoy en una cafetería.

- ¡Por todos los santos! ¡Maldito capullo!

Voy a echarme a reír, pero unos ojos negros puestos en mí, hacen que la risa se atragante en mi garganta. ¡Esto ya es acoso! Mi mirada se vuelve dura, contemplando la sonrisa que me dedica la persona que acaba de ocupar mi mesa sin permiso.

- Susana... Luego te llamo... Me ha surgido algo. — Digo, incoherente, ni yo misma sé que excusa ponerle.

Cuelgo antes de oír su respuesta. Sigo mirando a quien tengo delante con cara de pocos amigos.

- ¿Qué quieres ahora Marcos? — Digo, intentando no alzar la voz. - ¿No os habéis divertido ya bastante?

- No estoy aquí por Ian. Pero veo que no has preguntado lo que te dije.

- No y no voy a hacerlo.

- Sé que lo harás. — Dice, sonriendo. -

Y todavía no has entendido que Ian te quiere a ti... — Dice, levantándose. - Este es mi numero. — Dice dejando un papel en la mesa. - Espero tu llamada.

Se da la vuelta y se va. Me quedo mirando el papel como si fuera una serpiente y me fuera a morder. Me acabo el café, y me levanto sin apartar la mirada de ese papelito. Me paso la mano por la frente, y en contra de mi voluntad lo guardo en la cartera. Dejo un billete en la mesa y me marcho.

Llego a casa y solo esta mi madre, parece que mi hermana y Anthony han salido a dar un paseo con los niños. Se interna en la cocina y yo doy paseos de un rincón a otro, valorando si debo preguntar. La curiosidad hace que no pueda estarme quieta. Llego a la conclusión que es mejor preguntar de frente y que me saque de dudas. Marcos estaba muy seguro de lo que decía, así que... Tiene que conocerle, ella tiene

que saber quién es ese hombre, pero... ¿Por qué presiento que esa información cambiara mi vida? Desisto de darle más vueltas, saco mi cartera y me hago con la foto. Entro a la cocina donde mama está preparando la comida. Todavía es pronto para comer, pero ella prefiere hacerla pronto, a comer tarde. Dudo unos segundos. Inspiro hondo, camino hacia mi madre y dejo la foto en la encimera de la cocina. Mi madre desvía la vista y la ve. Su mano se queda suspendida en el aire con el cucharón que removía la comida. «Lo conoce».

- ¿Quién es? — Pregunto, segura.

Mi madre bufa y después se gira para verme a los ojos. Le sostengo la mirada, a la espera de que hable. Se demora un poco, tomando asiento en una banqueta, y cruzando las manos sobre su regazo, a la vez que sonrío con tristeza y añoranza.

- Es el hermano de tu padre. O mejor dicho, tu tío. Ese hombre de la foto... Es tu verdadero padre.

Doy un paso hacia atrás, por la fuerza de sus palabras. La realidad me golpea en la cara. ¡Imposible! Me doy la vuelta, lleno un vaso de agua y me lo bebo como si estuviera sedienta. ¿Cómo va a ser mi padre? ¿Y

porque nunca me lo ha dicho?

- Sindy, mírame. — Pide suave. - Cuando era joven, me apunte a un programa de intercambio de estudios. Ahí lo conocí, en Italia. Una ciudad tan bella que te atrapa. Me enamore de él,

de una forma de la que nunca he vuelto hacerlo. Cuando me entere de los negocios en los que andaba, ya estaba embarazada de ti. Ni tu padre, ni yo queríamos que corrieras peligro, por eso estuvimos de acuerdo en separarnos.

Me mira, resopla y luego desvía la vista al suelo. Yo sigo mirándola atonita. La mitad de mi vida ha sido una mentira, nunca en mi sano juicio, me hubiera imaginado que mi padre, no era mi padre. Sigo digiriendo lo que me ha dicho, pero me cuesta bastante, esto es de película. Dirige la vista de nuevo hacia a mí. Creo que valorando el dolor que me ha podido causar esa realidad que ha soltado por la boca después de veinticuatro años.

- ¿Cómo tienes esa foto?

- ¿Cómo terminaste con mi tío? — Ignoro su pregunta, con un tono incrédulo.

- El me quería, y estaba ahí cuando le necesite. Después me embarace de Tabi... Y todo cambio, empezaron las discusiones, los gritos, los insultos, los reproches y los golpes. Siempre me decía, «¡Por qué no me quieres como a él!». Nunca entendió que el tenía mi corazón, que se lo había ganado, y que el amor que tenía por su hermano, simplemente se había reducido a un bonito recuerdo. — Dice, melancólica.

- Fue Marcos. — Respondo su pregunta.

- Así que el pequeño Marcos, ¿He? Cuando lo vi por primera vez, el tenía seis años y ya se notaba que iba a ser muy guapo.

- Si, lo es. — Le digo, conforme.

- Es el primo de tu padre. Lo quería mucho, no me extraña que lo tenga de mano derecha. — Sonríe, más bien para si, que para mí.

Niego con la cabeza, no sabe lo equivocada que esta, y no sabe que sin haber escuchado su nombre, ya sé quién es mi padre y lo que debo hacer.

- Su mano derecha es Ian. El padre de Izan. — Suelto, convencida.

Mi madre se levanta tan abruptamente, que casi trastabilla con la silla.

Su mirada se ensombrece. No necesita que diga nada, es mi madre, y como una madre conoce a sus hijos, no los conoce nadie.

- ¡No lo harás!

- Mama...

- No Sindy. ¿No lo entiendes? Yo me aleje de ese mundo por ti. ¿Y tú quieres ir de cabeza a él?

- Tengo que hacerlo. Puede que este cometiendo un error. Le amo mama. No

me importa el mal que me haya hecho. Si no lucho ahora por lo que quiero, siempre tendré esa espina clavada. ¿Te quedaras con Izan un tiempo?

- Nada de lo que diga servirá para hacerte cambiar de idea. — Dice, resignada. - Siempre te pareciste a él. Nunca has dejado que nadie te pisoteara. Quien te la hacia, se la devolvías con el doble de dolor. —

Termina casi en un sollozo ahogado.

Me acerco a mi madre y la abrazó con fuerza. Esto es muy duro para ella, lo entiendo, teme que cualquier día me suceda algo, pero no puedo cambiar lo que soy, mis impulsos locos también venían en el lote. Como dice mi madre, «nunca me quedo con la espina en el pecho, tengo que devolverla, y con el doble de daño».

- Te quiero mama. — Le deposito un beso suave en la mejilla, mientras con la

otra mano, le limpio una lagrima que ha rodado de sus ojos. -

Cuida de mi pequeño. — Le digo, con voz quebrada.

Me separo dándole una sonrisa, salgo corriendo como los toros cuando entran en una plaza de toros, llego al cuarto bastante fatigada, por subir las escaleras de dos en dos. No puedo perder más tiempo.

Preparo una maleta lo mas rápido que puedo y vuelvo a bajar. Saliendo por la puerta, llegan Tabi y Anthony. Dejo la maleta, cargo a mi pequeño y le como la cara a besos, se me escapa una lagrima, por no saber que tiempo estaré sin él, pero no puedo llevarlo, esto es lo mejor para él. Le doy un beso a las pequeñas, luego a Anthony y después me abrazo a mi hermana, que me mira sin entender nada.

- ¿Dónde vas? — Pregunta Anthony por

fin.

- Hacer lo que tengo que hacer. ¡Darle un escarmiento al idiota que tienes por hermano!

Con esa veracidad, les dejo en la puerta de la casa de mi madre, observando como me voy sin mirar atrás. Si lo hiciera, lloraría, se me encoge el corazón, cada vez que pienso que estoy dejando a mi bebé, la ilusión de mi vida, sin el calor de su madre. Cojo aire fuertemente. Si todo sale bien, volveré en menos tiempo del que espero.

EL TRATO.

Me siento en la misma cafetería de hace un rato. Antes de nada, marco el número de mi amiga.

- Dime.

- Veo que has grabado mi numero.

- Por supuesto. ¿Cuándo vienes?

- Susana, necesito que te quedes un tiempo al tanto de todo.

- ¿Por qué?

- Ahora mismo no es el mejor momento para hablar de ello. Cuando regrese te lo contaré todo.

- Por lo menos dime donde vas a estar.

- En Italia. — Le revelo, para que no se preocupe. - Puedes llamarme a este número siempre que quieras. Para cualquier cosa, seras a la única que le coja el telefono. ¿De acuerdo?

- Vale. No te preocupes. — Me dice, resignada.

Cuelgo dos segundos después, despidiéndome de mi amiga, con un

«nos vemos». Saco la cartera, la abro y

me hago con el papelito que me entrego Marcos. Lo sostengo por minutos que parecen horas, lo miro sin poder dejar de hacerme preguntas.

¿Estaré haciendo lo correcto? ¿Debería olvidarme de lo que me han hecho? ¿Seguir con mi vida? ¿Dejar que sigan creyendo que pueden hacer y deshacer a su antojo? Cada una de ellas me respondo lo mismo. «No» «no» «no». ¡Esa arpía me las va a pagar! Me importa poco, si es mi medió hermana, si lleva la misma sangre que yo, lo tengo bien decidido y marcado en la mente con letras grandes: «TE VOY A QUITAR ESOS AIRES DE PRINCESA».

Pulso en el teléfono cada número, despacio y con cuidado de no equivocarme en ninguno. Espero lo que me parece una eternidad. La primera llamada no es contestada, bufo cuando oigo la voz, que te informa que es el buzón de voz. Finalizó la llamada y lo

vuelvo a intentar, consigo el mismo resultado. Lo mismo con la siguiente. Decido dejar el móvil en la mesa y terminarme el café, para volver a intentarlo.

Me entretengo en mirar la gente, los minutos se me hacen lentos, es como si el tiempo fuera a cámara lenta, o directamente se hubiera parado, o quizás simplemente soy yo, y mi impaciencia las que creen que el tiempo pasa demasiado despacio. Giro la cabeza al sentir el móvil vibrar, todavía no lo he personalizado, por eso lo puse directamente en silencio, nada más para que vibrara, porque no soporto esos tonos tan cutres que traen todos los aparatos. Lo cojo y me lo llevo a la oreja.

- ¿Sí?

- Sabía que me llamarías... ¿Dónde estas?

- En el mismo lugar de hace un rato.

- En diez estoy ahí. Sal fuera.

Corta la llamada, es una orden, no quiere replicas y que cumpla con lo que ha pedido, por eso no me ha dado opción a rebatirle. Igualmente aunque lo fuera hecho, habría logrado lo mismo, o no, a lo mejor incluso habría sido peor. Dejo mis pensamientos aparcados a un lado, dejo un billete en la mesa y salgo. Me apoyo en la pared al lado de la puerta del local. Un poco después, se detiene un coche todo negro, la puerta de atrás se abre y oigo una voz alta y clara, «sube». Pongo los ojos en blanco, me exaspera que me den ordenes, nunca las he tolerado y ahora empiezo a entender porque, "nací para darlas, no para acatarlas". A paso decidido subo al coche, cerrando la puerta detrás de mí. Me cruzo de brazos, mientras un Marcos sonriente, me mira.

- ¿Por qué ahora? — Pregunto,

queriendo saber, porque en tantos años como han tenido, me lo dicen ahora.

- Porque es el momento de volver, y que recuperes lo que es tuyo.

Arqueo una ceja, mirándole con interés, queriendo traspasar la piel, que rodea su cabeza y entender que quiere decir. Desvío la mirada por el cristal, pensativa, me pregunto que será lo que encontraré cuando lleguemos, como será mi vida a partir de ahora.

- Así que eres mi primo. — Asiente, con la cabeza despacio. - ¿Y como puedes tener sentimientos por mí? — Pregunto, directa.

Carraspea un poco incómodo, luego se pone el dedo en la boca, en un gesto pensativo. Se lo he visto hacer en otras ocasiones. Pone sus ojos sobre los míos y sonrío.

- No he convivido contigo. No te he

rozado como prima, y llevo muchos años a cargo de tu vigilancia y seguridad. Es normal que haya albergado sentimientos por ti. ¿No? — Comenta seguro, con naturalidad. - Eso no quiere decir, que crea que hay una posibilidad. Tu lugar es estar con Ian.

- Olvídalo. — Le digo, sonriendo.

- Ha su debido tiempo... Lo entenderás.

Saca el celular, antes de que marque, sé muy bien lo que va a hacer, con un movimiento rápido, se lo arrebato de las manos. Me echa una mirada, de esas que utiliza para intimidar, pero solo me hace reír con ganas, delante de su cara, y eso es lo que hago, reírme sin parar.

- No le vas a decir que estoy contigo, lo sabra cuando yo quiera. Si no, me bajo del coche ahora mismo.

- Muy bien. Ahora devuélvemelo, si quieres que tu padre los saqué de la

casa, antes de que lleguemos y se te fastidie la fiesta. — Me dice, con sorna.

Se lo devuelvo desconfiada. Marca y no le quito ojo, ni atención de las palabras que salen de su boca. Como me ha dicho, su cometido era informar a Alessandro, "mi padre". Es inconcebible para mí, llamarle de otra forma que no sea por su nombre. Para mi es un desconocido, un hombre que no he visto en mi vida, y un hombre del cual hasta hace dos horas, no sabía ni quien era, así que para mí, la palabra "padre", es muy grande para mi boca. Puede que él haya estado al tanto de mí, que haya seguido mis pasos, que me vigilara, pero para ganarse el honor de oír de mis labios esa palabra, tendrá que ganársela.

Tras subir otra vez en un avión privado, pasar una hora y media aguantando las sonrisas de Marcos, «de yo sé cosas que tu no», llegamos a Roma, donde Marcos para acabar con mi paciencia, decide

que nos detengamos a comer. Le atravieso con la mirada, en lo que vamos caminando a la entrada del restaurante. Me fijo en el cartel, rojo completamente, con un logotipo redondo blanco, en el que se lee

«Pinsere» y justo debajo «Roma».

Sigo a Marcos, que ni siquiera se digna a preguntar que es lo que quiero. Mi enfado aumenta, me repatea que no me tengan en cuenta.

Cuando finaliza el pedido en el mostrador, posa su mano sobre mi cintura y me dirige a unas pequeñas mesas de fuera. Retira la silla y tomo asiento. El se coloca justo enfrente.

- ¿Qué has pedido? — Le reclamo, más que preguntar.

- Una pizza. — Suelta como si fuera obvio. - Es lo que sirven en las pizzerías.

- Ya. Me gusta pedir mi propia comida...

— Le siseo.

- Sé lo que sueles comer.

Se mantiene un silencio espeso en el aire, hasta que llega la pizza. La camarera la sirve y se va. Observo la masa redonda y no puedo afirmar si mi cara es recelosa o de pleno asco.

- No la mires así, y pruébala.

- Ni de coña le hincó el diente a eso. — Señalo la especie de pizza redonda que hay en la mesa.

¡Increíble! Si mi madre me ve, no se lo cree, a mí, a la que le gusta toda clase de comida rápida, diciendo no a una pizza. Pero es que es para verla. Parece como si los ingredientes estuvieran echados a pegotes, es verla y se me revuelve el estómago. Prefiero cuando lleguemos hacerme un bocadillo, a comer lo que tengo delante.

- Pruébala o hago que la pruebes. Como tú quieras.

- ¿Me estás amenazando?

- Mm advirtiéndolo.

- ¿Y como lo harías? ¡Listo!

- ¿De verdad quieres que montemos una escena? A mí no me importa ser el centro de todas las miradas.

Doy un rodeo al lugar, viendo que hay bastante gente, resignada regreso la vista otra vez a la cosa redonda. Resoplo y cojo un cacho, adorándolo en mi mano por un buen rato. Yo todavía no la he probado y Marcos va por la tercera ración. Quizás que no tenga buena pinta, no quiera decir que no sea comestible. Tras un rato admirándola indecisa, cierro los ojos y me la llevo a la boca. Se me escapa un pequeño, pero perceptible «mmm». Abro los ojos de golpe, al filtrarse las carcajadas de

Marcos por mis oídos. Le miro ceñuda.

- ¡Que te hace gracia! — Le digo, entre dientes.

- Para no querer probarla, casi parecía que habías alcanzado un orgasmo. — Dice, sin parar de reír.

Me ruborizo debido a sus palabras, y desvío la mirada a la gente que pasea. Poco después regresamos al auto. Tardamos como algo más de media hora en llegar a nuestro destino. Según me dice Marcos antes de salir del coche, estamos exactamente en la vía Santa Seconda. Le sigo, callada observando todo. ¡Medre santa! No puedo dejar de alucinar al ver el tremendo alrededor de césped, flores, una fuente, y un poco más alejado una pista de tenis. Pero lo que me deja desfasada, es el edificio que tengo justo delante en tono beis y rojo, rodeado todo el frente por un paseo, con dos espacios uno a cada lado, con sus toldos de hierro y bancos de piedra para

reposar a la sombra. Mi boca debe estar abierta hasta límites inalcanzables, porque la cara de Marcos es orgullosa y de satisfacción.

- Bienvenida a la mansión Romaní. —
Dice, dándome la espalda. - ¿Han salido ya?

Me quedo viéndole confusa. ¿A quién le habla? No he visto que haya sacado el teléfono, ni le he visto marcar ni nada, miro a mi alrededor, aquí solo estamos el y yo. Me pongo delante y le miro, más confusa si se puede, porque el grado que tengo de confusión es enorme y subiendo por momentos.

- Vale. Entramos.

- ¿Con quién demonios...?

Levanta la mano para que me calle, da como media vuelta, agacha la cabeza a mi altura, y se señala el oído. ¡Flipante! Parece como si estuviera en una película

y todavía no hubiera acabado el rodaje. Tras enseñarme el pequeño artilugio adherido a su tímpano, se levanta desabrocha el primer botón de su camisa y me muestra un cable que rodea su cuello, que termina bajando por su torso, vuelve a ponerse de costado y me enseña que el cable finaliza conectado a su telefono, que lleva colgado en una funda. Ahora si me he quedado en blanco, mi cerebro está desconectado, asimilando este nuevo descubrimiento.

- Vale...

- Vamos.

Me pone la mano en la cintura, y me guía hacia el interior. No sé a que lado mirar, vaya donde vaya mi vista, me quedo más alucinada que antes.

Es una mansión, lujosa, decorada con un gusto exquisito, y la cual en mi vida abría imaginado pisar. Subimos la primera planta, me quedo noqueada

cuando Marcos me dice que son tres plantas, que la mansión dispone de veintiocho dormitorios, piscina climatizada, gimnasio, garaje subterráneo como para seis coches, comedor con mesas como si fuera un restaurante, cocina con servicio interno las veinticuatro horas del día, despacho y sala de reuniones, entre otras cosas como biblioteca, y no sé cuántos baños, porque ya mi cerebro no da para más y se queda como medio aquí y medio en el limbo y no le escucha.

- Adelante. — Oigo, una voz severa al otro lado de la puerta, donde nos hemos detenido.

Entramos y un hombre, me mira con curiosidad, en su rostro se muestra su actitud dura, calculador, inflexible, con un punto arrogante, y un brillo que hasta hoy no había visto, «poderío». Un poderío a tal escala, que su cuerpo, rostro y actitud, lo demuestran. Nos

observamos por unos minutos, supongo que buscando lo mismo, «hallar algo del uno en el otro». Es un hombre moreno, alto, de porte robusto, sus facciones son bastante marcadas y por eso se ve a leguas, que es un hombre de carácter fuerte.

- Siéntate. — Ordena. Hago lo que me pide, me extraña hasta mí, porque no soporto las órdenes. - Bienvenida a casa pequeña. — Dice, intentando ser un poco más suave.

- ¿Por qué ahora? — Repito, como una grabadora, lo que tanto me interesa.

Lo considera durante unos segundos, desvía la mirada a Marcos, y le hace un gesto de cabeza, este acata la orden y toma asiento. Regresa su mirada a mí, y hace una especie de mueca, parecido a una sonrisa, o eso quiero creer yo que sea.

- Era hora de que volvieras a tu hogar.

Eres mi heredera, y te quiero aquí. Marcos me ha puesto al tanto de todo y estoy de acuerdo en todo lo que quieras hacer.

- ¿Estas de acuerdo? — Repito, incrédula.

Ladea la cabeza, me hace un ademán de la mano, como diciendo,

«espera que acabe de hablar», y ahora si me da una sonrisa, una que es muy parecida a la mía.

- Te ofrezco tu venganza contra Carina en bandeja, no pondré en entredicho nada de lo que tú creas que merece. Tendrás dos meses, para aprender a disparar, pelear y actuar con la cabeza y no movida por el corazón. Pero a cambio... Cuando tu venganza este finiquitada, te pediré algo que acataras sin objeción, sin histerias y de buen grado.

¿Qué dices? Lo aceptas o abandonas.

LA PREPARACIÓN.

Repaso una por una todas las palabras que han salido de la boca de el que es mi padre. En mi cabeza solo resuenan las últimas, «lo aceptas o abandonas». Nunca abandonó un propósito y menos cuando esa persona ha querido hacerme daño, y menos si el motivo es infundado y por los caprichos de una niña con aires de grandeza. ¿Que podría pedirme que fuera tan malo? Pienso con mucho esfuerzo, pero nada acude a mi mente. ¿Debería recular? ¿Quedarme con el daño causado? «¡No!» Grita mi mente, y es a lo único que le puedo hacer caso, por eso he venido hasta aquí.

- Acepto.

- Sabía que no me defraudarías. Pasaras estos dos meses en la casa de Ian. — Voy a hacer amago de replicar, pero me detiene, con un levantamiento de la

mano. - No ira por allí, lo mantendré ocupado.

Ahora... En el momento que entres por esa puerta, me mantendré al margen de tus problemas con él. Es mi mejor hombre, y hace muy bien su trabajo. ¿Queda claro?

- Sí. — Murmuro.

- Te espero en dos meses a partir de hoy.

Nos levantamos y vuelvo a seguir a Marcos, mientras caminamos, le oigo pequeños murmullos, que deduzco son debidos a ordenes o información que solicita a los otros secuaces, matones o esbirros, como se les diga, para mí tienen el mismo significado: «tíos preparados a conciencia para matar, sin que les tiemble la mano». Subimos al coche y nos encaminamos a nuestro destino. Me recuesto en el respaldo y admirando las vistas caigo rendida.

- Sindy. Sindy. — Oigo sobre la neblina del sueño, mientras me agitan suavemente.

Abro los ojos, un Marcos risueño, me contempla, mientras me voy espabilando. Se retira, abre la puerta y sale, estirando su mano, a la espera que la coja para ayudarme a salir. Lo hago sin dudar. Nos apeamos al lado del coche, y observo la casa.

Me muerdo el labio, al rememorar el último día que estuve aquí, lo mal que lo pase, las risas, las burlas y las ganas de hacerme daño. Aprieto los puños. Dos meses y nos volveremos a ver. El tiempo corre a partir de hoy.

- Abran desaparecido las cámaras. ¿No?

- Fue lo primero que mande quitar.

- Perfecto.

DIA 1

- Sindy hora de levantarse.

Me tapo la cabeza con la almohada, me dura bien poco, un Marcos con mandíbula apretada, se deshace de ella, mandándola de un manotazo a la otra punta de la habitación.

- ¡Ahora!

Pego un bote ante su grito de mando. Miro el reloj y luego lo fulmino a él con la mirada.

- ¡Capullo, no son ni las seis!

- Es la mejor hora para correr. En el armario tienes ropa de deporte.

Vistete.

- ¿Has dicho correr? — Asiente. - ¡Odio correr!

- Acostúmbrate.

Le veo salir por la puerta y me dan ganas de estamparle el despertador.

En vez de hacer lo que deseo, chilló fuerte, ahogando la rabia por las mantas de la cama. Abro el armario, y cojo el primer chándal que veo.

Me lo pongo y bajo.

- Vamos.

- ¿Qué? ¡No hay desayuno! — Casi le grito.

- Mas tarde.

Cuando volvemos han pasado dos horas y yo lo quiero asesinar. ¡Dos horas! Estoy que me subo por las paredes, me ha hecho ir a trote durante dos horas, que porque tengo que estar en forma y tener agilidad. Todas las carreras que hemos dado por la playa, iba pensando la mejor manera de matarlo.

- Tomate esto, evitara que te salgan agujetas.

- ¡Vete a la mierda! —Digo, a la vez que le vuelco el vaso en la cabeza.

Me rio, mientras me sirvo un café, y veo como se cruza de brazos con una mirada felina.

- Deberías ir a ducharte. — Comento con gracia.

Levanta las manos al aire, como pidiendo paciencia para aguantarme y sale disparado, escalera arriba.

DIA 4

A las cinco y media estoy en pie, cada día que pasa me cuesta menos, incluso me empieza a gustar correr, pero no por eso estoy levantada. Si no, que mi maldito primo, lleva tres días despertándome de diferentes maneras, el segundo día puso musica de discoteca a

todo volumen en el móvil, y me coloco los auriculares, no sé cómo no me rebento un tímpano. Y ayer el desgraciado, me volcó agua helada en la cara, la verdad que espabilarme, me espabile, pero con ganas de darle un puñetazo, que no pude darle porque salio corriendo. Hoy le voy a devolver las gracias. Entro a su habitación, con mucho cuidado de no volcar la taza, me arrimo despacio y sonriendo me dispongo a echarle el líquido. Cuando me doy cuenta de lo ocurrido, estoy tumbada bocarriba en la cama, mi primo, sentado ahorcajadas sobre mí, con su mano rodeando, mi muñeca.

- ¿Chocolate prima? La próxima vez, tráeme café solo. No me convence el chocolate. — Y con las mismas, me lo vuelca en el pelo.

- ¡Maldito seas Marcos! — Digo, dándole puñetazos.

- Dúchate rápido. —Dice, dejando un

beso en mi carrillo.

De un bote, sale de encima mía y sale por la puerta, riendo a carcajadas. «Algún día primito, conseguiré devolvértela» Pienso, mientras le sigo oyendo reír.

DIA 11

- No, y no. ¿Qué quieres matarme?

- No te tocara. —Repite por novena vez.

- Marcos no fastidies. ¡Es que estás ciego!

Mi primo sigue riendo. No entiendo porque todavía no le he matado. Ah, si, porque el desgraciado todas las que le hago las ve venir y las vuelve en mi contra. Observo al tío que tengo delante, resoplando, porque ya se ha cansado de mi actitud.

- Eric no te hará daño. Es el mejor

profesor, en defensa personal. Haz el favor y empieza.

Bufo fuerte a propósito, para hacerle consciente que no estoy de acuerdo con esto. Me coloco donde me ha dicho. El tal Eric, me explica como parar los golpes y me dice que siempre tengo que estar concentrada, por lo que entendido, la postura que me ha echó adoptar es la de defensa. Cuando da el primer puñetazo, lo paro sin dudar, cuando ataca con patada, la detengo con un movimiento del brazo a la vez que doy un empujón, para lanzarlo hacia atrás. Hasta ahí bien, pero cuando ataca más veloz, con patadas y puñetazos, salgo corriendo como niña asustada y me pongo detrás de Marcos.

- ¡Vuelve Sindy! — Dice, Marcos dándome empujones, para que vuelva a mi posición.

- ¡Es tu culpa idiota, me saca dos cabezas! — Digo, dándole un manotazo

en el brazo.

DIA 19

No sé que coño, hago con esto en la mano, ya una vez la sostuve en mis manos, pero era diferente, estaba en peligro y las ganas de vivir se imponían. Hoy la sostengo y la miro como si fuera una bomba y de un momento a otro fuera a explotar y hacerme saltar en pedacitos.

- Apunta y dispara.

- No puedo, Marcos.

- Claro que puedes. Eres una Romaní. Cuantas veces te lo tengo que explicar. No dudamos, un minuto de duda y la muerta eres tú. — Me repite, como tantas veces me lo ha dicho.

Se pone detrás de mí, me levanta el brazo, baja la mano a mi costado y en un susurro, me da la orden que acato, «dispara».

- ¡Lo he hecho! — Digo, dando saltitos.

- ¡Esa es mi chica! — Me abraza, cariñosamente. - Otra vez. Vamos.

Acató la orden, sin replicar, y cada disparo que doy, voy cogiendo seguridad y voy mejorando puntería. Coloca unas latas de cocacola, vuelve a mi lado, me enseña como recargar el arma, y me dice que es bueno que siempre lleve un cargador de repuesto. Asiento a cada palabra que me dice, poco a poco voy apreciando lo que me enseña y a no renegar y a dejar mi desobediencia en un rincón escondida.

- Cinco latas. Quiero tres caídas. — Me informa.

Apunto y disparo, una detrás de otra con seguridad. Agacho la cabeza desilusionada, solo he alcanzado dos. Las vuelve a colocar, me hace un movimiento de cabeza, y empiezo a disparar igual que la vez anterior.

- ¡He acertado! —Grito contenta, mientras Marcos asiente sonriente.

DIA 26

Otro día que me vuelvo a levantar a las cinco y media. Me quedo a la espera de que Marcos venga como cada mañana. Dan las seis y no aparece. Frunzo el ceño, desilusionada. ¿Cómo puede presentirlo?

¿Cómo lo hace? Veintiséis días que lo intento, todas las mañanas y hasta hoy nada me ha dado resultado. Salgo fuera y le nombro varias veces. Ninguna respuesta, recibo. Paso por el baño y me detengo en seco.

- ¡Marcos! ¿Hoy no corremos?

- ¡Día libre prima! — Oigo por encima del agua.

¡Te vas a enterar! Pego una carrera hasta la cocina. Abro la despensa y con una

sonrisa maléfica, apago el butano. ¡Vamos a ver que hace ahora! Me siento en una banqueta a la espera. Dos minutos después, veo a Marcos con cara de pocos amigos, con una simple toalla alrededor de su virilidad, y con todo el pelo lleno de jabón. La escena me hace reír, hasta el punto de encorvarme sobre el estómago. Cuando alzo la mirada, Marcos esta de frente a mí. Sonrío inocente y me encojo de hombros.

- ¿Te has divertido? — Asiento sin poder remediarlo. - Espero que esto también te haga gracia.

Me coge por la cintura, y me carga sobre sus hombros, a paso ligero me lleva escaleras arriba, dándole manotazos en la espalda, y chillándole toda clase de insultos. Me mete en el baño, y con ropa y todo me deja en la ducha y abre el grifo.

- Aaah. — Me retuerzo, bajo el agua fría. - ¡Idiota!

- Aprende prima que conmigo, siempre pierdes.

Se da la vuelta y me deja tiritando de frío bajo el agua. El resto del día lo pasamos de relajamiento, yo mayormente durmiendo. Porque gracias a un idiota últimamente me lo paso alerta y casi sin pegar ojo.

Llegada la noche, como cada día, llamo a mi madre para preguntar por mi pequeño. Le echo tanto de menos. No ver sus ojitos, es lo que mas trabajo me ha costado asimilar. Mi pequeño, mi vida, la luz que le da brillo a mi corazón, pronto, muy pronto estaremos juntos.

DIA 34

- ¿Dónde vamos? — Digo, montando al todoterreno.

- A la playa.

- ¿Y porque vamos en coche? — Digo, frunciendo el ceño.

- Porque... Hoy vamos a practicar puntería en movimiento. — Dice, con una sonrisa.

¿Esta mal de la cabeza? ¡En la playa! Vale que es invierno, pero aun haciendo frio la gente pasea, y más en un lugar tan bonito todo rodeado por rocas especie de montaña, y si le sumamos el color cristalino del agua, es el sitio más encantador y relajante que puedes encontrar. Me callo lo que pienso, prefiriendo ver que hace, cuando se dé cuenta de que no puede utilizar la playa como campo de tiro. Dos minutos después, adentra el todoterreno en la arena, pongo los ojos en blanco.

¡Siempre consigue lo que quiere! Bajamos y me quedo contemplando la playa completamente desierta, Marcos se ríe por lo bajo, sabiendo lo que debo estar pensando, y no creo que fuera muy

mal desencaminado, si lo que se imagina es que en mi cerebro estoy recitando todos los insultos existentes dedicados a él.

- ¿Cómo lo has hecho?

- Si un Romaní dice: «No quiero a nadie hoy en la playa». Nadie aparece, si no quieren tener problemas.

Se da la vuelta, abre el maletero y saca personas de cartón de todos los tamaños. Me quedo viendo como los reparte por toda la zona. Cuando regresa, estoy sentada en el suelo mirando al mar. Me da una mirada de reproche, coge mi mano y tira poniéndome de pie.

- Se acabó el descanso. — Dice, entregándome un arma. - A ver cuantos eres capaz de acertar.

Nos subimos, arranca el coche y empieza el recorrido. Comienza despacio, subiendo suavemente la

velocidad, yo voy con medio cuerpo fuera de la ventanilla y rezando por no caerme en uno de los giros.

Disparo hasta gastar la munición, recargo, disparo y vuelta a empezar.

Cuando lo he hecho por lo menos diez veces, Marcos me da una voz, informándome que por hoy ya esta bien. Meto mi cuerpo dentro y a la vez el desgraciado se le ocurre hacer un trompo. Me estampo contra la puerta, llevándome un golpe en el costado y otro en la cabeza.

- ¡Serás gilipollas!

- ¡Siempre atenta! En una persecución, lo mismo, recibes por los lados, que tienes que ir a una velocidad desmesurada, que tienes que dar giros bruscos y meterte por calles imposibles. ¡Así que atenta siempre!

- ¡Vale, lo he captado, con el porrazo ya

lo había pillado!

- Mañana... Conducirás tú.

- ¡Queeee!

DIA 59

- ¡Venga prima! Puedes hacerlo mejor.
— Se ríe mientras intento tumbarle.

- Cuando te tumbe, me invitaras a comer.

Doy un rodeo, hago como que voy a un lado y ataco por el otro con una patada, me la coge al vuelo haciéndome caer de espaldas, se pone sobre mí y hace presión con su cuerpo, inmovilizado mis movimientos.

Le sonrío confiada y con la mano libre, le asesto un puñetazo en las costillas con todas mis fuerzas, haciéndole volcar, veloz me subo encima y como me ha enseñado, con mis piernas inmovilizo las suyas y con los brazos le hago una

llave, consiguiendo que si intenta arremeter, los míos hagan más presión en su brazo, llegando al punto, de poder partírselo.

- ¡Estás lista Romaní!

- Me debes una cena. — Le recalco, con burla.

- Era comida. — Me corrige.

- He cambiado de idea. Me debes una cena. — Digo, sonriendo, a la vez que de un movimiento ágil me pongo en pie.

- Mañana regresamos. Está todo preparado. A primera hora te quiero en pie.

- Como todo los días primo. — Le digo, irónicamente.

Arquea una ceja, se acerca, me rodea con sus brazos cariñosamente y deposita un beso en mi cabeza.

- Por uno más no te vas a morir.

Le doy un codazo, haciéndole doblar hacia el costado que le acabo de maltratar. Me libero de sus brazos y entro en la casa. Antes le habría preguntado, si le he hecho daño, antes le hubiera pedido perdón. Ahora mi nuevo yo, anda a paso altivo, sin echar la vista atrás. Pero también, sé que no le he dado tan fuerte como para hacerle daño. La tarde la pasó practicando, patadas, puñetazos, giros y llaves. Luego Marcos y yo, salimos a dar unas carreras por la orilla de la playa. Una vez agotadas las energías, nos detenemos y sentamos cerca del agua. Me quito las zapatillas, junto con los calcetines y meto los pies en el agua.

- Esto es muy bonito y tranquilo. —
Comento, mirando el horizonte.

- Por eso mismo, compro Ian una casa aquí.

- Me lo va a poner difícil. ¿Verdad? —
Digo, bajando la cabeza.

- ¿Qué persona que ama lo pone fácil?

- ¡No me ama! — Digo, clavándole la
mirada duramente.

- Si lo hace. — Asegura. - Tan lista que
eres y todavía no te has dado cuenta, que
estas aquí, porque el té quiere a ti.

- Eso no es verdad. ¡Él quería alejarme!
Prefirió hacerme daño y dejar que su
novia se burlara de mí. Si me quisiera,
habría buscado otro modo de hacer las
cosas.

- Sindy... Sigues sin ver lo que tienes
delante de los ojos —Dice, sonriendo. -
Venga, es hora de volver.

Me paso la noche dando vueltas en la
cama, hasta bien entrada la madrugada
no consigo conciliar el sueño, y todo se
lo debo a los nervios que revolotean en

mi estómago, como si hubiera una estampida de rinocerontes dentro corriendo de un lado a otro.

DEVOLVIENDO GOLPE POR GOLPE.

Las siete de la mañana y Alessandro ya está en la puerta esperándonos. Le observo, mientras el chofer acerca el coche hasta estar a unos metros de la entrada. Marcos es el primero en bajar, poco después le sigo a paso seguro. Ahora que me fijo, como no pude hacerlo la primera vez por la impresión, me percató que hay varios hombres alrededor del perímetro de la casa, vestidos de negro. No mantengo mucho tiempo la mirada sobre ellos, empiezo a ser consciente de la situación y de que esos hombres son necesarios.

Siendo Alessandro un hombre tan poderoso, debe tener enemigos en cualquier parte, y ellos evitan que puedan acercarse a él. Llegamos a la altura de Alessandro y le miro de la

misma forma que el está mirándome a mí. Una mirada altiva, cínica y arrogante. Tras unos minutos, sonrío, parece que le agrada mi pose.

- Bienvenida princesa. — Dice, alegre. -
Cuando quieras... — Dice, señalando el interior de la mansión.

Asiento, pero no muevo un músculo, necesito una pequeña información, antes de comenzar mi juego.

- ¿Qué es lo primero que hace Ian cuando se levanta?

Los dos me miran sonriendo, luego se miran y después Alessandro le hace un gesto de cabeza a Marcos, para que me revele lo que quiero.

- Lo encontraras en la piscina hasta las ocho. — Me dice, Con una mirada cómplice.

Me empieza a conocer demasiado bien,

supongo que sabía por quien iba a querer empezar. Me relamo los labios y ahora si, atravieso el umbral, no necesito que me guíen, en estos dos meses una de las cosas con las que he pasado el tiempo ha sido estudiando la casa de arriba abajo. Antes de dar un paso hacia el lugar, Alessandro me detiene. Le miro a la espera de que diga lo que ya sé.

- Recuerda. Tus problemas con él, los solucionas. — Advierte.

- Lo haré. — Aseguro.

Cosa que no quiere decir, que le moleste un poco, que en mi idioma significa sacarlo de sus casillas, y que reviente. Me doy la vuelta, atravieso el comedor, torciendo después a la derecha, abro la puerta y entro. Observo intensamente a un Ian, con un simple bañador, dando brazadas estilo Cros de un lado a otro de la piscina. Me acerco sigilosa y me siento cruzada de piernas. Me quedo

encandilada viendo la agilidad que tiene para nadar y la resistencia que tiene. Miro el reloj, han pasado diez minutos y todavía no se ha percatado de mi presencia.

Con una sonrisa, picara, meto la mano por debajo de mi falda y me saco la ropa interior. ¡Abra que darle un incentivo! Cuando veo que da otra voltereta, cambiando el rumbo en mi dirección, las hundo en el agua y con movimientos suaves las paseó de un lado a otro. Como imaginé, sé para en el acto, se demora bastante para mi gusto en sacar la cabeza del agua.

- ¡Márchate ahora, sabes que odio que me molesten en mi entrenamiento. — Dice, todavía sin verme, debido a que está muy entretenido en quitarse el gorro y las gafas de bucear.

- Como quieras... Hablaremos después. — Le digo, melosa.

Al oír mi voz, alza la cabeza abruptamente, me mira como si estuviera viendo una alucinación. Sonrío con malicia, y me pongo en pie. El por su parte, sale de la impresión e impulsándose con las dos manos sale de la piscina. Al llegar a la puerta, ya lo tengo sobre mí.

- ¡Por qué Alessandro no me ha avisado!
— Grazna, mientras yo me encojo de hombros. - ¿Vas sin nada debajo de eso?
— Dice, cambiando el tono a uno ronco e incrédulo, señalando mi falda.

Queriendo comprobar lo que ha preguntado y sin permiso, pasa la mano por mis piernas, hasta llegar a mi culo. Se le escapa un gruñido, que me pone los pelos de punta. Pero como he practicado, para mantener mis emociones a raya, sé exactamente que este es el momento en que he de actuar. Le doy un manotazo, para sacar su mano de mi falda y después le doy un

empujón, mandándolo a dos metros de mí, acción que consigue que me lleve una mirada severa y de reproche. Levanto el dedo de mi mano izquierda hacia él, en una clara advertencia.

- Te quiero lo mas lejos posible de mí. Guarda tus sucias manos y esos besos falsos para tu querida novia. ¿Queda claro?

- Eso va a ser imposible nena. — Dice, clavando sus ojos en los míos. -

Llevo idea de casarme contigo, y aun más difícil, si haces esta clase de juegucitos.

Sus palabras me dejan tan fuera de si, que en mi cara se ha de mostrar el desconcierto que me ha causado. ¿De verdad cree que si quiera voy a valorar la idea de casarme con él? ¿Es que se le ha secado el cerebro?

- Nunca me casaría con alguien como tú.

Y menos después de que ayudaras a esa víbora a reírse de mí.

Me doy la vuelta, abro la puerta, pero su mano la vuelve a cerrar.

- Vete haciendo a la idea. — Dice, seguro de sus palabras. - Y como siempre sigues sin entender... Te di muchas señales, incluso aquella noche te di una muy grande, pero te has empeñado en girar la cara hacia otro lado. A cada una de ellas que te he dado, les has hecho oídos sordos. — Arqueo una ceja, hago memoria, pero ha mi mente solo regresa aquel estúpido día lleno de burlas. - Quieras o no, eres mía.

Salgo de mi abstracción, con esas simples palabras llenas de arrogancia y seguridad. No le contesto, salgo del lugar con altivez, dejándolo con las ganas de que le rebata. Ando tranquila hasta el salón.

Veo a Marcos y le hago un gesto de

cabeza, que entiende al instante.

Hora de cumplir mi segundo objetivo. Llegamos a la segunda planta, abro la puerta que tengo delante, entrando como si fuera mi cuarto. «En realidad lo es, igual que todo lo demás» Me digo con mofa. Abro las persianas y me arrimo a la cama.

- ¡Vamos rubia, mueve el culo! — Le grito.

- ¿Qué? ¡Tú! — Dice, al percatarse de a quien tiene delante. - ¡Sal de mi cuarto estúpida!

- La única que va a salir de aquí, eres tú. ¡Largo de mi habitación princesa de tres al cuarto!

Se me queda viendo con una mirada asesina, luego sonrío maléficamente. Casi me parece estar viendo a uno de esos payasos asesinos, que salen en las películas, con sonrisas demoniacas

exageradas. Alzo una ceja, a la espera de que se digne a mover el culo, de mi ahora cama.

- Marcos sácala de mi recámara. —
Demanda suave, pero autoritaria.

Marcos sonrío, se acerca, me rodea por la cintura, y deposita un beso en mi cabeza.

- Tienes cinco minutos Carina, para hacer lo que ha pedido. —
Advierte en tono firme.

La muñeca ficticia, le da una mirada como diciendo, «tú a mí no me das ordenes cretino», y plantándose en sus trece, se recuesta otra vez, tapándose la cabeza con la almohada, como si así fuera a conseguir que desapareciéramos. Marcos da un paso en su dirección, le pongo una mano en el pecho para detenerlo. Acata la orden, se cruza de brazos y espera. ¡Lo que voy a disfrutar con esto! Abro el armario.

¡Joder, que utiliza un vestido por día! Resoplo y me dedico a extraer la ropa. Una vez dejo todos los modelitos en el suelo. Miro a Marcos, le hago una señal para que le quite la almohada a la princesa creida, y así lo hace.

- ¿Quién te crees que eres? ¡Te vas a enterar cuando se lo diga a mi padre!

- ¡Que los quemen! — Ordeno, bajo la atenta mirada de la rubia. - Te lo he pedido por las buenas. Ahora será a las malas.

Marcos da unas ordenes, a los pocos segundos aparecen dos secuaces, que empiezan a recoger la ropa. La rubia sale disparada de la cama, como si le hubieran puesto cucarachas en ella. Mientras les sigo escaleras abajo, voy desternillándome de risa. Llegamos a la parte de atrás de la casa. Los secuaces van dejando todo en un rincón, mientras la rubia hace una pataleta, e intenta de todas las maneras salvar su ropa. Por

uno de los costados aparece otro matón, en compañía de Ian, que por la rapidez de ponerse algo, aparece vestido con unos vaqueros y una camiseta negra pegada. Deduzco que Marcos ha pedido que vinieran. Me cruzo de brazos, mientras el tercer matón coge a la rubia, y en sus brazos le impide cualquier movimiento, mientras está suelta, sapos y culebras por la boca.

Ian despacio se acerca hasta mí, colocándose a mi costado derecho.

Los matones cumplen su cometido, impregnando la ropa con un poco de gasolina, que ni sé, ni me importa de donde la han sacado, y encienden una cerilla que dejan caer sobre ella con gracia. Satisfecha veo como el montón arde. Por el rabillo del ojo, veo florecer una sonrisa en el rostro de Ian. Vuelvo la vista al frente, disfrutando con la escena de ver a la rubia histérica. Siento unos brazos rodear mi cintura, echo una

pequeña mirada hacia atrás, para toparme con una mirada azul intensa sobre mí. Me muevo para zafarme de sus brazos, pero insiste apretándome con más fuerza contra él, quedando mi cuerpo pegado al suyo. Me deposita un beso en el cuello, ante la mirada de todos los allí presentes. Mi mosqueo crece, al ser consciente que lo hace adrede, como queriendo dejar claro que soy suya, y el que se me acerque sé las verá con él. Disimuladamente le doy un pisotón con todas mis fuerzas, clavándole el tacón hasta el punto de que sienta un leve dolor.

En el acto sus manos desaparecen de mi cuerpo.

- ¿Te he hecho daño? ¡Qué torpe soy! — Digo, inocente, mientras le veo hacer una mueca para aguantar el dolor.

Me dirijo a la rubia. Enredo mi mano en su pelo, y lo sujeto con firmeza para que sus ojos de víbora no se aparten de los

míos.

- Te has metido con quien no debías. Mantente alejada de mi camino o te destruiré. — Le siseo, con saña.

- ¡Espera que mi padre sepa de esto! — Espeta furiosa.

Le doy un movimiento de cabeza a Marcos, y me doy la vuelta. Camino a pasos pausados, mientras Marcos da la orden de que liberen a la rubia. No me hace falta mirar hacia atrás, para saber lo que va a hacer.

Serena y paciente, espero hasta percibir su cercanía, en el momento justo, antes de que llegue a rozarme con su mano, me giro ligera con la mano abierta y la impactó en su cara con potencia.

Con la cabeza girada hacia el lado, al cual mi golpe le ha hecho girar bruscamente, se lleva una mano a la cara. Con aversión la veo girar la cara

lentamente hasta mí, por primera vez piensa y mantiene su boca cerrada. Me doy cuenta de que su cabeza está trabajando mucho más de lo que ella esta acostumbrada, me cuesta creer que su cabeza pueda entender algo más que no sea ella y sus caprichos, pero dadas las circunstancias, tiene que intentarlo, porque su cara refleja claramente, que aparte de que todavía no asimila lo que está sucediendo, tampoco lo entiende. Con aires de grandeza y a paso amenazante, me acerco a ella, no puede evitar dar un paso atrás, gesto que me hace regodear en mi interior.

- ¡Manada de idiotas hacer algo! ¿Qué esperáis? — Les grita, esperando que acaten su orden.

- Ja, ja ja, eres una mojigata. Aquí las ordenes ya no las das tú. ¡Mira a tu alrededor! ¡estás ciega! ¡Es tu casa, tus hombres! ¿Tan pocas neuronas, tienes como para no darte cuenta, que tengo

permiso de Alessandro? — Le abro los ojos para que deje de hacer el ridículo.

Sus ojos se abren, un brillo acude a ellos, y sé que esta a punto de echarse a llorar, y que ese brillo se debe a la fuerza y empeño que hace porque de sus ojos, no se escape lagrima alguna. Me vuelvo a dar la vuelta y sigo mi camino, dejando caer una última frase para rematarla.

- ¡Dónde las dan las toman!

Subo al que ahora es mi dormitorio, con una gran sonrisa, decido pasarme la mañana decorándolo a mi gusto, y eso es lo que hago.

Llegada la hora de comer, sigo sin querer salir. He cambiado las mantas de la cama, he colgado fotos de mi pequeño, he colocado mi ropa, incluso he limpiado el baño y he cambiado las cortinas. No tengo problema para hacer y deshacer a mi antojo, todo lo que pido

a quien se lo pida, me lo conceden. Valorando estoy si cambiar el color de las paredes cuando dan dos golpes en la puerta.

- Adelante.

- ¿Te esperamos para comer? —
Pregunta, Marcos con una sonrisa.

- No. Por favor, manda que me la suban aquí. Y que me traigan pintura azul pastel. No me gusta el naranja. ¡Qué mal gusto!

- ¿Alguna cosa más? — Pregunta,
solicitó.

- Ponme un pestillo en la puerta. — Casi
le ruego.

- Ja, ja ja. Y esa medida por quien es...
¿Carina o Ian? — Dice, juguetón.

- ¿Tu que crees? Una me quiere muerta y
el otro me quiere en su cama. Queda

claro que por los dos. ¿No?

Menea la cabeza de un lado a otro divertido, se da la vuelta y desaparece de la habitación. Resoplo. No sé cuál va a ser mi siguiente movimiento, ni como acabara todo esto, pero por hoy creo que fue suficiente escarmiento.

A las seis de la tarde, he acabado de pintar todas las paredes, me siento en el suelo cruzada de piernas y me miro. ¡Doy asco! No hay lugar de mi cuerpo que no este lleno de color pastel. Voy a levantarme, cuando el sonido de la puerta abrirse, me hace girar la cabeza.

- ¿No sabes llamar?

- ¿Por qué hay más pintura en tu cuerpo que en la pared? — Pregunta bromeado.

Me niego a reírle la gracia, así que me levanto como iba a hacer hace unos minutos y me dirijo al armario. Saco un camisón que me compre a propósito,

dejándolo sobre la cama. Me hago con una bata que también me agencie en el centro comercial.

Sonrío, al recordar que la elegí porque es muy parecida a la que use en Elba. Después abro el cajón de la mesita y saco un conjunto de lencería blanco, de lo blanco que es casi parece transparente. Por el rabillo del ojo, puedo ver como Ian me contempla con una mirada lujuriosa y traga saliva sonoramente. Atravieso la habitación, y me meto al baño asegurándome de pasar el seguro. Me doy una ducha especialmente larga. Espero que haya captado la indirecta y que cuando salga no este.

Me lio una toalla en el cuerpo y otra en el pelo. Suspiro y salgo.

UN ENEMIGO MAYOR.

- Márchate. — Murmuro.

- ¿Y perderme este espectáculo?

- No estoy para juegos. Vete. — Pido por segunda vez.

Voy hasta la cama ignorando la excitación que sale a raudales de su cuerpo. Bufo flojito. No me lo va a poner nada fácil. Me quito la toalla del pelo, me lo seco un poco por encima y camino hasta los pies de la cama. Ian me mira sonriente, como un depredador que esta a punto de capturar a su presa. Le doy una mirada dura, ahora mismo si mis ojos fueran cuchillos, el ya estaría en el suelo con dos o tres clavados y cubierto de sangre.

- ¡Dámelo!

- ¿El que? Especifícame porque no te entiendo.

- No seas imbécil. ¡Dámelo! — Demando, cada vez más cabreada.

Se pone de pie, su cuerpo casi toca el mío, posa una mano en mi muslo y lo acaricia. Le doy un manotazo, mandando su mano lejos de mi piel.

Aprieta la mandíbula, dejando claro que no le gusta que le rechace.

¡Que le den! Sonrío, ya se ira acostumbrando.

- ¿Esto es lo que quieres? — Dice, mostrándome mi braguita blanca colgada de su dedo. Hago ademán de arrebatárselas, pero las retira veloz. - Quiero un beso.

- ¡Qué! — Exclamo.

- Un beso. — Arqueo una ceja, sonrío y me dirijo a coger otro par. -

¡Cobarde! — Me detengo en el acto.

- No somos niños Ian. No va a funcionar. — Digo, mirándole de frente.

- ¿A que le temes? Un beso. — Dice, levantando un dedo, como si eso me fuera hacer cambiar de opinión.

- No.

- ¡Cobarde! ¿Temes no poder parar si tus labios tocan los míos?

¡Capullo! Sabe dónde ir a dar para conseguir lo que quiere. Muy bien,

¿Quiere jugar? Le demostraré que no significa nada para mí.

- Muy bien. Un beso Ian.

A paso seguro viene hasta mí, no nos separan ni tres metros y él hace que parezca que estamos a un kilómetro. Cuando se para delante de mí, no pierde tiempo, enreda su mano en mi pelo, haciéndome sentir un leve temblor en el cuerpo. Se agacha y voraz como el que no ha comido en siete días, devora mi boca saciando el hambre y las ganas que

me tiene, como si le hiciera falta sentir mi sabor. Por unos minutos me pierdo, me olvido de todo y me concentro en seguir los movimientos exigentes de su boca. No se dé que boca de los dos se escapa un gemido, en el mismo momento que lo percibo me aparto recuperando la cordura. ¡Devil! Me grito en mi interior. No puedo dejar que esto pase. Si solo se me llega a pasar por la mente él gana.

- Dámelo. — Susurro, todavía jadeante por el beso. - Ya has conseguido lo que querías...

No puedo seguir hablando, porque el idiota ataca mi boca otra vez, y esta vez lo hace más rudo y exigente. No puedo detenerle y tampoco sé si quiero hacerlo, con su boca sobre mí, mi razonamiento se esfuma.

Aprovechando que solo nos separa una nimiedad de tela, el bruto me carga en peso, su mano guía a mis piernas para que le rodeen y ellas de buena gana lo

hacen. Ese simple roce, hace que mi piel arda. Me pone de espaldas a la pared, y se mueve con ansias, sus movimientos de pelvis empiezan a ser una tortura, el calor es tan insoportable, que me acabo de bañar y al paso que voy lo tendré que volver hacer.

Nuestras respiraciones cambian y se vuelven irregulares, los jadeos se vuelven audibles y la excitación, sobrepasa los límites permitidos.

Dándome un pequeño tirón de pelo, deja mi cuello expuesto a su voluntad, como un vampiro que quiere desangrar a su captura, chupa sin descanso mientras sus manos se pasean libremente por mi cuerpo.

Tiro de su pelo, haciendo que regrese a mi boca, necesitando saciar la ansiedad que la fogosidad del momento está creando.

Nos detenemos al oír unos inoportunos

golpes. Nos miramos a los ojos, Ian sonríe y yo desvío la mirada al suelo. Con él es imposible, el fracaso siempre es mayor que el anterior. Me deposita suavemente en el suelo, y acerca su boca de nuevo, voy a girar la cara, pero intuyéndolo me la sujeta con las dos manos y me besa, tomándose con tranquilidad.

Segundos después, se aleja a lo sumo dos centímetros.

- Esto no ha acabado. — Me aclara.

La puerta se abre de sopetón, y ahoga en mi boca la réplica que en ese momento si le iba a dar el gusto de oír.

- Lo siento. — Se disculpa al ver en la posición comprometida en la que estamos.

- ¿Qué sucede? — Pregunta, sin hacer movimiento alguno por separarse de mí.

- Alessandro nos espera en el despacho. Dago esta que trina.

- ¿Quién es Dago?

Fulminante me da una severa mirada, dejando claro que no pregunte cosas que no me incumben.

- Avisa a Bruno. — Dice, alejándose de mí, y dirigiéndose a Marcos. -

Vistete, y no te atrevas a bajar. — Dice, dándome una leve, pero intensa mirada.

Se da la vuelta y los dos salen por la puerta. Corro veloz, abro y grito a todo pulmón.

- ¡No soy uno de tus matones, a mí no me puedes dar ordenes!

Para afianzar mis palabras doy un portazo, queriendo destrozar la puerta que no tiene ninguna culpa de que él sea un gilipollas. Decidida a pasarme sus

ordenes por el cogote, me visto a una velocidad desmesurada, sobre todo siendo yo una perfeccionista de la ropa y de la conjugación. Salgo escaleras abajo, en el primer piso hago memoria de que puerta es el despacho de Alessandro. Conforme me voy acercando, veo que la puerta esta entornada y que de ella salen claramente varias voces.

- Alessandro, dile a tus hombres, que dejen de tocarme los cojones. ¡El imbécil que tenéis al frente de la comisaría, se ha presentado, se ha llevado el cargamento y he perdido dos hombres! — Dice, el que supongo será Dago.

- Fiorenzo ha echó su trabajo. ¿Qué esperabas? ¿Qué ibas a jodernos los últimos transportes de wiski y te ibas a ir de rositas? ¡Llevas meses jodiéndonos! No sé quién es tu chivata para que siempre sepas nuestros

movimientos, pero en cuanto lo encuentre, no volverá abrir el pico. De eso me encargo yo. — Le sisea Ian.

- ¡Ese negocio era mío! ¡Os metisteis en medio y me lo jodisteis! ¿Y

ahora os quejáis de que quiera joderos? ¿Sabes cuántos miles he perdido por tu brillante idea? ¡Esos cuadros robados los tenía vendidos!

- Se te ha devuelto el golpe, que tu diste primero. Teníamos una tregua, tú te quedabas en tu territorio con tus negocios y nosotros en el nuestro.

Decidiste saltarte el convenio de paz que habíamos pactado. ¡Ahora sal de mi casa! — Le dice, de malas maneras Alessandro.

- Vale. ¿Queréis guerra? ¡Perfecto porque voy a buscar y encontrar la manera de haceros a un lado!

La puerta se abre de repente. Nerviosa porque me han pillado espiando, me quedo observando al hombre que me mira con sorpresa, tras unos segundos sonrío, y me da un repaso por todo el cuerpo. Tengo un segundo de debilidad y hago amago de cubrirme. Reaccionó con premura, dejando las manos al costado de mi cuerpo, sonrío imperturbable manteniendo mis ojos fijamente clavados en él, sin mostrar flaqueza. Aunque lo que quiero hacer sea ponerme capas y capas de ropa, debido a la mirada babosa que no se aparta de mí, como si fuera un delicioso pastel. Por la espalda del hombre moreno, veo aparecer a Ian, junto con Bruno y Marcos. El primero le da un leve empujón haciéndole moverse a un lado para pasar. Por la cara que lleva, sería mejor echar a correr que quedarme a su lado. Sé que es la opción más sensata, pero como no soy normal y la mitad de mi vida se rige por locuras, me cruzo de brazos y le miro desafiante.

- Te dije que no bajaras.

- Y yo te dije que no soy uno de tus matones.

Desviamos la vista los dos a la vez, al oír una risa ruidosa.

Desconcertada miro al tal Dago, Ian opta por girarse en su dirección, mientras se arremanga las mangas de la camisa.

- ¡A que esperas para largarte!

- Ian... Ian... — Canturrea, mi desconcierto se hace mayor. Ian sigue caminando hasta quedar pegado a su cara. - Cuídala... Yo que tu... No la dejaría sola.

De la nada aparece Alessandro con una cara no muy amigable, lo engancha de las solapas del cuello y lo estampa contra la pared.

- ¡Eso era una amenaza! — Le grita enfurecido.

- Ja, ja ja. Así que los rumores son ciertos. — Dice, devolviendo el empujón. Se recompone la camisa, y después regresa su mirada a mis ojos. - Sí. Es una amenaza. — Retoma su camino y riendo le veo desaparecer.

Mi cuerpo sigue temblando, no puedo evitarlo, la firmeza con que pronuncio la frase, y la forma en que sus ojos me gritaban, que no era una amenaza vana, me ha dejado en el cuerpo un presagio nada bueno.

- La quiero vigilada las veinticuatro horas si hace falta. ¿Queda claro?

- Bruno y yo nos encargaremos de ella.

- Que Gioliano se os una. No la quiero sola.

- Ian. Estará bien. — Intercede

Alessandro.

Cansada de que estén hablando y decidiendo sobre mí, como si no estuviera, cojo un jarrón que hay encima de una columna de decoración y lo estrello contra el suelo. Los cuatro se giran al escuchar el impacto.

- ¡Basta! ¡No me voy a quedar encerrada, no voy a salir a la calle seguida de tres esbirros y en mi habitación no se queda ni dios, mientras este durmiendo! — Aclaro, para que se den cuenta de que es mi vida de la que están disponiendo.

Dejándolos a los cuatro con la boca abierta, les doy la espalda, llego a mi cuarto y me recuesto bocarriba en la cama. Me paso las manos por la cabeza. ¡Esto es un caos! En la que me he metido por ser vengativa, justamente en eso tenía que parecerme al que es mi padre. Si me hubiera olvidado de todo, no estaría en este lio, ese tipo no sabría de

mí, y no habría podido amenazarme. Sé que lo dijo en serio, esta clase de gente, no se toma a la ligera una amenaza, tiene razón Ian en querer tomar todas las medidas posibles para protegerme. Pero si le dejo hacerlo, será una realidad y mi desesperación se hará evidente, y no sabré cómo controlar el miedo.

Un portazo me hace incorporarme, resoplo. ¡No puede darme un descanso! Se planta al costado de la cama, bufa un par de veces y a mí me dan ganas de reír, casi me parece estar viendo un caballo que no deja de relinchar. Me contengo de reírme a gusto, y me concentro en mirar el techo, y sacar de mi cabeza que Ian me recuerda a un caballo.

Como siga pensándolo, me va a dar la risa floja y haber que le contesto, cuando se le ocurra preguntar porque me rio, es que encima sería peor, porque si le sumamos sus ojos desconcertados a

los resoplidos que le salen como si fueran una enfermedad genética y no pudiera evitar hacerlo. Pues eso que al final conseguiría un Ian cabreado.

- Siéntate y escúchame. — Acato la orden. - Vamos a empezar por el principio a ver si tu cabeza lo entiende de una vez. — Asiento, no muy convencida de que me este llamando tonta. - La noche que me metí a tu cama... No sabía quién eras. Dos meses después tenía una carpeta en mis manos y ordenes de Alessandro para traerte. Ahí fue donde me entere de que eras la hija de Alessandro. Me he pasado diez meses, ideando el plan. Por plan me refiero, a que yo guie a Sebas para que contactara con Carina. Sabía que ella iría a por ti y yo podría evitar que te hiciera daño, pero también sabía que ante una burla y humillación, no te quedarías con las manos quietas. A no ser... Que no tuvieras manera de devolver el golpe. Todo te lo puse en

bandeja, para que creyeras que no sabía nada y que Marcos te estaba dando una información que yo no conocía.

Se queda callado, sus ojos no se apartan de mí. No muestro sentimiento alguno, no porque no los tenga, si no porque es imposible que en dos minutos asimile todo lo que ha salido de su boca. Me llevo la mano a la frente. ¡Ingenua, estúpida, e ilusa! Todo lo tenía bien atado para conseguir su propósito, y yo caí a la primera, no cuestione que de repente apareciera, no cuestione que la dejara ir y venir a su antojo, cuando su empeño era hacerme mal, no cuestione la actitud de Marcos cuando empezó a tratarme con cariño, que de repente sintiera pesar por mí, y que de repente me pusiera la información de la que disponía en bandeja, con la excusa estúpida de que el poder estaba en mis manos. Nunca lo he tenido, solo me han hecho creer que lo tenía para finalizar su plan.

- ¿Por qué aquella noche?

- Carina, aquella noche me dijo que quería que nos casáramos. Pase la tarde bebiendo, con la maldita voz de Carina en la cabeza y contemplándote mientras estaba allí sentado. Me canse de negarme lo que mi cuerpo hacia meses anhelaba. Alejarme de ti era lo mejor, y eso hice. Luego esa carpeta estaba en mis manos, y tú de vuelta en mi camino. Y decidi que te quería a mi lado.

- ¿Por qué no decirme las cosas de frente? Tuviste muchas oportunidades de decir la verdad.

- ¿Habrías aceptado entrar en este mundo sin motivos? ¿Exponiéndote al peligro por gusto? — Interroga, con una ceja levantada.

- No. Lo mas seguro habría salido corriendo en la dirección contraria, en cuanto lo hubieras soltado todo por la boca. — Le explicó con sinceridad.

- Ahora ya no importa. Lo que quiero que entiendas es que Dago sabe quién eres. No sé cómo, ni quien se lo ha dicho. Tenemos un operativo montado para dar con su soplón. Quizá en uno o dos días a lo mucho tres lo averigüemos. Bueno... Hace muchos años, los Romaní y los Colombetti eran uno, las dos familias juntas dominaban toda Roma, pero el poder y la avaricia se impusieron, Alessandro y Gael se dividieron, cada uno formó su sequito de hombres, sus negocios por separado y empezaron las disputas y las reyertas por ser el vencedor y dominar Roma. En uno de los enfrentamientos Alessandro mato a Gael, y paso a ser el jefe de los Colombetti Dago. Desde ese entonces Dago, Giorgio y Francesco, viven únicamente para vengar la muerte de su padre.

Hace otra pausa, respira hondo y continua hablando.

- Hoy en día como puedes deducir no lo han conseguido. El problema es que todo se acaba de agravar. Al saber quien eres, su objetivo directo vas a ser tú. ¿Lo entiendes?

- ¿Qué si lo entiendo? — Digo, lanzándome hacia él. - ¡Capullo, imbécil!

¡Me has puesto en peligro! — Grito dándole todos los golpes que puedo, mientras intenta atrapar mis manos.

- ¡No dejaré que te pase nada! Te lo prometo. — Susurra.

Me detengo, le contemplo y asiento con un movimiento de cabeza.

Confió en él, es extraño, pero lo hago, sé que llegado el caso me protegerá con su vida.

- Sindy... — Se calla tras meditar lo que iba a decir. - Mira, quizás fue un error

de nuestra parte traerte aquí. Pero Alessandro te necesita... Y yo también. Te lo dije en su momento y te lo repito hoy. Solo tuyo.

Arrugo el entrecejo, le observo mientras trato de ver en sus ojos lo que me está queriendo decir. Puede que lo este diciendo alto y claro, pero mi entendedora por hoy no da más de sí. Me abraza sonriendo, sé que esa sonrisa es debida a mi careto de niña bobba que tiene las cosas delante y no las ve.

- Mi corazón solo es tuyo. — Me dice, en un susurro ronco que me hace estremecer de pies a cabeza.

DEJANDO LAS COSAS CLARAS.

El viernes por la mañana, me levanto dispuesta a culminar mi segundo propósito y darle otro golpe de orgullo a la rubia. Han pasado tres días desde que el tal Dago salio de esta casa, no he querido darle más vueltas y simplemente

he aparcado el tema a un lado. Total para que comerme la cabeza y llenarme de miedo, si igualmente lo que ordeno Ian ha sido acatado, sin dejarme derecho a replicar. Desde hace tres días, los tres sabuesos de Ian me siguen a todas partes y mientras estoy en la casa, se mantienen distantes, pero siempre en guardia. El único momento del día, que no siento miradas sobre mí, y dejo de sentirme agobiada y atosigada es cuando me encierro por las noches en mi dormitorio, que aunque Ian ha intentado de todas las maneras que hay y por haber para ser él, el que esté toda la noche al pendiente de mi vigilancia, no lo ha conseguido y a todas me he negado con un contundente no.

Con un camisón celeste, y encima la bata a juego, bajo a desayunar. Mi sonrisa se acrecienta al entrar al comedor y ver a todos sentados a la mesa. Tomo asiento en uno de los puestos libres y espero a que la mujer del servicio prepare mi

café y deje una tortita en mi plato como cada mañana. Jugueteadando con el tenedor y el cuchillo, veo como Ian le da un mordisco a su tostada.

- ¿Quieres dormir a partir de hoy en mi cama? — Suelto, como si fuera normal hablar de este tipo de cosas en la mesa.

Ian se atraganta con el cacho pan, traga y busca su taza de café, para terminar de pasar el pan por su garganta. Con una sonrisa inocente, espero su respuesta, mientras la rubia postiza me mira con mala leche.

Por el rabillo del ojo, me parece ver en su ojo un pequeño tic, mi sonrisa crece un poco más. Me gusta este juego, no hay precio, ni premio mejor que mi satisfacción de ver como le toco la vena sensible.

- ¿Es a mí? — Pregunta, tras un enorme silencio.

Miro Alessandro que sonrío abiertamente sin querer evitarlo, después miro a Bruno, en mis labios aparece claramente una mueca de rechazo, paso a Marcos, mi mirada se suaviza y en mis labios es imposible esconder la sonrisa, debido al afectuoso cariño que le he cogido.

Regreso la vista a los ojos esperanzados que no me quitan ojo y que siguen todos mis movimientos, una clara señal de que necesita confirmar de mis ojos lo que dice mi boca.

- ¿Ves alguien más que me interese meter en mi cama? — Digo, acercándome un poco a él, por sobre encima de la mesa.

- Marcos. Manda que lleven mis cosas a su dormitorio.

Sonrío eufórica, por mucho que me lo niegue y me mienta diciendo que lo hago por fastidiar a la tetona de silicona, en mi fuero interno sé que no es así, que lo

hago porque me gusta, porque lo quiero cerca de mí y porque desde hace tres días anhelo sentir sus besos otra vez.

- ¡Ian te olvidas que tu novia soy yo!

Ian me da una media sonrisa y me mira como diciendo, «sí, es tonta».

Me encojo de hombros y poso mi vista en la rubia desinteresadamente.

- Me parece chica que te has quedado sin novio. Quizás deberías buscar alguien... Que este a tu altura. Quizás... A alguno de los guardas les intereses. — Digo, con malicia.

Consigo el efecto esperado, cuando la rubia se levanta de la mesa y mirando a Ian se cruza de brazos.

- ¿Ian? — Llama en un tono, que deja claro que espera una respuesta y explicación.

- Carina hace mucho que dejaste de interesarme. Estás tan centrada en ti y en tus caprichos, que no te has dado ni cuenta que mi elección estaba hecha. Pero ya que quieres que te lo deje claro... Siempre ha sido ella.

Para afianzar sus palabras y que le quede claro de una vez, se levanta, se inclina sobre la mesa y me planta un beso, que un poco más y me deja sin aire, si no es porque segundos después se aleja despacio, me sonrío y se vuelve a dirigir a la rubia.

- ¿Alguna prueba más? — Le espeta.

La rubia no pierde la compostura y sale del salón con la clásica característica de ella, rebosando grandeza, orgullo y altivez.

- Cancélale las tarjetas Marcos. Y que cuando aparezca alguien la espere en la puerta con sus maletas. Que se encargue de que desaparezca de esta casa. —

Ordeno firme.

Marcos no pierde el tiempo, coge el portátil, y mientras tomo el desayuno, hace lo que le he pedido.

- Ya esta. — Dice, con una pequeña sonrisa. - ¡Aanisa! — Llama alzando la voz, la mujer de unos cuarenta años aparece segundos mas tarde. - Recoge todas las pertenencias de Carina y déjalas listas en el portal de la calle.

La mujer asiente, sale a paso apresurado a cumplir lo que le han demandado. Me levanto habiendo terminado mi café, con lo bien que ha salido todo, decido tomar un descanso. Antes de que pueda dar un paso fuera del salón, Ian ya está pegado a mí. Me deposita otro beso, un beso que me sabe diferente, que es suave y me hace flotar en el aire.

- ¿Dónde vas nena? — Pregunta tras separar sus labios de mi boca.

- A estrenar la piscina dándome un chapuzón. — Sonríó coqueta.

Ian me mira de arriba abajo varias veces, sonrío y termina preguntando en mi oído, la pregunta de la cual ya sabe la respuesta.

- ¿Llevas bikini?

- Ja, ja ja. Que más da si lo llevo o no. Daré la orden de que nadie me moleste... — Susurro, para que solo él pueda oírme, dejando la frase sin terminar, para que el resto lo haga su imaginación.

Lo dejo en medio del salón, una vez llego a la piscina, me deshago de la bata, no me da tiempo a quitarme el camisón, cuando Ian ya esta detrás de mí, y ansioso se deshace de él.

- Te he echado tanto de menos.

Sonríó en sus labios un segundo antes de que se apoderen de los míos.

Con suaves caricias, pasea las manos por toda mi piel dejando un reguero cosquilleo por todo mi cuerpo. Nos besamos minutos que parecen horas, ninguno quiere separarse del otro. Como es lógico, no llego a tocar el agua, ni siquiera me doy un chapuzón rápido, pero si nos recostamos en el suelo y entre besos, caricias y una pasión lujuriosa yacemos hasta saciar todas las ganas que nos tenemos.

Recostados todavía sobre el suelo, contemplo la espalda de Ian, mientras le prodigo de caricias. Me quedo observándole embobada como una chiquilla. Mirándole intento averiguar o más bien descifrar como puede ser posible que se haya clavado tan dentro de mí, al punto de sentir dolor en el corazón. Sigo acariciándole, mientras tranquilo respira suavemente, es hipnotizante verle tan relajado, sin preocupaciones, solo disfrutando de un momento de paz.

- ¿En qué piensas? — Interrumpe mis pensamientos. - Deja de mirarme de esa forma, si no hoy no salimos de aquí. — Asevera.

- No pienso nada diferente de otra mujer que esta enamorada.

¡Mierda! Tan ensimismada estaba observándole que mi boca ha hablado antes de pensar lo que estaba diciendo. Ian se incorpora, me agarra de la nuca y tira hasta pegarme a su cara. Me muerdo el labio, y dudosa no sé dónde fijar mis ojos. En los suyos está claro que no, suficiente acabo de meter la pata, para que encima lo corrobore con mis ojos. ¡Dios como puedo ser tan bocazas!

- Mírame. — Demanda en ese tono ronco, que me es difícil obviar. -

Repítelo.

- Ian... Yo no...

- Repítelo. — Pide otra vez, casi parece una suplica, que una orden.

- Enamorada Ian. — Claudico. - Te quiero desde hace tanto... Que ya no sé ni cuando fue la primera vez que me di cuenta de que te amaba.

Me besa en la frente, después los ojos, luego en la cara, después la boca y finaliza dándome un beso en la nariz, con una sonrisa que le llega de oreja a oreja.

- Nena... Tú lo eres todo para mí. ¿Sabes el infierno que pase cuando vivíamos juntos? ¿Cuándo te imaginaba en la ducha desnuda? ¿Cuándo te miraba y tenias una pequeña mancha de café, chocolate o comida y yo quería limpiarla con mis labios? ¿Cuándo te quedabas dormida en el sofá y quería recostarme contigo y abrazarte en mis brazos?

¡Jodidamente mal, nena! Te lo repito y

no me cansaré de hacerlo. Mi corazón solo es tuyo. Es por ti que late y es por ti que sabe lo que es querer y amar, hasta el punto de llegar a morir de sufrimiento si no estas a mi lado. Nena, solo es tuyo y nadie puede hacer que lata, como lo haces latir tú.

Me lanzo a sus brazos, comiéndomelo a besos, mi corazón casi se detiene al escucharle tan preciosa declaración. Mis latidos siguen retumbando a una velocidad desmesurada, y la sonrisa nace sola, aunque quisiera dejar de hacerlo no podría. Ian ha echó que se me implante en la cara una sonrisa parecida a la que se te pone cuando te pasas con el botox y tienes paralizada la zona de la mandíbula.

- Te quiero. — Digo, sin miedo por primera vez, recostada sobre su cuerpo.

- Te quiero nena. Nunca lo olvides... Solo tuyo.

Acudo al encuentro de su boca, con una felicidad que hacia mucho no sentía. Unos golpes nos hacen salir de nuestro pequeño paraíso. Ian mira la hora, resopla, pero en ningún momento deja de sonreír.

- Nena, ponte la bata.

Lo hago, a la vez que Ian va hacia la puerta, echa la vista un momento hacia atrás, para asegurarse que no se me ve nada, y tranquilamente abre la puerta.

- Carina esta en la puerta montando una escena.

- Vamos para allá. — Le informa Ian.

Salimos cogidos de la mano, dejando claro al todo el que nos mire, que estamos juntos, que tras tantos tira y afloja, discusiones, piques, coqueteos, provocaciones y negaciones hacia nosotros mismo de lo que sentimos el uno por el otro, por fin afrontamos

nuestros sentimientos, y queremos hacerlo unidos. Llegamos a la puerta de entrada y Alessandro, Bruno y Marcos discuten acaloradamente con Carina. Los ojos de la rubia se percatan de nuestra presencia, y su cara se vuelve agria y esa expresión se acentúa cuando ve nuestras manos entrelazadas.

- ¡Te habrás quedado a gusto! ¡Me lo has quitado todo! ¡Ni siquiera a mi padre le importa que sea su hija!

- Te advertí, que donde las dan las toman. Y yo solo estoy tomando posesión de lo que es mío. — Le digo, despreocupada, por el berrinche que está armando.

- ¿De qué hablas? — Dice, reflejando su cara lo mismo que sus palabras. Desconcierto.

- Carina... — Media Alessandro. - Sindy es mi hija. Tiene todo el derecho de hacer y deshacer como le plazca.

- ¿Mi hermana?

- Carina. Yo solo he tenido una hija. —
La cara de Carina pierde todo rastro de color. - Tú llegaste a esta casa porque una muchacha del servicio se quedó embarazada de Gael. La muchacha murió en el parto y Gael se desentendió por el simple echo que no eras varón. Con tu llegada, vi la oportunidad de proteger a mi hija. Y al igual que me diste la oportunidad de protegerla, me la diste para hacer que regresara a mi lado. Estar separado de ella, ver como crecía con mi hermano como padre, verla crecer de lejos, no poder reír con ella, conformarme solo viéndola por un par de horas, sin siquiera poder darle un abrazo es lo mas duro que un padre puede vivir. Por eso mande que la trajeran, porque me he perdido tanto de ella, que ahora quiero disfrutar el tiempo que me quede con ella y con el nieto que ya tengo y los que vengan.

Las palabras de mi padre, hace que acudan lagrimas a mis ojos, siempre ha estado al pendiente, siempre ha tratado de hacer lo mejor para mí, de protegerme aun arriesgo de sufrir, y dispuesto a mantenerse lo más lejos de mí. Llorando a mares, me suelto de la mano de Ian y me abrazo a mi padre. Sorprendido por mi arrebató, y porque es el primer abrazo que le doy, tarda unos segundos en asimilar que es su hija quien le abraza con todo el corazón puesto en ese abrazo. Me rodea con sus brazos y me achucha fuerte contra su pecho. Suspira aliviado, deduzco que debido al abrazo que le estoy dando y que seguro esperaba con ansias que le diera.

- Gracias, papa. — Digo, retirándome lo justo para ver su mirada. Sus ojos brillan de orgullo y dicha, por escuchar de mis labios nombrarle como lo que es, «mi padre». - Gracias. — Digo, repetidas veces, agarrada a su cuello,

como una niña pequeña.

Me separo de mi padre, y me uno a Ian, me pasa el brazo por los hombros y me apretuja a su cuerpo. Su cara dibuja una sonrisa preciosa, de esas que si te dan de frente, te deslumbran y corres el riesgo de perder la cordura. En mi caso no es problema, hace mucho que la perdí por esa sonrisa, ahora soy inmune a sus efectos. «No te lo crees ni tú», me digo con sorna.

- Vete Carina. — Demanda mi padre. -
Tu lugar ya no está aquí.

Carina se va sin volver abrir la boca, una vez antes de subirse al taxi que le ha pedido Bruno, echa la mirada sobre el hombro y muestra una pequeña sonrisa triste, que ni le llega a los ojos, ni le ilumina el rostro.

Un halo de remordimientos pasa por mi cabeza, desecho a un lado esos pensamientos porque sé, que he hecho lo

que tenía que hacer, y aunque le hubiera brindado una oportunidad, ella la habría tirado a la basura, simplemente por haberle quitado lo que ella mas apreciaba,

«Ian». Por esa razón no habría funcionado, todo el mundo sabe de lo que es capaz una mujer desechada y rechazada. Siento un beso en mi mejilla, gesto que me hace despertar del mundo de los razonamientos.

Giro la cabeza, le doy una sonrisa pequeña, pero una sonrisa, y después le doy un beso suave, dulce y cargado del mas puro amor.

- Sindy... Os espero en el despacho a los dos.

CONFRONTACIÓN.

Sentados en el despacho de mi padre, espero paciente que empiece a hablar, mientras jugueteo con la mano

entrelazada de Ian. Mi padre se toma su tiempo en ordenar unos papeles y después guardarlos. Cuando termina nos mira de uno a otro. Apoya los codos en la mesa, y entrelaza los dedos de una mano con los de la otra.

- Me alegro de que hayáis arreglado vuestras diferencias. ¿Recuerdas que te dije, que cuando terminara esto te pediría algo? — Asiento temerosa. - Bien. Quiero que te cases con Ian.

Me levanto como un resorte al escuchar la petición de mi padre. ¡Le voy a descuartizar! ¡Gilipollas! ¡Eso era lo que él ganaba! La verdad me golpea duramente, cuando dirijo mi vista a él, y veo como desvía la vista de mí, centrándola en sus manos que no deja de manosear en un gesto nervioso. Como no lo pensé, tonta de mí creyendo en amor, y el pensando en todo lo que ganaba casándose conmigo. No tiene nada que perder y si mucho que ganar, el será el

jefe, lo controlara todo y aparte me tendrá a mí todas las noches en su cama.

- ¿Algo que decir? — Pregunta, mi padre.

- Sabes que no. Te di mi palabra. — Digo, con amargura.

- Pon una fecha. — Exige mi padre.

- Ah, no. De eso nada. Aunque sea una obligación, soy mujer, y quiero las cosas bien echas. — Me pongo delante de Ian, porque lo siguiente a decir, va expresamente para él. - Acepto casarme contigo. Pero... ¡No habrá fecha hasta que me lo pidas en condiciones y me pongas un puto anillo delante!

- ¿Eso es todo? — Pregunta burlón.

Se levanta, se arrodilla y saca una pequeña caja de su bolsillo. Sonríe y yo lo unico en lo que puedo pensar, es en darle un guantazo y borrarle la sonrisa

prepotente de la cara.

- ¿Te casaras conmigo nena? — Dice, sacando un anillo de oro liso, con una perla y colocándomelo. - Pon fecha. — Demanda, más exigente que mi padre.

Miro a Ian en trance, mientras él espera expectante, desvio la mirada hacia mi padre que sonrío, supongo por ver como se las gasta su futuro yerno. ¡Pues va a ver como se las gasta su hija! Sonrío, y alzando mi pie le doy un empujón que le hace hocicar en el suelo de culo.

- ¡Cuándo te mueras! — Grazno, furiosa.

Le paso por el lado y corro escaleras arriba, no me detengo hasta llegar al segundo piso, que es donde queda mi dormitorio. Me encierro en él, queriendo conseguir una paz que no llega y que busco en vano. La puerta se abre de golpe y se cierra con el mismo ímpetu. Me giro sabiendo quién esta detrás de mí.

- Sindy a pesar de lo creas o pienses quiero casarme contigo. — Aclara molesto.

- ¿Cómo no Ian? Si de esa forma te haces con todo. ¿No?

- Mira no te voy a negar que en un principio si lo vi así, y le puse como condición a tu padre casarme contigo, para traerte de vuelta. Pero ya no. Me importa poco el dinero, el poder y todo lo que con lleva. Quiero estar contigo y dar ese paso porque te quiero...

- Muy bien. Renuncia a todo. — La frase sale de mi boca, antes siquiera de entender lo que estoy pidiendo.

- ¿Eso es lo que quieres? ¿Te das cuenta de que para eso tengo que renunciar a ti? No sé si lo has pensado, pero yo soy solo la mano derecha de tu padre. Solo casándome contigo tendría el poder. —

Espera, como queriendo que diga algo.

Resopla resignado antes de continuar. - Muy bien Sindy... Renuncio a ti, y a estar contigo, porque solo de esa forma estoy renunciando a todo. — Dice, derrotado.

Mi pecho se comprime, y siento un dolor agudo en él. Ian sale de mi dormitorio sin volver la vista atrás. Me quedo recordando durante minutos, la cara derrotada de Ian. Nunca lo había visto devastado, verle de esa guisa sabiendo que es un hombre altivo, arrogante y orgulloso, hace que a mis ojos acudan varias lágrimas, que de ninguna manera puedo evitar que caigan. Sus palabras dichas a la fuerza, como si una mano rodeara su garganta y hubiera tenido que ir despegando dedo por dedo de su piel, para poder hablar y dejarlas salir, su mirada perdida mirándome, pero sin estar viéndome, el leve dolor que se percibía en el sonido de su voz, y que con dignidad ha intentado ocultar, me hacen pensar y reconsiderar si me estaré equivocando y de verdad me quiere.

Sobre las ocho y media una muchacha del servicio, viene a avisarme de que me esperan para cenar. Me armo de valor y bajo. Al llegar al salón mi alma se cae a pedazos. ¡Va en serio! Me siento en el lugar que suelo ocupar, mientras de reojo veo a Ian al otro lado de la mesa entretenido con su móvil. No levanta la cabeza en mi dirección, no sonrío, y ni siquiera me da un simple saludo. Me quedo esperando que diga algo, que se cambie de lugar y se coloque como todos los días enfrente de mí, mis ilusiones se van a pique cuando sirven la comida y se pone a conversar con Bruno como si yo no existiera. ¿No es lo que quería?

¡Pues ya lo tengo! ¿Entonces porque me pican los ojos como si en cualquier momento me fuera a echar a llorar? ¿Por qué me duele que no me dé siquiera una leve mirada? ¿Por qué mi corazón se aflige porque no se me acerca? ¡Dios mío! Esta situación la he liado yo, el

sufrimiento y desolación que estoy sintiendo es por mi cabezonería y por ser una orgullosa, que no sabe cómo decir que se ha equivocado, cuando ha cometido el mayor error de su vida.

No quiero que se aleje, no quiero que renuncie a mí, y por nada del mundo quiero que deje de quererme. ¡Quiero casarme con él! Un pequeño sonido me hace levantar la cabeza, encontrándome con una mirada ceñuda sobre mí. Desviamos a la vez la vista hacia el pequeño sonido repetitivo. Marcos saca el móvil y se lo lleva a la oreja, su mirada se vuelve dura conforme va escuchando a la persona que esta al otro lado. Finaliza la llamada, mira a mi padre y después a Ian. Los dos a la vez se ponen en pie.

- Dago les ha tendido una emboscada a los Mancini en la Via di S.

Giovanni in Laterano. Interceptando el cargamento de M&P®9 SHIELD, que

llevaban al almacén que tenemos en Ostia.

- ¿En el Ludus Magnus? ¡Está loco! —
Exclama, mi padre incrédulo.

- Hay que darse prisa. En menos de media hora, él Ludus Magnus y el Coliseo se llenara de coches de policía. —
Avisa Ian.

- Además, que hay que evitar que se lleve nuestro camión, con ese cargamento de armas perderíamos más que en los otros cargamentos.

— Informa Bruno.

Salen del salón, sin reparar en mi presencia, les sigo por curiosidad, bajan por la puerta de al lado de la cocina, llegando al garaje subterráneo. Sigo sus movimientos sin perderme detalle de lo que hacen.

- Marcos organiza dos grupo de veinte

hombres. — Dice, Ian mientras pulsa un botón, y una pared se abre hacia el costado derecho.

- ¡Madre mía que pensáis hacer una matanza! — Sale mi voz sola, al ver armas de todo tipo de clases.

Ian se da la vuelta, por fin me ve de pies a cabeza. Se acerca me coge por el brazo y me saca casi arrastras del lugar. Me hace detenerme en el salón.

- Cuatro hombres se quedaran contigo. No te preocupes. ¿Vale?

- ¿Que no me preocupe? — Mi voz sale casi en un chillido. - ¡No quiero que vayas! ¡No quiero que corras peligro! — Digo, casi al borde del llanto.

Ian sonrío y me abraza, me agarro a su cintura queriendo retenerlo todo lo que me sea posible. Pensar donde va y armado hasta los dientes me hace pensar en lo peor y sentirme muy mal.

- Nena. Tenemos que ir. Dago sabe que los Mancini son nuestros mayores aliados y si les dañan lo suficiente estarán resquebrajando y debilitando a los Romaní. No sucederá nada. Tus tíos y primos ya han salido para allí. Por lealtad a ellos no podemos dejarles solos en esto.

¿Lo entiendes nena?

Asiento, porque por mucho que le rebata, no servirá para nada. Su lealtad para con los demás es lo más grandioso que le hace ser, y le admiro por ello aunque no me guste, y aunque sienta en mis entrañas un miedo aterrador. Me da un suave beso en la cabeza y se aleja haciendo el mismo camino por el que entramos.

- Ian. — Le llamo antes de que desaparezca escaleras abajo. Se gira para unir sus hermosos ojos a los míos. - ¡Mas te vale que regreses sin un rasguño, quiero celebrar una boda, no un

funeral!

- Nena, solo por eso. Te prometo que volveré sin un pequeño roce. —

Dice, sonriendo siguiendo su camino.

Cinco minutos después sigo caminando de un lado a otro del vestíbulo, asomándome cada poco a la ventana y mordiéndome las uñas cada pocos minutos. Algo en mí no está bien, tengo un pequeño hormigueo, una sensación de que algo va a suceder, como si mi corazón intentara avisarme de algo. «Estará bien, no estoy acostumbrada a este tipo de situaciones, solo es eso», me digo soltando varias veces el aire, para relajarme y dejar de pensar en situaciones desastrosas. Me vuelvo a asomar a la ventana. El cuerpo me da como un espasmo, que me deja clavada al suelo, escucho con atención, el mismo sonido atronador de hace dos segundos llega de nuevo a mis oídos. Miro hacia afuera con más insistencia, dos

muchachas del servicio corren por el jardín escondiéndose en unos arboles. «¡Algo va muy mal!» Me grita mi instinto.

La puerta se abre y uno de los hombres de Ian entra buscándome con desesperación. Llega hasta donde estoy, me coge del brazo y tira de mí para que le siga, corremos escaleras arriba, en la tercera planta, nos encierra en una de las últimas habitaciones, me guía hasta el cuarto de baño y me pide silencio.

- Ellos están aquí. He avisado a Marcos y a Bruno, no tardaran en informar a Ian. Resista hasta que lleguen.

Se da la vuelta y cierra la puerta. Me quedo mirando la puerta sin saber qué hacer. No sé lo que tardaran en llegar, pero si tengo claro que he de pelear. No pasa mucho rato, cuando percibo abrirse la puerta y dos sonidos esclarecedores para mí. «Dos disparos» ¡Joder y como me defiendo contra un arma!

- Mirad en el baño. — Ordena una voz que claramente distingo como la de Dago.

La puerta se abre, y una sonrisa crece en la cara del hombre que me mira como si hubiera encontrado una golosina.

- ¡Muévete!

- ¡Mátame si quieres porque no lo are!

- ¡Dago, la chica nos ha salido con dos pares de narices! — Dice, riéndose, con una sonrisa de esas que te erizan todo el bello del cuerpo.

Viene hacia mí, estira el brazo para cogermme, me revuelvo y aprovechando su aturdimiento le doy una patada en el costado y un puñetazo en la boca. Salgo corriendo antes de que se le pase la impresión de que una mujer le haya zurrado, y se le ocurra disparar y matarme. ¡Joder! ¿No podía ser fácil?

Al salir, me topo de frente con Dago y otro tío, con los brazos levantados y apuntándome. El tercero sale del baño, y se pone a mi espalda. Me quedo muy quieta, no tengo muchas opciones, y menos en un tres contra uno.

- ¡No veas la niña el puño que tiene! — Exclama el que se ha llevado el puñetazo, poniéndose a la altura de los otros dos.

- Vaya preciosa. No sabía que te habían enseñado tan bien.

- ¡Deja eso y si quieres te lo muestro mejor! — Espeto inconscientemente.

Sonríe maliciosamente, repasándome todo el cuerpo con la mirada.

Pensándolo bien, quizás no haya sido mala idea soltar lo que pienso.

Tengo que ganar tiempo, que en pocas palabras es lo que me pidió el hombre

que está tirado en el suelo, al lado de la cama con un tiro que claramente se ha llevado en la boca del estómago.

- Muy bien. ¡Divirtámonos un poco! — Dice, pasándole el arma a uno de los otros dos. - Venga preciosa, da tu mejor golpe. — Me dice, moviendo las manos, alentándome a que empiece.

Segura me planto enfrente de él, suelto una patada que detiene con un movimiento de la mano. Con agilidad y una experiencia de la que yo carezco, rodea mi tobillo con rapidez y evita que me dé tiempo a poner la pierna en el suelo. Da un fuerte tirón haciendo tambalear mi equilibrio, y mete el pie por entre mis piernas para tumbarme. Muevo el puño veloz y lo impacto de lleno en su cara, antes de tocar el suelo con mi espalda. Se me escapa un aullido de dolor, debido al impacto. Se pone ahorrajadas sobre mí, deteniendo con soltura cada golpe que intento

propinarle, cuando su mano se enreda en mi pelo y tira con fuerza, suelto otro grito que le hace reír como un animal. Afloja un poco su agarre, y pone su cara pegada a la mía.

- Se acabó el juego, fierecilla. — Se acerca más a mí y aspira con fuerza. - Me divertiré mucho con esa fiereza tuya, cuando te tenga en mi cama... — Susurra en mi oído.

Se retira para contemplar en mis ojos, la reacción que han causado sus palabras. Le miro con rabia y repulsión, antes de sonreír y lanzarle un escupitajo dándole de lleno en la boca.

- ¡Eso es todo lo que vas a probar de mí!

Me da un bofetón que me hace girar bruscamente la cara, vuelve a darme otro tirón de pelo, más fuerte incluso que el anterior.

- ¡Evítalo si puedes! — Sisea, antes de

estampar su boca contra la mía.

Cierro la boca todo lo fuerte de lo que soy capaz, descontento porque no consigue que abra la boca para él, tira más fuerte de mi pelo.

Exasperado porque no consigue doblegarme, se retira, se levanta, y me hace ponerme de pie de malas maneras. De los pelos me arrastra escaleras abajo, le propino puñetazos mientras los otros dos se ríen detrás de nosotros. Sigo resistiéndome, negándome a caminar y retrasando lo que tengan pensado hacer. ¡Tengo que aguantar! Repito sacando fuerzas de donde ya no me quedan.

- ¡Maldita zorra! — Grazna cabreado, a la vez que me suelta el pelo, me da un bofetón y me hace rodar la mitad de los escalones que quedan hacia abajo.

¡Joder! Me llevo la mano a la frente, y con la otra me agarro el costado

izquierdo. De mi cabeza empieza a rodar sangre, y el costado me duele con intensidad. No sé cómo todavía no me he desmayado, y en este momento creo que es lo mejor que me podría pasar. Dago se acerca amenazador, sin miramientos me pone en pie, obviando la mueca de mi cara y los gemidos de dolor que salen de mi boca. Me llevan hasta el garaje, y me da un empujón haciéndome chocar contra la pared. Me palpo la frente, mientras les veo sacar unas cuerdas. La sangre de mi cabeza ha remitido, suspiro de alivio, no es una herida de gravedad.

- ¡Atadle los pies juntos, un brazo a ese lado de la columna y el otro a la otra!

Acatan la orden de seguida, doy puñetazos y patadas, pero mis fuerzas escasean y los golpes son inseguros y lentos. Me llevo otro golpe en la espalda, cuando me arrinconan en la pared y aprovechan el insufrible dolor

de ventaja, para amarrarme las muñecas, luego amarran mis piernas y terminan por finalizar la orden rodeando las columnas con las cuerdas. De pie, con las piernas atadas y los brazos estirados amarrados a la columna, bajo la cabeza, rindiéndome a lo que tenga que venir.

- Si vas a matarme, hazlo ya. —
Murmuro.

- No preciosa. Para ti tengo otros planes. Hoy solo es una advertencia para Ian.

Se acerca, me levanta la cabeza y vuelve a besarme, consiguiendo esta vez que su lengua entre en mi boca y degustarla a su antojo. Se aleja con una sonrisa en los labios, mientras yo vuelvo a bajar la cabeza.

- Ves como no es tan difícil coperar.

Alzo la cabeza temerosa, para ver como uno le entrega algo a Dago, y se acerca

otra vez a mí. «Estoy perdida» ¿Por qué no llega? Ya debería estar aquí, tendría que estar evitando que el malnacido que tengo delante, me este causando daño. Mis esperanzas desaparecen cuando siento un metal punzante en mi cuerpo, abro los ojos expectante y atemorizada, mi cuerpo empieza a temblar visiblemente. Dago, rasga mi camiseta haciéndola pedacitos con sus manos, con el cuchillo que ahora si lo veo claramente, se deshace de mis pantalones rajándolos por los costados de arriba hasta abajo. Atada y tapada por mi simple ropa interior, vuelve acercarse sonriendo y relamiéndose los labios.

- Te aseguro que disfrutaré cuando tenga ese bonito cuerpo a mi merced. — Dice, algo ronco por la lujuria. - Pero hoy... — Dice, paseando el cuchillo por mi estómago. - Solo tocaré tu cuerpo para dejar un mensaje.

Saca algo, alargado, y redondeado, confusa lo miro. Me lo muestra, sonrío y yo suspiro. ¡Gracias! Clamo al cielo aliviada de que no piense matarme. Por lo menos hoy. Destapa el rotulador, y se pone a escribir en mi estómago, cuando finaliza sonrío satisfecho. Hace un movimiento de cabeza y los otros dos se esfuman. Con una tranquilidad desmesurada, como si tuviera todo el tiempo del mundo, me coge la cabeza impidiendo que separe mis ojos de los suyos. Me besa y pasea las manos por mi cintura, con una calma que hace que mi cuerpo tiemble más que antes.

- Nos vemos preciosa. Y la próxima vez... Si seras mía. — Amenaza al alejarse.

HUYENDO DEL PELIGRO.

Me parece que ha pasado una eternidad, cuando la puerta del garaje se abre y entran tres coches. No quiero saber de lo que será capaz Ian, toda yo dejo

mucho que desear. La brecha de mi cabeza palpita fuertemente haciendo que me duela la cabeza, el costado anda por el mismo camino y la postura en la que estoy no me ayuda a aliviar el malestar, los brazos me pesan como si llevara horas aguantando una bombona de butano en cada mano, y para empeorar la situación, desnuda y con una frase escrita en la barriga, que todavía no he podido ver y que va dirigida a Ian. Es el primero en bajar del coche, me mira, se lleva las manos a la cabeza y chilla como un loco un montón de insultos y amenazas. Corre hasta mí, se arrodilla y me rodea la cintura dejando su cabeza reposar en mi estómago.

- Perdóname... Lo siento... No he podido llegar antes... Perdóname... —

Suplica desesperado.

Por mis ojos se deslizan lagrimas, quiero decirle que no es su culpa, que el no sabía lo que iba a pasar, quiero

abrazarle y sosegar su dolor, pero nada sale, solo puedo llorar aliviada de que este aquí, de que me este abrazando, y de que no le haya pasado nada en esa reyerta.

- ¡Soltadla!

Marcos y Bruno acatan la orden, caigo rendida en los brazos de Ian, pequeños sonidos de dolor se me escapan de los labios.

- Ian. — Llama Marcos suavemente. — Ha enviado... Un vídeo.

- Dame el móvil. — Demanda conmigo en brazos.

Le da a reproducir, y antes de escuchar los dos disparos, sé que el hijo de puta lo ha grabado todo y lo que quiere es provocarle para matarle.

- Ian. Ian por favor, llévame arriba. Deja eso por favor.

Intento disuadirle, pero sus ojos ya han reparado en el baño con la puerta abierta y a mí en medio, atentamente ve el vídeo completo en silencio. Cuando termina, me deja suavemente en uno de los coches sentada.

- ¡Le voy a matar! ¡No volverá a ponerle una mano encima! — Dice, abriendo el compartimento secreto de las armas.

Le veo armarse con la pistola más grande que encuentra y se mete otra en la cintura y otra en el tobillo. Hago amago de moverme, para evitar lo que seguro sería una muerte suicida, pero el pinchazo que me atraviesa el costado me detiene. Le veo caminar hacia otro de los coches, seguro se monta en él, no dispongo de tiempo, me devano los sesos buscando la manera de detener semejante locura.

- ¡Ian! ¡Ian! — Se gira a mirarme, con los ojos apagados por la rabia y el dolor. - Te quiero. Por favor, quédate

conmigo.

Me mira agarrando fuerte el volante. Con los ojos le suplico que no se vaya. Resopla, y moviendo los labios me dice un «lo siento». Arranca el coche, y como solamente un loco podría conducir, sale disparado y chirriando llantas. Ahora sí lloro, la congoja me impide respirar con normalidad.

- Sabe lo que tiene que hacer. Que arda en ira, no quiere decir que sea un inconsciente.

- ¿Tu quien eres? — Pregunto sin rodeos.

El chico más o menos de la misma edad de Ian sonrío, me carga en brazos con confianza y me sube hasta mi dormitorio. Mi padre y otro muchacho un poco más joven que el, que me deposita en mi cama, pero con los mismos ojos marrones claro, nos siguen.

- Yo soy Hugo Mancini y él es mi hermano Jago. Conocemos a Ian y le apreciamos como a un hermano. No te preocupes. Me apuesto lo que quieras a que esperara a que este solo, y le dará la tunda que merece.

- ¿Estas seguro? — Pregunto dubitativa.

- Sí. Hoy no lo matara. Te aseguro que lo hará, pero no hoy. Porque para deshacerse de él, tiene que planearlo muy bien, y cuando lo haga se llevara a los otros dos también. Es la única forma de que sus hermanos no vayan a por ti.

- El médico ha llegado. — Anuncia Marcos entrando por la puerta.

Un hombre mayor le sigue, les pide que salgan y me revisa. Me pone dos puntos en la frente, y me manda unas pastillas para el dolor del costado. No tengo nada roto, gracias al cielo, por lo que el médico me dice, parece ser que el dolor es normal habiéndome llevado tremendo

golpe y me asegura que en unos días me encontraré bien. Me recuesto y mi cuerpo se rinde al sueño.

Abro los ojos, y me incorporo haciendo una mueca de dolor, miro a mi alrededor, el sol entra por la ventana iluminando todo el cuarto. Con dolor me levanto, y me meto en el baño, abro el grifo y dejo que la bañera se vaya llenando. Regreso al cuarto buscando el bote de calmantes, el dolor es tan insoportable, que tentada estoy de tomarme todo el bote para hacer que se esfume el suplicio. Apago el grifo y despacio y con cuidado me desvisto, luego me sumerjo en el agua, soltando un, «aaah», de placer al sentir como el agua caliente me destensiona todos los músculos del cuerpo.

- Deberías estar en la cama.

Doy un bote del susto. Agarrándome el costado por el pinchazo que me ha dado al hacer un movimiento rudo, miro a Ian

a los ojos.

- ¡No vuelvas hacer eso!

- Lo siento nena. — Dice, aproximándose y arrodillándose al lado de la bañera.

Me fijo en el detenidamente, su labio tiene un pequeño corte, al lado del ojo se ve claramente un tono amoratado de haber impactado contra algo, o de haber recibido un buen golpe. Desvio la vista a sus manos.

Sus nudillos están rojos y tiene pequeñas heridas, señal de que se ha peleado y ha dado golpes hasta cansarse o en este caso hasta sacar la rabia y el coraje de todo su cuerpo. Me deposita un beso dulce, que gustosa recibo, pero a los segundos mi mente me juega una mala pasada, recordando otro beso agresivo, que hacen que me suban arcadas y con pesar me alejo de Ian.

- Perdón.

- He, nena es normal. — Dice, dejando un beso en mi pelo.

- ¿Que le has hecho?

- Bueno... No tanto como quisiera. Aparte de ponerle un ojo morado, partirle la boca y dejarle atado a una farola... El idiota seguía llevando el rotulador con el que se regodeó en pintar tu hermoso cuerpo. Así que le puse una frase en la frente para que la vea todas las mañanas cuando se mire al espejo hasta que se borre. — Relata sonriendo.

Me echo a reír sin poder evitarlo, no quiero saber lo que se le abra ocurrido escribir, y en las caras que pondrán sus hombres cuando le vean, y esta demás decir que por días no podrá salir a la calle, a menos que quiera ser el centro de atención y el chiste de todo aquel con el que se cruce.

- ¿Que le pusiste? — Interrogo, entre risas.

- Es mía y si la vuelves a tocar, yo mismo te enseñaré el camino al infierno.

Me da un beso en la mejilla, no puedo parar de reír, empiezo a sentir resentirse el costado, pero es que es un amor, un loco impulsivo, y adorable. Le amo, si le pasara cualquier cosa, no sabría vivir sin ver sus ojos, sin contemplar sus sonrisas, sin poder besar sus labios, sin poder acariciarle, no, mi vida sin el se convertiría en un infierno en la tierra.

- Te quiero Ian.

- Solo tuyo, nena.

Dos días después me encuentro mucho mejor y el dolor en el costado casi ha desaparecido. Preparo la ropa y me meto al baño. Tras darme una ducha rápida, me enrosco la toalla al cuerpo, me lio otra en el pelo y me paro frente al

espejo. Como llevo haciendo desde hace dos días, retiro la toalla del cuerpo y vuelvo a leer esa maldita frase que todavía borrosa se empeña en no desaparecer. «Disfrútala mientras puedas amigo, pronto será mía». El mismo escalofrío de cada día me sube por la espalda. No lo puedo evitar, es una clara amenaza y sé que no es dicha a la ligera, que la ha dejado marcada claramente, para como el dijo advertirnos de lo que piensa hacer, y conociéndolo no desistirá hasta cumplir su amenaza. Me vuelvo a cubrir, entro en el dormitorio y me visto. En estos momentos no tengo muchas ganas de arreglarme más de la cuenta, así que me pongo un pantalón sencillo azul marino y una blusa azul celeste.

Me recojo el pelo en un moño alto, y paso descaradamente de echar maquillaje a mi rostro. Una cosa rara en mí, porque nunca soy capaz de salir sin llevar aunque sea una pizca de color,

pero con lo que pase el otro día y la amenaza rondando a todas horas en mi cabeza, esa obsesión por estar perfecta se ha evaporado. Es como si otra yo, se hubiera dignado a salir y la antigua se hubiera escondido en el fondo de mi cuerpo. Todavía no he valorado, si mi nueva yo es mejor que la yo anterior. Supongo que conforme vaya pasando el tiempo lo descubriré.

- Hola. — Digo, entrando al salón.

Ian se levanta, se aproxima y deja un beso en mi cuello. Me coge de la mano y me acompaña a la mesa. Se sienta a mi lado y me mira con desaprobación.

- Nena, deberías estar en la cama. — Comenta con serenidad.

- Ian, estoy harta de estar en el cuarto. Es más estado investigando por Internet, quiero ir a ver la playa de Ostia y quizás dar un paseo por Ostia Antica. Según pone es la playa más cercana...

Ian aprieta la mandíbula, su sonrisa se evapora en el mismo momento que se me ocurre hablar de salir. Disimuladamente mira a mi padre, como pidiéndole consejo o ayuda. Sabe que soy muy cabezona y para convencerme de no poner un pie fuera de la casa, tendría que darme un argumento válido para mí. Y no me sirve que ese desgraciado quiera amargarme la existencia, no le voy a dar el gusto de verme aterrorizada. Quiero seguir haciendo mi vida, como hasta ahora.

- Nena, en la playa habrá bastante gente aun siendo invierno. Los turistas visitan mucho, Ostia, debido a que esta dividida en dos partes.

La Ostia moderna y la antigua.

- Ian deja la verborrea. Estoy en Roma y quiero ver algo de ella. — Le digo sería.

- Esta bien. Pasaremos por el Cruce y

luego te llevo a la playa.

- ¿Que es el Cruce?

- En media hora lo sabras. Vamos.

Me coge de la mano y tira de mí hacia la cocina, bajamos las escaleras, llegamos al garaje, abre el coche y me hace montar. Mientras arranca el coche, le oigo murmurar, por lo poco que llego a entender le está diciendo a alguien que se ven en el Cruce en cosa de una hora. No me hace falta pensar mucho para saber que esa orden se la está dando a Marcos y Bruno. Salimos de Roma cogiendo la A90, un poco más adelante gira entrando por lo que parece una carretera secundaria, todo el recorrido, voy mirando por el cristal. Sonrío, mientras observo los arboles, no se ve mucho trafico, parece una carretera poco transitada.

Raro porque Ian me ha dicho que mucha gente va a la ciudad de Ostia todos los

días.

- ¿Por qué no se ven otros coches? ¿No que es una ciudad muy turística?

- Nena, si cogiéramos la carretera que casi todo el mundo coge tardaríamos una eternidad en arribar. Este es el camino más rápido de llegar a Ostia.

No pregunto más, es lógico que siendo personas que cada poco están metidas en peleas, persecuciones y confrontaciones, sepan todos los atajos y caminos con menos tránsito. Cuando llegamos la boca se me abre sola, Ian detiene el coche y me pide que baje. Me coge la mano, tirando de mí, para entrar a la ciudad, conforme recorremos calles, mi impresión crece, es como si hubiera salido del presente, y hubiera viajado al pasado. Tras haber caminado diez minutos entre ruinas, haber pasado por la casa de Júpiter, y la casa de las musas, nos detenemos en Decumanus Maximus.

Ian que me va haciendo de guía, me dice que es la calzada romana y que atraviesa toda la antigua ciudad. Tira unos metros más de mí, y se detiene cerca de un pozo.

- Espera aquí nena. Ahora vuelvo.

Me da un beso y se aleja. Sigo sus pasos contrariada, en un rincón se detiene y se pone hablar con un hombre. Desvío la vista de ellos y admiro el pozo de piedra antiguo que tengo delante. Alzo la mirada y de frente viniendo en mi dirección, me topo con la sonrisa de Dago. Doy un paso hacia atrás, cuando llega a mi altura, y me repasa con la mirada como va siendo ya costumbre cada vez que me lo encuentro. Aprieto fuerte los puños y me obligo a mantenerme imperturbable ante él.

Aunque lo que quiera hacer sea salir corriendo y esconderme en la primera ruina que encuentre de mi tamaño.

- Hola, preciosa. — Dice, con una sonrisa cínica.

Me doy la vuelta buscando a Ian, mis ojos dan con el al segundo, con una mirada asesina, con los puños cerrados y a paso rápido se dirige hacia nosotros. Al llegar se coloca delante, echándome hacia atrás con el brazo y cubriéndome con su cuerpo.

- ¿Dónde has dejado a tus perros? — Le saca los dientes Ian.

- Para lo que he venido no me hacen falta. Pero para tu información, varios los tienes repartidos por el lugar. A diferencia de ti... Yo no soy tan confiado.

- Ja, ja ja, ¿Me crees tan estúpido como para no venir preparado?

- La quiero a ella. Entrégamela. — Dice, con calma.

Ian no le contesta, se gira me besa en la cabeza y me susurra «corre todo lo que puedas nena». En el mismo segundo que Ian se le tira encima dándole puñetazos, sé que tengo que correr como me ha pedido. Corro y corro dejándome el aire y la vida en correr, solo me concentro en correr. Echo la vista un segundo atrás, ya no veo a Ian, sigo corriendo por las ruinas, buscando un lugar donde esconderme. De la nada siento un golpe en el estómago que me hace rodar hacia atrás.

Me recupero de la impresión, y veo un hombre todo vestido de negro saliendo de una de las ruinas viniendo hacia mí. Dejo los nervios y el miedo bien guardados y cuando le tengo casi encima con todas mis fuerzas le doy una patada en la rodilla haciéndole caer, con agilidad me pongo en pie, y le doy otra patada con más rabia en el estómago, haciendo que se doble hacia delante, no contenta con eso, aprovecho y le asesto

otra dándole en la cara, haciendo que su cabeza se vaya hacia atrás. Oigo un disparo, y luego siento una quemazón en el brazo.

¡Joder, joder! A una velocidad inhumana me refugio entre unas ruinas.

Resoplo y grito debido al dolor. Me miro el brazo a la vez que me llevo la otra mano donde siento el resquemor. ¡Sangre! Siento un leve mareo al ver mi camiseta impregnada de sangre, tengo que desviar la vista para no perder el conocimiento, debido al vértigo que me hace sentir el ver sangre.

- ¡Levanta! — Oigo una voz a mi costado.

Giro un poco la cabeza y me encuentro a un hombre apuntándome al pecho. ¡Qué afán con apuntarme! No me muevo, sigo apretando mi mano en la herida para hacer presión y que se detenga la sangre.

- ¡Levántate o esta vez no fallaré!

¡Qué bien! Tengo delante al hijo de su madre que me ha disparado sin contemplación. Hago lo que me pide, hace un ademán con la pistola para que camine. Un paso detrás de otro acato la orden. Se pone detrás de mí y la pistola roza mi espalda, me da un suave golpe con ella para que gire a la derecha. Sigo el camino que indica. Mi mirada se encuentra con los ojos azules del hombre que amo de frente y me detengo.

- ¡Al suelo ahora!

Conforme la frase sale de su boca, mi cuerpo ya se está postrando en el suelo, dos disparos suenan y rezo para que no sea Ian el herido. Espero muy quieta en el suelo, tapándome la cabeza con las manos. Segundos después siento una mano rodear mi muñeca, suspiro de alivio, no necesito verle, mi cuerpo solo con tenerle cerca le reconoce. Me levanto, le sonrío y me tiro a sus brazos.

Ian me besa con ansiedad, como queriendo comprobar que estoy bien. El beso dura unos breves segundos, pero los suficientes para hacernos sonreír.

- ¡Vamos, nena, tenemos que llegar al Cruce!

Con las manos entrelazadas corremos hasta llegar al coche. Subiendo vemos aproximarse a cuatro hombres. Ian arranca, maniobra y cagando leches salimos por la misma carretera por la que vinimos.

- ¡Marcos alcanzarnos en el Cruce, nos están siguiendo!

- En quince estamos ahí. Vamos detrás de vosotros. — Oigo que sale del móvil de la cintura de Ian.

De repente un golpe en la parte de atrás nos hace impulsarnos hacia delante. Ian controla el coche mientras a mí se me escapa un chillido por el susto de vernos

casi estampados contra el quitamiedos. Echo un vistazo hacia atrás, justamente en el momento que el coche que nos sigue vuelve a chocar con nosotros.

- ¡Nena, agárrate fuerte!

Hago lo que me pide a la vez que acelera, y veo como el coche de detrás se queda algo rezagado. En una de las curvas, Ian me vuelve a repetir que me sujete con ganas. Cuando no me lo espero gira haciendo un trompo a la derecha y acelera hasta llegar al final del camino. Frena con un tirón del freno de mano, girando a la vez el volante, dejando el coche de costado.

- ¡Corre hasta que llegues dentro!

Abro la puerta y disparada salgo hasta lo que tiene pinta de casa. Los disparos cada vez se hacen más sonoros, el fuego cruzado sigue durante diez, quince o veinte minutos no sabría decirlo. De repente los disparos cesan, me arrimo a

uno de los ventanales, y recorro el lugar con la vista. Mis ojos se detienen en un hombre que apunta a Ian a la cabeza, mientras este tira la pistola y se queda desarmado. Mi cerebro al ver en peligro al hombre que adoro, empieza a pensar. Recorro el interior con la mirada y mi vista se posa sobre un muchacho atemorizado escondido detrás de un sofá. Voy directa a él, no pienso dejar que le maten.

- Oye. Muchacho mírame. — El chico pone su mirada sobre mí. -

¿Dónde hay un arma?

El chico tembloroso señala una puerta, me dirijo a ella, al abrir veo que es un despacho, supongo que el de Ian.

- ¡Dónde! — Le grito al chico asustándolo un poco más.

- Se... Segundo cajón.

Lo abro y en el fondo encuentro una pistola pequeña. ¡Es que no sabe que hay que cerrar con llave los cajones! Reviso que el arma este cargada, y atravieso el salón.

- ¿Puerta de atrás? — Le demando.

El chico se levanta y me indica el camino hacia una cocina enorme, me señala la puerta, y muy silenciosamente salgo. Giro a la derecha, pegándome todo lo que puedo a la pared.

- ¡Vamos, no tengo todo el día! ¡Tirad las armas! — Grazna el que apunta a Ian.

Miro a mi alrededor. Si, solo tengo una posibilidad. Si llego hasta el coche que tengo delante a unos metros sin que me vean le tendré a tiro.

Agachada me muevo veloz, llego al coche y me quedo unos segundos escondida. ¡Qué buena soy! Tan

pendientes están en Ian, que no se han dado cuenta de que una mujer tiene ahora la oportunidad de darle la vuelta a la situación. Me asomo lo suficiente para ver que los hombres de Ian empiezan a soltar las armas. Salgo de mi escondite, y alzo la mano mientras Marcos y varios hombres me miran con los ojos abiertos al máximo.

PRESENTIMIENTO.

- ¡He imbécil! ¡Alguien me dijo que los Romani no dudan! — Digo, a la vez que el tipo se gira para verme a la vez que yo aprieto el gatillo.

En lo que Ian rueda por el suelo y se hace con su arma, yo veo como la bala le impacta al tipo en el estómago. Ian corre en mi dirección y me pone a resguardo detrás del coche. Unas sirenas de policia se escuchan acercarse, Ian mira por el lado del coche y sonrío.

- Se acabó nena... — Susurra

abrazándome.

- ¡Esto no ha terminado! — Oímos a Dago gritar con voz llena de ira y dolor.

Nos ponemos en pie y varias patrullas están paradas por el camino. Se puede distinguir varios hombres muertos rezagados por distintos sitios del lugar. La bilis me sube por la garganta y termino vomitando el desayuno.

- ¿Estas bien?

- Si... Dame unos minutos.

- ¡Ian que cojones quieres que invente ahora! — Dice, un hombre algo mayor que Ian, parándose delante de nosotros.

- Algo se te ocurrirá Fiorenzo. Tienes una cabeza brillante. — Dice, este dándole un abrazo. - Nena te presento a Fiorenzo, esta al frente de la comisaría Carabinieri.

- Mucho gusto. — Digo, con cortesía.

- Amigo te felicito. Por fin te han amarrado con correa. — Dice, soltando una carcajada.

Arqueo una ceja, mientras Ian le da un puñetazo juguetón en el brazo.

- Algún día tenía que ocurrir. ¡A ver si te ríes cuando te toque a ti! — Le devuelve la gracia.

- Anda, llévala dentro y deja que haga mi trabajo.

En el interior de la casa, Ian me dirige hasta el despacho, donde Marcos y Bruno ya están allí sentados. Ian se sienta al otro lado de la mesa y me hace sentarme en sus piernas.

- ¿Nena de donde sacaste el arma?

- De tu cajón. La próxima vez tenle echada la llave.

- Ian. Hay que reforzar la seguridad. Por nada del mundo puede salir sola, y menos ahora.

- ¿Crees que no lo sé? — Miro de uno a otro, mientras mantienen una disputa cordial.

- Va a querer matarla, y si no lo hace, se lo va a hacer pasar muy mal.

- No sucederá, para eso estamos nosotros. ¡Deberías darle gracias que tiene un valor del que pocos tienen!

- ¡Ian ha matado a Francesco!

Me quedo mirando a Marcos, mientras hago memoria de donde he escuchado ese nombre. Le doy varias vueltas, estoy segura de que ese nombre me suena, pero la voz de Ian me saca de mis pensamientos.

- Sí. ¿Y que? ¡Un problema menos! ¡Ahora solo quedan dos!

- Vale. Lo único que intento decirte que ahora corre más peligro que antes.

- Por hoy se acabó el tema. — Le dice Ian cansado. - ¿Queda claro? —

Asiente sin mucha convicción. — ¿Ha llegado el wiski?

- Sí. Hugo está abajo probándolo.

- Perfecto. Preparad las mesas de juego, la mercancía, y que las chicas estén preparadas a las siete. Bruno encárgate de reforzar la vigilancia, quiero la casa rodeada. Estoy seguro de que el primer golpe lo dará aquí. Sabe que este sitio nos da mucho dinero.

Asienten, se levantan y se van, supongo a cumplir con las ordenes. Ian me acaricia suavemente la cara, me besa con urgencia, haciendo que de mi boca se escape un jadeo. Me da la vuelta, quedando ahorrajadas sobre él.

- Nena... — Dice separándose de mí. — Me muero por tenerte. Pero hay que mirarte esa herida.

- Estoy bien. — Le aseguro, necesitando sentirle, ese rasguño puede esperar, yo no. - Por favor. — Digo, poniéndole ojitos.

- Esta bien. Será rápido, nena.

Me besa con ansias, queriendo saciarse de mis besos. Despacio de no hacerme daño me quita la blusa. Se deshace de mi pantalón mientras me da suaves caricias, y yo voy desabrochando los botones de su camisa. Me pierdo en sus besos, en el amor tan grande que me hace sentir, en la marea de sensaciones que siento cuando me besa, roza o mira. El tiempo se congela mientras nuestros corazones laten a la vez, las respiraciones se descompasan y nos movemos sincronizados alcanzando la gloria juntos.

Sentada en la silla giratoria, contemplo como Ian se termina de colocar la camisa. La puerta se abre, y yo atravieso a Ian, mientras me sonrío inocente y se encoge de hombros.

- Ya podemos irnos. Aquí está todo bajo control. — Marcos arruga el ceño y mira de uno a otro. - ¿En serio? ¿No puedes tener las manos y tu virilidad guardadas por un rato? ¡Y con la puerta abierta! ¡No tienes escrúpulos!

Ian se echa a reír y yo agacho la cabeza avergonzada y ruborizada porque Marcos sea tan observador.

- Vámonos nena. ¡Aquí alguien supura envidia!

- ¡Vete al infierno Ian!

Salimos por la puerta, y subimos al coche mientras Ian sigue desternillándose de risa. Una vez me he abrochado el cinturón, le doy un

manotazo, para que deje de reírse de una vez.

- ¡Au! ¿Qué he hecho?

- ¡Idiota tiene razón! Al menos, podías haber echado el seguro. —

Murmuro.

- Vale la próxima vez lo haré. — Dice, con una sonrisa traviesa.

- ¡No abra próxima! — Digo, dándole otro manotazo.

- ¡Ja, eso esta por ver!

Se gira, me coge la cara y me besa para que no le rebata. Segundos después arranca el coche y volvemos a casa. Cuando llegamos, mi padre sale como un tornado y me revisa de arriba abajo, examinando que no tenga ningún daño que escape a su mirada. Me abraza con un cariño descomunal, y no puedo hacer

otra cosa que devolverle el gesto.

Le oigo soltar el aire fuertemente e imagino que quizás lleva desde que le informaron, conteniendo el aliento, y pensando que cualquier cosa podría haber pasado.

- Estoy bien.

- ¡Que no se acerque a ella! — Le ordena.

Ian asiente. Subimos segundos mas tardes, al tocar la cama me dejo caer en ella. ¡Qué cansancio! Ni siquiera me había dado cuenta de lo que mi cuerpo necesita el reposo.

- ¿Nena?

- Mm.

- De eso nada. Ven que te cure esa herida.

- Mm, mañana Ian.

- ¡Ni de coña! ¡No voy a esperar que se infecte!

A regañadientes me pone en pie, y me lleva al baño. Me fijo que ha preparado gasas y alcohol. Retira la camiseta, y como buen enfermero, se centra en limpiar la herida, me muerdo el labio cuando el alcohol toca la zona y me dan ganas de hacérselo beber. Me contengo, con mucha, mucha fuerza de voluntad, pero consigo tener mis manos quietas, hasta que lo ha dejado bien limpio y vendado. Se encarga de ponerme un camisón, y de recostarme y arroparme. ¡Me lo comía! ¡Es un amor!

- Descansa nena.

- Te amo... — Digo, en un murmullo, casi con los ojos cerrados.

- Y yo a ti nena. Solo tuyo. — Llego a sentir que me dice en el oído, mientras

me abraza por la espalda, y me rindo al cansancio en sus brazos.

Abro los ojos y me encuentro a un Ian con un humor inmejorable, una sonrisa en el rostro y una bandeja en las manos.

- Desayuno en la cama nena.

- Gracias. — Digo, feliz.

Deposita la bandeja en mis piernas, y deposita un beso pequeño en mis labios, antes de tumbarse a mi costado. Se abraza a mi cintura mientras me mira picaronamente. Cojo el café y le doy un trago, de mi boca sale un sonido de satisfacción, esto es lo que necesita una para empezar un buen día. Echo mano a coger una tortita con chocolate, pero mi mano se queda suspendida en el aire, viendo una pequeña cajita pasear por delante de mis ojos. Con impaciencia se la arrebató de la mano y la abro. En mis labios se dibuja una sonrisa al ver el anillo de oro liso con piedrecitas

blancas alrededor de él.

- ¿Quieres hacer feliz ha este idiota y casarte con él?

Me tiro en sus brazos volcando la bandeja en el suelo. Me da igual, que lo recoja el servicio. ¡Claro que quiero casarme con él! ¡Cómo no voy a querer si le amo! Le doy besos dichosa y feliz por tener la suerte de que me quiera tanto como yo le quiero a él.

- ¿Eso es un sí? — Dice, alzando una ceja.

- Es lo que mas deseo Ian. Te amo.

- Yo te amo más nena.

Nos volvemos a besar y entre risas rodamos por la cama, hasta que terminamos cayendo al suelo y sellamos nuestra dicha y felicidad haciendo el amor, tantas veces como nos lo permite nuestro cuerpo.

Tumbados y abrazados vemos la televisión, en realidad no vemos nada, solo disfrutamos de estar uno en los brazos del otro. Llevamos todo el día encerrados, Ian pidió que nos subieran la comida, para disfrutar un día de paz y relajación, los dos metidos en la cama, hasta que nos parezca. De momento son ya casi las seis y yo sigo sin querer salir de ella. No hay nada mejor para mí que estar abrazada al hombre que quiero, disfrutando de sus besos, y de su calor.

- ¿Ian como es que Marcos y los demás sabían dónde estábamos? —

Pregunto queriendo aclarar algunas preguntas sobre el día anterior.

- Nena, en el móvil llevamos una frecuencia que hace la función de intercomunicador, pero además dispone de un pequeño botón que incorporo un amigo nuestro que entiende de aparatos. Ese botón lo pulsas y de inmediato da la ubicación a los móviles que están

agregados a esa frecuencia.

- ¿Y cuando pudiste pulsarlo?

- Antes de pedirte que corrieras. Siempre llevo el móvil en la cintura, con cualquier gesto disimulado puedo aprovechar y pulsarlo.

- Vale. — Digo, porque no tengo idea de que otra cosa decir. - ¿Y que es esa casa a la que llamáis el Cruce? — Interrogo intrigada.

- El nombre se debe a que la carretera tiene dos caminos uno que te lleva al Cruce y el otro... A una nave abandonada. La casa es una casa de juegos, muchos hombres con poder y dinero acuden allí, para beber, consumir, jugar y estar con mujeres. Es uno de los negocios que más dinero nos da, aparte de porque esos tipos pagan una buena cuota por disfrutar sin miedo a que les tomen fotos, aparezca su mujer de sorpresa o porque aparezca un enemigo

que le sorprenda estando borracho o muy colocado para usar su arma, dejan mucho más en todo lo que consumen. — Hace una breve pausa para tomar aire. - Por eso el negocio del wiski. Tenemos unos hombres que consiguen que el wiski barato, se asimile tanto al bueno como para notar su diferencia, y con eso ganamos el doble de lo que ganaríamos con el caro.

- Vale. No quiero saber más. Bueno sí. ¿Por qué dice Dago que le quitasteis el negocio?

- Porque superamos su precio, e hicimos algo que a él no se le ocurrió.

Los tipos nos firmaron un contrato, si lo incumplen se van a la cárcel.

- ¿Eso no os perjudicaría?

- No. Tan ansiosos estaban de coger dinero. Que no repararon que el contrato no nos menciona para nada. Pero si pone

sus nombres, donde tienen el almacén, lo que utilizan, lo que hacen con la bebida y lo que cobran por ella.

- ¡Ósea que los tenéis cogidos por los huevos!

- ¿Lo dudabas nena? — Dice, con una falsa voz de ofendido.

Llegada la noche cojo el teléfono como cada día y casi a la misma hora, esta acción se ha convertido en una rutina desde que estoy separada de mi niño.

- Hola, mama. ¿Cómo está todo por ahí?

- Bien. No te preocupes. Tu pequeño es muy chico. No entiende.

- Lo se mama. Pero le echo tanto de menos... — Digo, con pesar.

- Es normal mi vida. Veras como pronto lo tienes contigo.

- Ya falta menos mama. En cuanto la cosa este más tranquila iré por él.

- Te quiero mi vida. Cuídate mucho. En ese mundo tienes que andar con pies de plomo.

- No pasara nada. Te quiero. Volveré pronto.

Finalizo la llamada y las lágrimas corren como ríos por mi rostro, como viene siendo costumbre desde hará cosa de dos semanas. Se abre la puerta, Ian entra con la cena, me mira, deja la bandeja, viene y me abraza.

- Nena, pronto lo tendremos con nosotros. Te lo prometo.

Ian calma mi congoja con palabras dulces y de ánimos. Cenamos, conversando de temas sin interés y poco después recoge todo, y nos metemos en la cama. Me muevo intranquila, doy vueltas de un lado a otro, el sudor corre

por mi frente, «veo a mi pequeño, alguien lo tiene en brazos y mi pequeño no deja de llorar, intento acercarme, cogerlo y calmarlo, pero no llego, a cada paso que doy, el esta mas lejos, lo empiezo a ver todo borroso hasta que lo veo desaparecer, y me quedo mirando con lágrimas la especie de habitación blanca sin ventanas».

- ¡Izan! — Chillo, en un grito desgarrador, saliendo del sueño.

- ¿Qué sucede nena?

- ¡Ian busca a nuestro niño!

- Nena solo ha sido un sueño. Son las cuatro de la madrugada...

- ¡Que lo busques! — Le grito, teniendo un mal presagio en el cuerpo.

- Vale... Tranquilízate, iré yo mismo a por él.

Ian sale de la cama sin perder tiempo, una vez vestido, saca el telefono.

- Sube. — Dice, y cuelga.

Dos minutos después, la puerta se abre y entra Marcos bostezando y en un simple pantalón de pijama.

- ¿Qué pasa?

- No te despegues de ella. Sácame un vuelo para Barcelona lo antes posible.

Marcos arruga el ceño, pero no rechista y hace lo que le han mandado.

Toma el portátil de Ian, y se tira cinco minutos mirando vuelos.

- El próximo sale en una hora.

- Perfecto. No te separes de ella.

Se acerca a mí, me da un beso cargado de ternura, se separa, le da una mirada

de advertencia a Marcos y sale como un cohete hacia el aeropuerto. Me levanto, cojo el móvil y marco el número de la casa de mi madre. Sin respuesta. Lo intento varias veces y consigo lo mismo que las otras veces, que salte el buzón de voz. La ansiedad crece por segundo, hago respiraciones de relajación para intentar serenarme, no surge efecto. Cada rato que pasa me encuentro peor, la angustia empieza a oprimirme el pecho. Marcos me mira ir y venir, sin saber que hacer, su cara refleja el desconcierto. Tres horas después mi móvil suena. Espero que sea mi madre, pero el nombre que refleja en la pantalla es el de Ian. Lo cojo con una mala sensación.

- Nena... No abre la puerta.

- ¡Por tu madre Ian! Me da igual si has de forzar la puerta, entrar por un balcón, o romper una ventana. ¡Entra y mira que nuestro hijo este bien!

— Grito, desesperada.

- De acuerdo nena. No cuelgues.

Minutos mas tardes oigo el crujir de un cristal, me figuro que como le he pedido se ha cargado una ventana. Como todo sea infundado y por culpa de una pesadilla mi madre me matara. Pero algo me dice dentro de mí, que no estoy muy desencaminada y que algo sucede. Es el instinto de madre el que me grita sin cesar que mi pequeño no está en casa. Pasa un largo rato hasta que Ian, se vuelve a poner al telefono, lo entiendo, la casa de mi madre es muy grande y cuesta un par de minutos revisar todo el lugar.

- Nena... No están.

La cabeza me da vueltas, el aire me falta, y empiezo a verlo todo borroso. Siento los brazos de Marcos antes de desfallecer y no sentir nada.

Unas palmadas en la cara me hacen reaccionar. Abro los ojos lentamente, las palabras de Ian regresan con fuerza. «No están... No están...». El llanto sale libre, el alma se me quiebra y el corazón se me detiene. ¡No! ¡No! Quiero gritar, necesito ver a mi pequeño, saber que esta bien. Sigo llorando lo que me parecen horas.

- Ian cogerá un vuelo en cuarenta minutos. — Me informa. - Ha ido a casa de tu hermana. Tampoco saben nada. La vieron por la tarde, cuando quedaron para ir a dar un paseo con los pequeños y ya no la han vuelto a ver.

Unos golpes en la puerta nos hace girar la cabeza a la vez. Bruno entra con una mirada... ¿Preocupada? ¡Malas noticias! Se enciende una alarma en mi cabeza. ¿Qué más podría ocurrir?

- ¡Habla! — Demanda serio.

- Han incendiado el Cruce...

- ¡Joder! ¡Ir saliendo avisaré a Ian! No puedo dejarla sola.

Bruno sale disparado, Marcos se hace con el móvil, se lleva una mano a la cabeza con desesperación y con la otra marca.

- Ian han incendiado el Cruce. — Escucha lo que le dicen del otro lado. -

Si, ya han salido para allá. El problema es que en la casa, solo estamos Alessandro, Sindy y yo. Reza para que no lo sepan. — Escucha atentamente, endureciendo las facciones del rostro. - ¡Claro que la protegeré imbécil! — Dice, finalizando la llamada.

- Voy abajo. Necesito una tila. — Comento, sin ganas.

Cojo el móvil por si acaso mi madre llamara, con los nervios en el cuerpo me paro en mitad de la cocina, me llevo las manos al rostro y me vuelvo a quebrar.

Me doy un golpe con la mano en la cara, «tengo que ser fuerte». No puedo darme el placer de derrumbarme. No cuando no sé dónde está mi pequeño, ni que es de él. Me preparo una tila, me siento y me la bebo despacio. Mi móvil vibra encima de la encimera.

«Numero desconocido». Veo que parpadea en la pantalla. Con esperanzas de que sea mi madre y me diga que todo esta bien y que no estaba en casa de madrugada porque mi niño está resfriado y se lo ha llevado al médico, recibo la llamada.

- ¿Sí?

- Hola, preciosa. — Voy a cortar la llamada, pero su voz lo impide. - Si cuelgas no volverás a ver a tu pequeño rubito. — El Mundo se me viene abajo, y las ganas de sollozar se hacen insoportables. - Escucha bien lo que te voy a decir. Te quiero como mucho en veinticinco minutos en el aeropuerto de

Urbe. Ni uno más, si no, no veras a tu hijo más.

- ¿Cómo sé que es verdad que tienes a Izan?

- Cuelga y tendrás tu prueba. — Escupe asqueado.

Finalizo la llamada y aguardo a ver la prueba que dice, dos segundos después el pitido del móvil, me avisa de que me ha entrado un Whatsapp. Lo abro al momento, estando segura de que es lo que esperaba. Aprieto los puños ferozmente, el desgraciado me ha mandado una foto donde tiene a mi pequeño llorando en brazos y él sonrío con perversidad.

DESTINO INEVITABLE.

- ¿Y ahora que hago? — Murmuro para mí.

Si voy sola estoy perdida, no tendré

ninguna posibilidad. Sigo mirando la foto. ¡Por qué joder! Camino deprisa al despacho de mi padre. Sin llamar entro, encontrándolo con la cabeza apoyada en sus manos.

- ¿Y ahora que? — Pregunta, al darse cuenta que mi cara muestra una angustia visible.

- Dago... Tiene a mi hijo. — Digo, mostrándole la foto y bajando la cabeza derrotada.

Mira la foto y después a mí, parece estar calibrando mis emociones, o intentando adivinar mis pensamientos. Abre los ojos y se pone en pie, parece que al fin y al cabo si es adivino o como padre también tiene ese sexto sentido que avisa de peligro.

- ¡No! ¡No puedes ir sin escoltas! ¡Será tu muerte!

- ¿Y que hago? Solo dispongo de... —

Echo un vistazo al reloj. -

Veintitrés minutos para llegar al sitio acordado. ¡No puedo esperar que lleguen tus hombres! — Digo, sollozando.

Mi padre coge el telefono, da una orden que no entiendo debido a mi berrinche. Al poco aparece Marcos.

- ¿Dónde hay que ir? — Pregunta, mi padre.

- Urbe.

- Prepara el coche, y avisa a todos los hombres que los quiero allí. Que es una prioridad. Y avisa a los Mancini que acudan de apoyo.

Marcos sale, mientras mi padre me pone la mano en la espalda y me dirige hacia el garaje. Abre el compartimento de las armas y se hace con una. Nos subimos en la parte trasera del coche, mientras

Marcos sale del subterráneo. Se dirige hacia la Piazza della Repubblica, tras pasar por Via Pietro Barbieri, sigue hacia Via Giacomo Puccini, después Gira a la derecha hacia Via Pinciana, vuelve a girar a la derecha hasta Via Ruggero Giovannelli, continua por Via Salaria, y dos minutos mas tarde llegamos a Urbe. Marcos estaciona el coche y salimos. Miro el reloj, me quedo con la boca abierta cuando veo que hemos llegado en doce minutos.

- ¿Has avisado a nuestros hombres?

Marcos asiente levemente con la cabeza, y comienza a caminar hacia el interior del lugar, le seguimos deteniéndonos unos metros mas adelante.

- ¿Dónde te dijo que fueras? — Me pregunta Marcos, girándose para verme de frente.

- Aquí, no dijo nada más.

- Muy bien. Lo mas seguro haya cogido un reactor privado. Así que vamos directamente al avión.

Seguimos detrás de él, parece que sabe dónde va, lo mas seguro ha viajado mucho en aviones privados. Llegamos a una puerta donde hay un hombre de seguridad.

- Dago colombetti nos está esperando.

- Pueden pasar.

Abre la puerta, y nos señala una especie de nave donde hay varios aviones estacionados.

- ¿Cómo van a entrar nuestros hombres, si hay hombres armados por todos lados? — Interrogo, mientras miro a nuestro alrededor y solo veo hombres de negro con caras serias por todos lados.

- Simplemente no podrán. — Especifica Marcos.

Le miro confusa digiriendo sus palabras. Consternada por su contestación, a pocos metros del avión me paro en seco, esperando una explicación. Me cruzo de brazos, y espero que se dé cuenta de que no le sigo. Echa la vista hacia atrás, resopla y regresa hasta donde estoy.

- ¡Qué cabezona eres! ¡Joder hay que explicarte todo! — Le miro con la boca abierta, nunca me ha hablado así. - No podrán porque Dago ha contratado más hombres, expresamente para este día.

Le sigo mirando pasmada, por la forma despreciable con la que me está hablando. ¿Qué coño le pasa?

- ¡Eres un hijo de puta! — Desvio la mirada hacia el rugido de mi padre, que le apunta con su arma. - ¡Nos has tendido una encerrona! ¡No va a venir nadie, porque no saben que estamos aquí!

Desvio la mirada a Marcos, que le

sonríe a mi padre con maldad, mientras le mira fríamente.

- No me lo tengas en cuenta Alessandro. No esperarías que me quedara de brazos cruzados, mientras le dejas todo a un hombre que no es un Romaní. — Dice, con desprecio.

- Eres el traidor. — Dejo, salir en un murmullo.

Se acerca y me toca la cara suavemente, un gesto que me repugna y me hace dar un paso atrás, alejándome de su tacto.

- Si prima, siempre he sido yo. Por eso tu querido Ian no ha podido dar con el topo. Porque yo siempre iba un paso por delante.

- Eres despreciable. ¡El té considera su amigo y tú le traicionas!

- ¡Si hubieras sido lista, te habrías fijado en mí, y no habría tenido que

traicionarle! Pero tu... Solo tienes ojos para él.

- ¿Me estás echando la culpa de tus actos?

- No prima. Te estoy diciendo que has sido otro incentivo para hacerlo.

— Me da un repaso de pies a cabeza con una mirada obscena. - ¡Baja el arma Alessandro!

- ¡No dejaré que te la lleves!

- ¡No puedes evitarlo! — Le grita, cogiéndome el brazo, tirando de mí y cubriéndose con mi cuerpo.

Marcos trastea en su cintura, mientras peleo por soltarme. Con un movimiento rápido me pasa el brazo por el cuello y aprieta con fuerza, casi dejándome sin respiración. Cuando afloja un poco su agarre, puedo ver que tiene el brazo estirado y su pistola apunta a mi padre.

El cuerpo se me paraliza y las lágrimas empiezan a rodar. Quiero pensar que no sera capaz, que es su primo, que son familia, y no puede ser tan miserable.

- Te he dado una oportunidad y no la has sabido aprovechar. — Dice, y tira del gatillo.

- ¡Nooo! — Grito, viendo como la bala le impacta en el costado de la cintura.

Los ojos de mi padre se abren mirándome por última vez antes de caer, el dolor se hace insoportable, bocabajo en el suelo, el charco de sangre empieza a ser visible. Arremeto con fuerza, consiguiendo darle un codazo, y salir corriendo a socorrer a mi padre. Le doy la vuelta, colocándole la cabeza entre mis piernas.

- No me dejes. Por favor, no te vayas. — Le suplico, como si él pudiera hacer algo.

Alza una mano, me acaricia la mejilla mientras traga con dificultad. Mis ojos se empañan hasta el punto de que le veo borroso.

- Te... Qui... Quiero princesa. — Dice, costándole formar la frase.

- No me dejes por favor. Te necesito.

Los ojos de mi padre se cierran, el dolor se instala en mi alma, le grito una y otra vez que no me deje, que abra los ojos, que me mire, que le necesito y que le quiero. Pero todo es en vano. No se mueve.

- ¡Vamos, tenemos que irnos!

Cogiéndome del pelo me pone en pie, arrastras me obliga a subir al avión, de malas maneras me deja caer en uno de los sillones, abrocha el cinturón, y se vuelve a bajar. Sonríe y me tira un beso. Desvio la mirada, porque no entiendo como su corazón alberga tanta maldad,

como para estar burlándose de mi dolor y de la muerte del hombre que me dio la vida. El avión se pone en marcha, y no puedo hacer otra cosa que mirar por la ventana como el aparato que sobrevuela el cielo, me aleja del amor de mi vida.

- ¡Por fin estas donde tienes que estar!

«Dago». Me obligo a seguir mirando las nubes, no quiero darle el gusto de que vea mis ojos rojos, y el dolor que hay en ellos.

- ¡Mírame cuando te hable! — Le ignoro, y esa acción hace que me lleve un bofetón.

Casi ni noto el picor, nada es más doloroso que la imagen de mi padre cayendo al suelo ensangrentado.

- ¿Dónde está mi hijo? — Exijo saber.

- Pronto le veras.

- ¡Sois unos desalmados, habéis matado a mi padre! — Le escupo con saña. - ¡Cuida tus espaldas, porque te arrepentirás de haberlo hecho!

Me da otro bofetón, y me rio sarcásticamente, enreda su mano en mi pelo, da un tirón con fuerza alzando mi cabeza hasta que mi mirada, se posa en la suya.

- ¡No me amenes zorra! ¡Tú mataste a mi hermano! ¡Deberías dar gracias porque te deje vivir!

Su boca se cierra sobre la mía, persistente cierra los labios prohibiéndole la entrada a mi boca. Se aleja enfurecido, se sienta, me observa y sonrío.

- Pronto aprenderás acatar ordenes. O te aseguro que lo pasaras muy, muy mal.

- ¡Prefiero soportar el dolor, que darte gusto a ti!

- Vamos a ver si piensas igual cuando lleguemos. — Comenta, con sorna.

Un par de horas después aterrizamos, no sé dónde porque Dago no se digna a decírmelo. No entiendo para que tanto secreto. ¿Que cree que puedo hacer vigilada y rodeada de matones? Subimos a un pequeño barco. Atravesando el océano, me quedo contemplando el agua, soñando despierta, con lo hermoso que sería estar en este lugar con Ian. Darnos un chapuzón, tomar el sol, incluso hacer el amor bajo las estrellas. Me dejo de ensoñaciones imposibles, cuando el barco se detiene, Dago me agarra del brazo, y me lleva a trompicones hasta una casa muy moderna para estar en una isla desierta. Ahora ya tengo claro que estoy en una isla solitaria, y a saber donde, me ha bastado poner los pies en la arena, contemplar que solo hay cuatro o cinco casitas, y que todo está rodeado de arboles, arena, agua y el sol, para entender que Ian no me encontrara.

- ¡Siéntate!

- Prefiero quedarme así. — Digo, sin amedrentarme.

- Como gustes... Ahora vas a hacer lo que te diga y sin rechistar.

- No haré nada hasta que vea a mi hijo.

Furioso se planta delante de mí, me agarra del cuello apretando lo suficiente para dejar claro que aquí el que manda es él. Coge una silla con la otra mano y con fuerza me hace sentar, haciéndome daño en el culo al impactar contra la silla.

- ¡No me toques los cojones! ¡Si acabas con mi paciencia sabras quien soy realmente!

Me mantengo quieta en la silla, tres hombres entran, el que va en medio porta una carpeta, la deja en la mesa y extrae unos papeles. Frunzo el ceño al

darme cuenta que no es uno de sus secuaces.

- Listo. — Dice, parándose a observarme.

- ¡Firma!

Dago me entrega la hoja, la voy leyendo, y conforme avanzo un nudo se me forma en el estómago, la bilis me sube por la garganta y las manos me empiezan a temblar. ¡Ni loca! Si se me ocurre firmar este papel, estaré firmando mi sentencia al infierno. Mi vida se acabara en el momento que mi firma se estampe en ese documento. ¡No! ¡No debo firmar! Arrugo el papel en mis manos y lo tiro al suelo, posando mi mirada desafiante en Dago. Sé me acerca, rodea la silla, y se pone a mi espalda.

- ¡Ve por él! — Ordena a uno de sus esbirros.

Le veo desaparecer por la puerta,

minutos mas tarde el tipo entra portando un bulto liado por una manta. Hago ademán de levantarme, pero Dago me lo impide dejando la mano en mi hombro con fuerza y apretando lo bastante, como para que tenga que hacer una mueca de dolor. El tipo le da la vuelta a lo que estoy segura es mi pequeño y le desliza la manta. Lo agita un poco suavemente, asustándolo y despertándolo de su sueño. El corazón se me empequeñece, por verlo tan indefenso en manos de estos tipos sin alma. El secuaz hace un leve movimiento con la mano, y otro tipo entra portando una cuerda entre sus manos. El corazón se me paraliza al ver como da un tirón brusco y mi madre aterriza contra el suelo. Las lágrimas corren por mi cara, cuando reparo en la sangre de su rostro, y en los cortes de la cara debido a los golpes que le han propinado. ¿Por qué son tan crueles?

¿Por qué no podían simplemente retenerla? ¿Por qué tenían que ensañarse

con ella?

- ¿Firmaras ahora o dejaras que tu hijo se ahogue en el mar? — Dice irónicamente, levantándose la cabeza para que vea en sus ojos, que no va de farol.

Asiento con un pequeño movimiento de cabeza, camina hasta la mesa, coge el boli y otro papel, exactamente igual al que he arrugado. Debió figurarse que no firmaría a la primera y de buena gana. Me limpio las lagrimas con rabia, cojo el papel y el boli. Trago varias veces, contemplo el papel con horror, desvío la mirada dos segundos de lo que será mi suplicio, para detener mis ojos en Dago, que espera impaciente que firme.

- Dame tu palabra de que dejaras ir a mi madre con mi pequeño. —

Ruego.

Se agacha a mi altura, coloca su mano en

mi nuca y me mira directamente a los ojos.

- Te doy mi palabra de que tu madre no correrá peligro, regresara a su casa en el mismo momento que firmes. — Dice, con calma. - El pequeño se queda. Te prometo, que mientras te portes bien y me complazcas, nada le sucederá.

Acerca su cara a la mía, sin despegar sus ojos de los míos, dejando claro cual es su siguiente movimiento, y retándome con ello a que le desafié. Pega sus labios a los míos, y me obligo a devolverle el beso, y no salir corriendo y vomitar en el primer árbol que se ponga en mi camino. Sus manos bajan a mi cintura, y tengo que mantener a raya la repugnancia que siento. Con un movimiento brusco me empuja hacia su cuerpo, de su boca se escapa un gruñido de satisfacción, que me hace querer propinarle una patada en sus partes, para que en vez de excitación, sienta dolor.

Pero no puedo, por mi hijo y por mi madre, tengo que mantener las manos quietas y darle lo que desea.

Se retira con una sonrisa, con su dedo gordo limpia la saliva de mis labios, luego me acaricia el lado de la cara y me dice, «buena chica», como si fuera su mascota y no una mujer a la que le está destrozando, el alma, corazón y vida. Sin más dilataciones firmo el documento, por mucho que hubiera querido retrasarlo, minutos, horas o días, el final habría sido el mismo, y mi madre, hijo y yo habríamos sufrido las consecuencias.

- ¡Perfecto, preciosa! ¡Ahora... Eres... Mia!

«Continuará en... Solo tuya y para siempre».

AGRADECIMIENTOS.

Quiero agradecer la creación de esta

historia, a mi marido que después de muchos años negándose a que escribiera, por fin hoy en día me apoya y esta a mi lado, a mi hermana Elisabeth que es una de las primeras en leer mis historias cuando están acabadas y me anima y me reclama que espera que le mande la siguiente. A mi tío que no hace falta decir su nombre, debido a que cuando el lo lea, porque es uno de los primeros en hacerse con mis historias, sabra que me refiero a él, le agradezco de todo corazón, porque me anima a seguir escribiendo y a seguir aprendiendo y a mejorar. A mi cuñada que fue una de las primeras en saber que estaba escribiendo una historia, y sonriendo me animo a que siguiera y la terminara. A todos aquellos que están a mi lado, en lo bueno, en lo malo, pero que siguen día a día a mi lado, a que me levante y persevere en hacer lo que quiero. A vosotras por supuesto, porque sigo creyendo que vosotras tenéis todo el merito de que nazcan estas historias,

porque yo soy quien la escribe, pero vosotras quien la leéis, quien os enamoráis de los personajes y quien sigue hasta el final queriendo saber lo que pasara con ellos. Os lo agradezco en el alma, y espero que de la misma forma que yo he disfrutado creándola, lo hayáis hecho vosotras leyéndola. Muchas, muchas gracias.